

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Núm. 5

50 Céntr.



1701

Acaba de terminarse la monumental

HISTORIA DEL ARTE

EN TODOS LOS TIEMPOS Y PUEBLOS

por

KARL WOERMANN

No es posible dar al público idea, ni siquiera aproximada, de lo que es una obra como nuestra edición de la famosísima HISTORIA DEL ARTE, de Woermann, en unas cuantas palabras que el lector ha de mirar distraídamente, porque confunde en un mismo escepticismo indiferente todos los elogios de cuanto huele a «suelto de contaduría». No dicen ya nada los epítetos encomiásticos, a la vez lustrosos y deslustrados, como prendas mostrencas vestidas y sobadas por cada cual.

Nada podrá sugerir al lector una imagen tan convincente como el hojear uno tras otro los seis volúmenes de nuestra edición, y palpar, ver, sentir la riqueza, el esfuerzo, la utilidad, el encanto que suponen tantos miles de obras de Arte descritas, estudiadas y REPRODUCIDAS en las cinco mil páginas que esta obra formidable contiene.

Por eso no pretendemos que este anuncio sea exposición de méritos con ánimo de convencer a los lectores para que adquieran la obra: deseamos solamente que sea un ruego razonado al público para que busque la obra y la examine. Esto nos basta, porque sabemos lo que sucederá a toda persona cultivada que contemple la edición española de esta obra incomparable.

LA OBRA. A los peritos, nada hay que decirles. Se trata de la HISTORIA DEL ARTE de Woermann. Y ya saben lo que eso significa. A los no especialmente versados les diremos que Woermann es la máxima autoridad en el país de la máxima ciencia.

LA EDICIÓN ESPAÑOLA. Evitemos adjetivos. Enumeremos hechos solamente. Nuestra edición contiene más del doble de las ilustraciones contenidas en la edición alemana.

Damos, pues, ese mismo libro de ciencia, célebre en todo el mundo; ese guía siempre enterado, siempre ordenado, siempre claro y seguro; esa enciclopedia de Arte, arsenal inagotable, archivo copioso y completísimo, donde de cada cuadro de Madrid, de La Haya, de Amberes, de Leningrado; de cada escultura de Atenas, de Munich, de París, de Florencia; de cada monumento de Italia, del Japón, de Rusia, de Inglaterra, de España, de la India, encontrará la nota justa, la apreciación exacta, la referencia cabal. Damos, sí, todo eso que ha sido la razón del éxito y del prestigio de la edición alemana; pero nosotros a todo eso le hemos añadido la fotografía de muchísimos de esos cuadros, de muchísimas de esas esculturas, de muchísimos de esos monumentos, reuniendo un conjunto de asombrosa riqueza no igualado por ninguna otra obra similar del mundo entero. Nuestra edición es un alarde honroso para el país donde se ha hecho; es como síntesis de todos los museos, como guía ilustrada de todos los viajes.

Woermann abarca en su obra todos los aspectos del Arte, incluso los novísimos, y por supuesto los del Arte español, que conoce por visión directa y que le inspira particular entusiasmo. Pero Woermann es alemán, y obedece a la ley invariable que impulsa a los autores a dedicar preferente atención y mayor espacio al arte de su país.

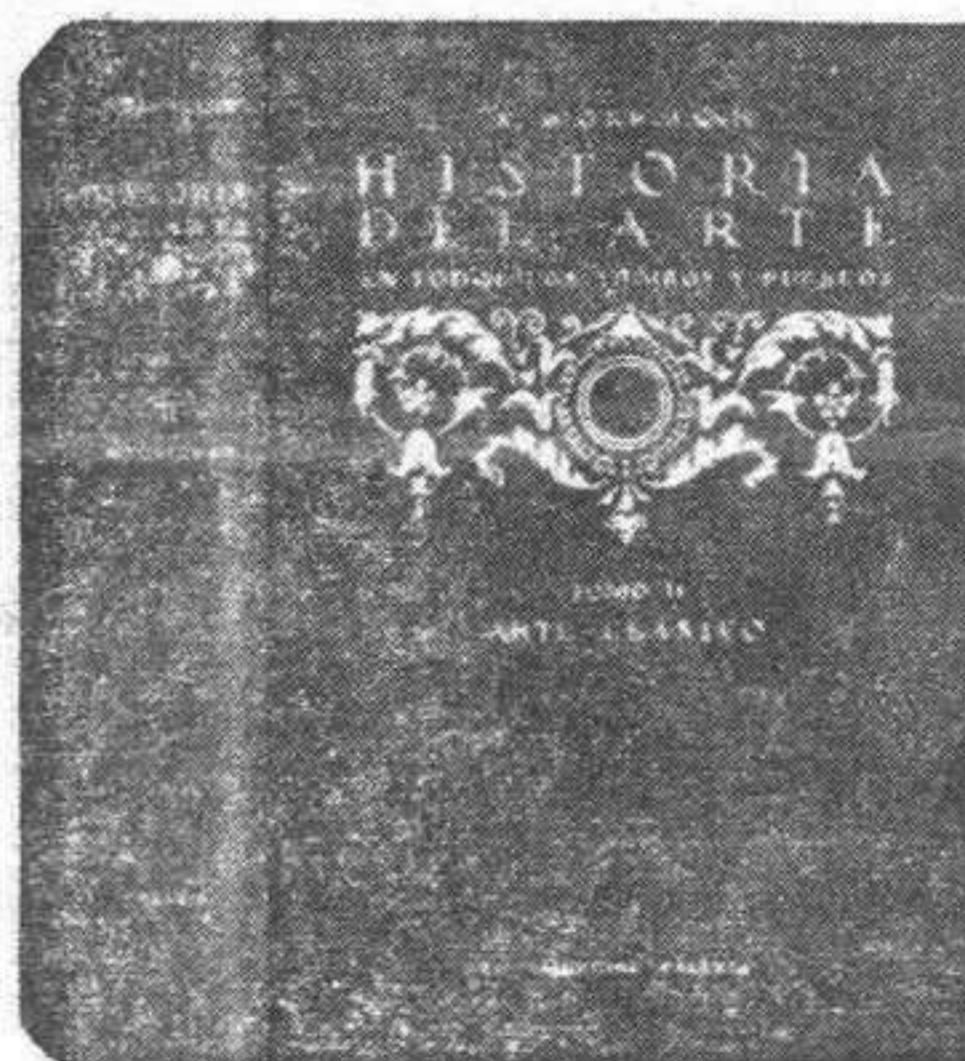
En nuestra edición, el mismo Woermann ha condensado, a ruego nuestro, ciertos estudios relativos principalmente a los aspectos menos interesantes del arte alemán, y nosotros hemos llenado ese espacio —y muchísimo más— con tres capítulos especiales sobre la Arquitectura, la Pintura y la Escultura en España durante el siglo XIX y los años transcurridos del XX. Estos capítulos no sólo son nuevos en la HISTORIA DEL ARTE de Woermann, sino que son el primer estudio de conjunto publicado sobre el Arte español moderno y contemporáneo. Su ilustración en esta parte, más rica que en ninguna otra de la obra, es colección única también, no sólo por la cantidad, sino por la calidad de las obras reproducidas.

Con igual largueza y con no menos esmerada selección hemos añadido todo cuanto más importante y señalado ha producido el arte francés nuevo y novísimo y muestras suficientes de los otros países. No podemos menos de repetir aquí al lector que no se atenga a nuestras palabras: que juzgue por sí mismo examinando la obra. En todas las librerías importantes puede encontrarla. Desde pueblos donde no la hubiese se nos puede pedir, y nosotros enviaremos con el mayor gusto un tomo de muestra sin compromiso de adquirirla.

Lo indicado son ejemplos, que no enumeración completa de las mejoras introducidas en nuestra edición. En ella encontrará el lector incesantemente notas aclaratorias, información española complementaria, apéndices especiales, como el que en el tomo I se dedica al Arte rupestre en España, o el que en el tomo II se ocupa de la Arquitectura romano-española, etc., etc.

LAS ENCUADERNACIONES. La HISTORIA DEL ARTE de Woermann es la obra para todos. Ninguna otra puede más indiscutiblemente blasonar de serlo. Pero entre todos hay gustos dispares y apreciaciones distintas. Por eso hemos hecho de la obra tres distintas encuadernaciones, orientadas hacia sendos grupos de lectores. Todas son finas, selectas, dignas de la obra incomparable que cobijan. Sus precios se acomodan también a una escala gradual; y todos son asequibles a cualquier presupuesto, ya que cualquiera de las tres ediciones se vende a plazos en condiciones cuya comodidad apreciará quien solicite el prospecto especial que remitimos gratis.

ENCUADERNACIÓN
EN TELA INGLESA
CON ESTAMPACIÓN EN ORO



Elegante, sólida, barata,

esta encuadernación en tela es la adecuada para quienes necesitan armonizar su deseo de adquirir obra tan monumental con las exigencias de un presupuesto reducido.

Precio al contado:
PESETAS 250 PESETAS
Precio a plazos:
La obra completa
PESETAS 275 PESETAS

ENCUADERNACIÓN
EN MEDIO CHAGRÍN

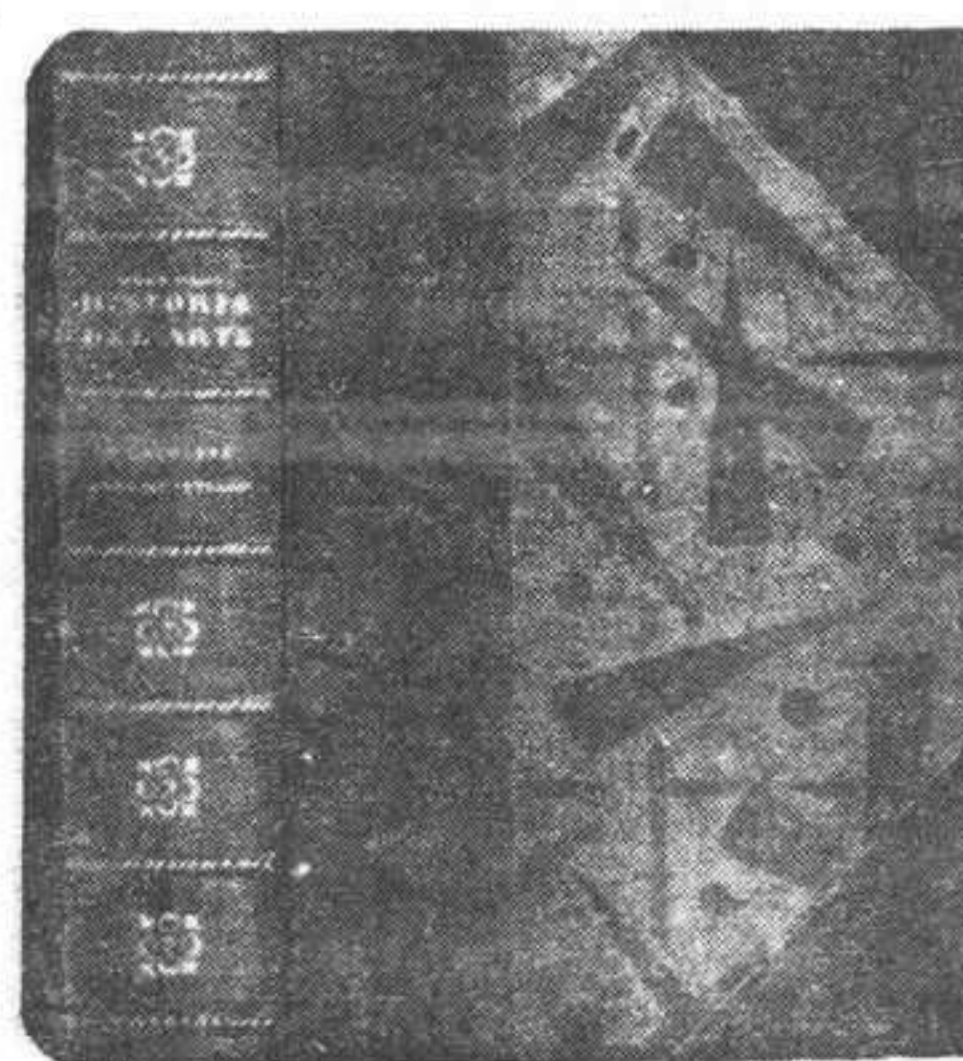


Encuadernación de lujo

con planchas inspiradas en el insuperable arte del libro en el siglo XVIII. Quien adquiera esta encuadernación comprará a la vez la mejor *Historia del Arte* y una rica obra de arte.

Precio al contado:
PESETAS 300 PESETAS
Precio a plazos:
La obra completa
PESETAS 350 PESETAS

ENCUADERNACIÓN
EN CHAGRÍN FINO



La encuadernación de bibliófilo.

Suntuosa y señorial. Ornato de una biblioteca, esta edición da tono y carácter a un despacho como una serie de viejos grabados auténticos o de magníficas porcelanas.

Precio al contado:
PESETAS 350 PESETAS
Precio a plazos:
La obra completa
PESETAS 400 PESETAS

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

PUBLICACIÓN SEMANAL
NÚMERO 50 CÉNTIMOS

Año I.—Núm.V.

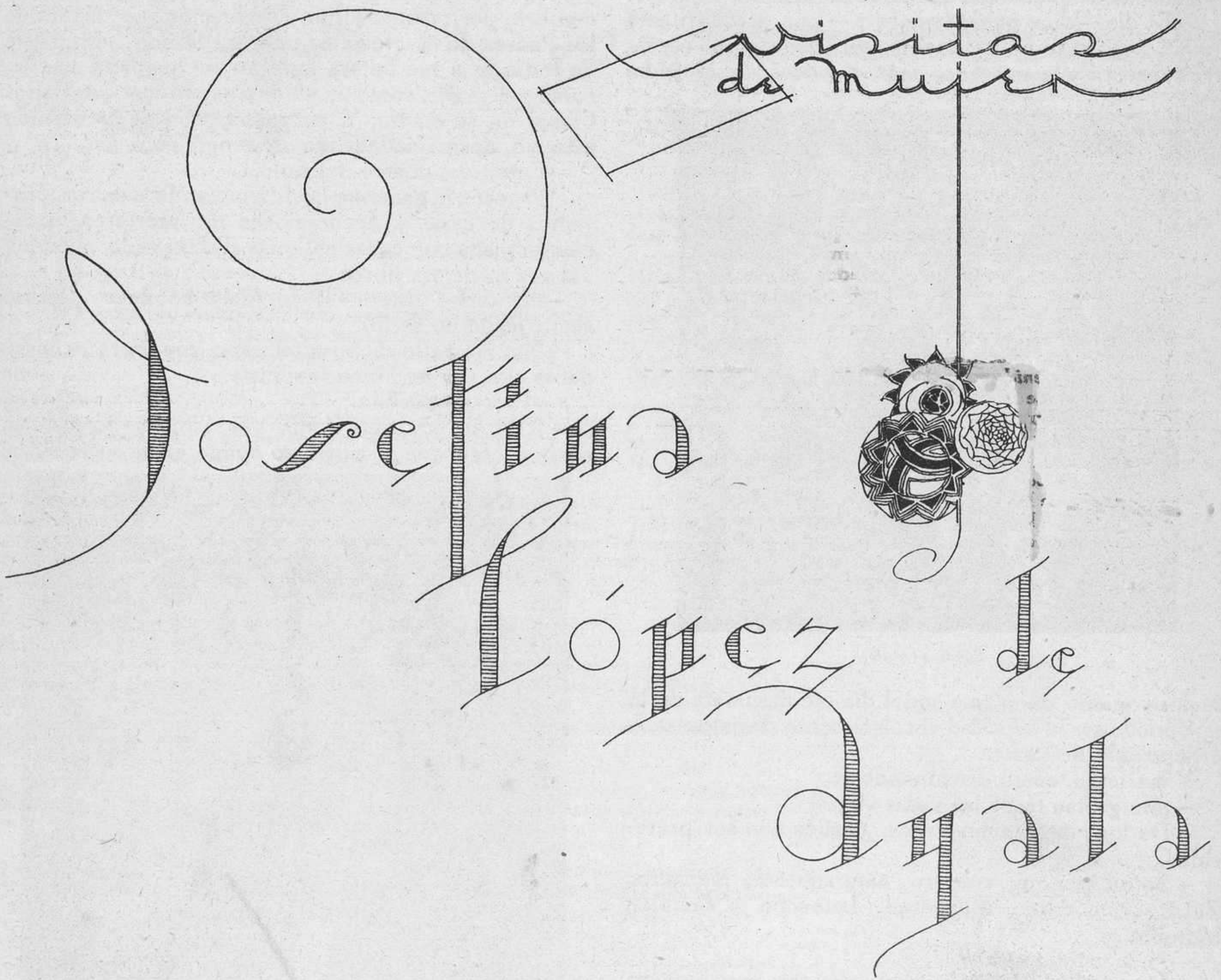
Miércoles 23 Septiembre 1925

Administración, cierre y talleres: SAN SEBASTIÁN

Administración, correspondencia y suscripciones: MADRID. APARTADO 447

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A. Calle de Valencia, 28

SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA: Año, 23 pesetas. Semestre, 12 pesetas :: OTROS PAÍSES: Año, 35 pesetas
CON SUPLEMENTO EN COLORES, 0,25 pesetas más al mes.



RDUA tarea, punto menos que imposible, resulta encerrar en el marco estrecho y siempre vulgar de una entrevista una conversación con Josefina López de Ayala, vizcondesa de Palazuelos, hija de los condes de Cedillo.

Más difícil aún, y además imperdonable, sería intentar una semblanza de esta singular muchacha y de su personalidad.

Imperdonable, porque sería vano buscar palabras que reflejasen la pura y elevada austeridad de su alma privilegiada, cuya fe religiosa, ardiente, rayana en el misticismo, es compatible, sin embargo, con un espíritu curioso, analítico, razonador, refinadamente cultivado.

Sería imperdonable, además, porque heriría indelicadamente la susceptible modestia de Josefina López de Ayala, cuya singular excelencia se empeña en ocultarse pudorosamente bajo un aspecto que para una mirada superficial ofrece apariencias nunca vulgares, pero casi borrosas.

Y no sería, por supuesto, la mejor manera de hacerme perdonar el pequeño abuso de confianza que come-

to al dar a la publicidad la conversación sostenida con la señorita López de Ayala —«la recibo como amiga, no como periodista», me dijo con sonrisa gentil— en la apacible y grata estancia, verdadero refugio de artista, que tiene instalada en la parte alta del palacio de sus padres, para entregarse en diversos momentos del día a su triple pasión, la pintura, la soledad y la lectura, como un alto en el ajeteo incesante de la vida de sociedad.

Me recibe Josefina López de Ayala en un saloncito del palacio; con vivo interés la interrogo sobre su labor de arte pictórico, y ella designa un cuadro en el que aparece de niña en compañía de su madre y de su hermana, obra de su tío el ilustre pintor López de Ayala.

—Mi primer maestro —dice.

Y en seguida, con la encantadora y cordial espontaneidad que la caracteriza, se ofrece a conducirme a su estudio.

—¡Cuántos cuadros! —exclamo.

—Sí —dice—, empiezo muchos, pero acabo muy pocos; me falta paciencia.



—¿Quién es actualmente su maestro?

—Sotomayor.

—¿Y cuál es, de los antiguos, su pintor predilecto?

—El Greco. Para mí, la expresión es lo esencial, y por eso lo prefiero incluso a Velázquez, sin dejar de admirar en este último su prodigioso, su inverosímil dominio de la técnica. El Greco, me parece a mí que «hace pensar». Después de estos dos maestros me entusiasman todos los alemanes y flamencos del siglo XV, y Botticelli, Franz Hals, Fra Angélico y Van Dyck.

Se interrumpe un instante, va hacia un pequeño desván, oculto por una cortina de risueña *toile de Jouy*, y me enseña triunfalmente una tabla pintada del siglo XV.

—El día —dice pensativamente— que descubrí esto en un viejo caserón de pueblo, cubierto de polvo y de telarañas, cuenta entre los más dichosos de mi vida.



Estudio de mujer.

Incluso puedo decir que aquel día me dí cuenta de lo que puede ser la felicidad absolutamente desinteresada e imposible de turbar.

Y murmura, como disculpándose:

—¡Me gustan tanto las cosas viejas!

—De los pintores modernos, ¿cuáles son sus preferidos?

—Sotomayor, mi maestro, naturalmente; Mezquita, Zuloaga, «Lazlo», Maliadine, Latouche y también Morcillo.

—¿Lee usted mucho?

—Me gusta mucho la lectura; pero son muy escasos los autores que me satisfacen de veras. Cualquier crudeza me hace abandonar el libro, y así, no son necesarias para mí las prohibiciones paternas ni las religiosas. Sin embargo, me encantan los autores franceses... cuando se pueden leer. Por ejemplo: Gyp, Reynès Monlaur, P. l'Hermite, J. de la Brète.

—¿Y de los españoles?

—En primer término, Concepción Arenal, Jorge Manrique, Fray Luis de León, Bécker (Gustavo Adolfo), Gabriel y Galán, Balmes, Miguel Costa, Rubén Darío, y entre los poetas nuevos, Peman y el marqués de Lozoya (aunque sea primo hermano mío), Ricardo León y el Santanderino Amós Escalante.

—¿Practica usted deportes?

—Pocos; en Madrid, casi ninguno; en Zaráuz, sí, juego mucho al «golf», sobre todo porque esto me da lugar a largos paseos por la playa; y en el campo monto a caballo.

—¿Ha pensado alguna vez en la profesión que escogería si se viera en el caso de tener que ganarse la vida?

Un instante reflexiona, vacila; luego murmura, sonriendo, no sin cierta malicia:

—Si yo fuera hombre, le habría contestado sin titubeos.

—¿Pues...?

—Me dedicaría a la Teología. Pero no como medio de ganarme la vida, claro está.

—Y como mujer, seguramente, entraría usted en un convento, ¿no?

—No; de ningún modo. Usted sabe cuál es mi fe religiosa, y, además, la religión me apasiona intelectualmente también; yo no «creo» solamente por atavismo y porque así me lo han enseñado, sino, además, con el cerebro, por razonamiento y deducción. La lectura de los Padres de la Iglesia es para mí la más interesante de todas, y si me faltara la fe no me quedaría más recurso que morir, como un niño pequeño que cae de los brazos de su madre. Y, sin embargo, a pesar de todo esto, yo, desgraciadamente, no tengo *vocación*.

—Entonces, dentro del siglo...

—Procuraría ganarme la vida pintando cuadros, proyectos de casas y decoraciones de interiores, amueblando pisos con cosas antiguas y dibujando muebles. Tal vez tradujera libros.

—Ha dicho usted «si yo fuera hombre». ¿Acaso siente usted no serlo?

—No; me hallo dichosa tal como soy. Pero es indudable que soy más bien feminista...

—¿Pero es posible?

—¡Oh!, lo soy, ante todo, por espíritu de justicia, porque creo que la mujer no ocupa en la sociedad ni



Estudio de hombre.

(Cuadros de la señorita López de Ayala.)

ante la ley la situación que le corresponde, y lo soy también porque creo que la mujer debe cultivarse práctica y espiritualmente, no para ser una marisabidilla pedante, insoportable, pero sí para saber administrar su hogar, hacer feliz a su marido, educar a sus hijos, embellecer la vida de cuantos la rodean y, en fin, elevar y perfeccionar su propia feminidad.

Y añade, mientras me despido:

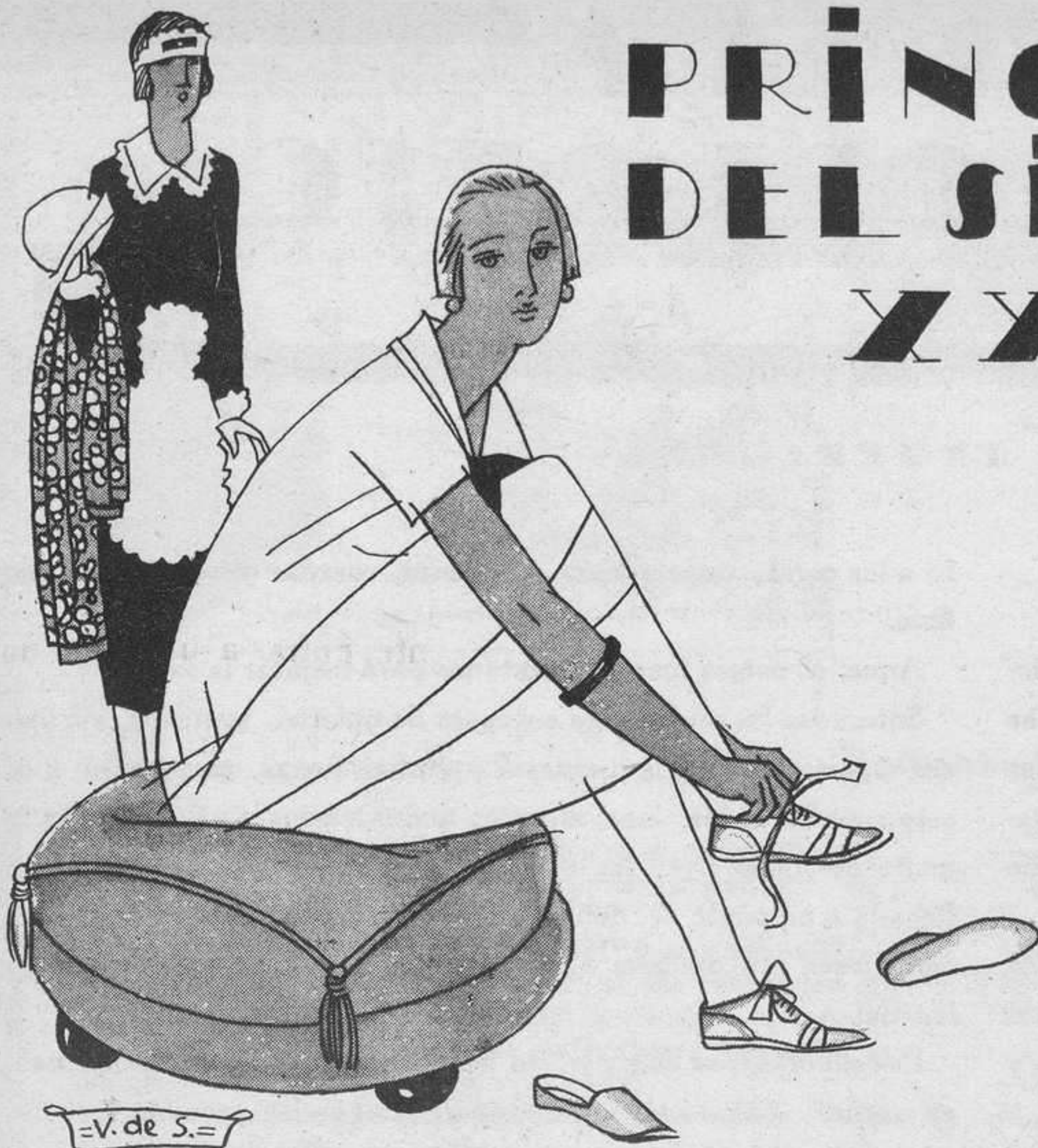
—Ya ve usted que estoy, a pesar de mi feminismo, muy lejos de querer parecerme a los hombres.

—¡La creo sin que usted me lo diga! —exclamo.

Y no puedo menos de reírme de su afirmación al contemplar su esbelta y delicadísima figura, toda gracia, belleza, armonía, feminidad.

CARMEN DE AVILA.

PRINCESA DEL SIGLO XX



quehacer. Hay que dejárselo terminar en medio, además, de aquel silencio de inquietud.
Esa es la Princesa Ana Victoria.

■ ■

Llueve un día y en el *hall* de sus habitaciones, ella, las infantas, las duquesas, han cogido unos libros y se tienden cordiales y perezosas por las blanduras de sillones, divanes y cojines.

El silencio pasea la estancia y sólo alguna vez es arañado por un cambiar de postura, un suspiro sincero y sin comedia o el curvar las hojas que van pasando en los cuentos.

Una damita..., otra..., otra... van dejando sus dedos por señal del libro y meditan lo que la página de la señal les dió que meditar.

Y dice la infanta María Luz rompiendo tímidamente el callar:

—Aquí lo cuenta: una Princesa se casa con un pobre soldado que encuentra en el campo de batalla la sortija del rey. Y el soldado lleva a la boda el desastroso traje de campaña.

—Si yo fuera princesa —comenta la duquesita de los Campos—, tampoco me importaría casarme con un humilde. Pero si anunciaban que el que encontrara la flor que cura el mal se casaría conmigo, elegiría yo al que tuviera que encontrarla.

Un silencio.

—Si yo fuera Princesa —dice con palabra triste la Princesa Ana Victoria—, si yo fuera Princesa..., ¿qué diréis que haría?

—¿Aún queréis serlo más?

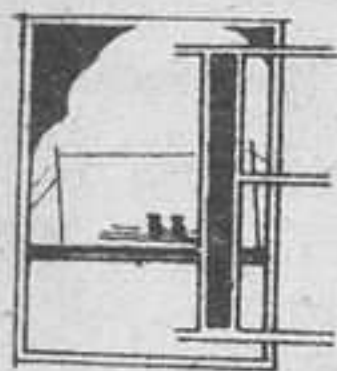
—Si lo hubiera sido siglos atrás, como mi vida sería un sueño, escribiría yo mis cuentos cerrada entre los cristales que policromarían mi escritorio. Hoy, si yo fuera Princesa, Princesa de cuento...

—¿Qué?

—Que dejaría de ser Princesa.

El silencio otra vez. Cada una tiene un dedo por señal de su libro; pero ya no piensan más que en la página que acaba de decir la Princesa Ana Victoria...

ANTONIO ROBLES.



UROPA y el siglo XX. Y el Palacio Real de Solidia, la capital de Yuancia.

La Princesa Ana Victoria acaba de vestirse el traje albo del *tennis*. Ella sola, mientras la doncella busca allí mismo el calzador, se calza a mano los zapatos blancos con un gesto de pequeño esfuerzo, que es el gesto de los que viven abajo.

—Déjelo. Ya está —dice.

Y ella sola, cuando el peluquero desaparece de la estancia, levanta los brazos ante el espejo, se lleva las manos a la nuca y termina el peinado: tres, cuatro blandos y cariciosos empujones al peinado.

Y ella sola, cuando la manicura ha terminado la faena, se mira las uñas, doblando rígidamente los dedos; busca los reflejos moviendo la mano como un reflector, y todavía coge el pulidor para que patine por última vez, con suavidad personal.

La manicura, inquieta:

—Princesa, ¿no os gusta?

—¡Sí! ¡Mucho...! De veras, de veras... Pero usted no tiene obligación de cuidar más que las uñas, no las psicologías.

La doncella, discreta, elegante, esbelta, con la cofia, las bocamangas, el cuello y el delantalillo blancos sobre negro, termina el tocado de la Princesa y se retira casi militarmente a un rincón.

La Princesa Ana Victoria vuelve al espejo. Deshace y hace de nuevo: en los broches, y en las pulseras, y en las peinas, y en los labios...

Levanta la cortina antes de que le de tiempo de hacerlo a la doncella, y sale.

Dos estancias más allá se oye una fuente de charla femenina: infantas, juventud, aristocracia, la duquesita de los Campos... Esperan a la Princesa, cuyos pasos abiertos y suaves —pasos de marcha ágil y alegre— ya se sienten llegar.

—¡Alteza!

Viene luego la fórmula de besarle la mano. Ella lo contiene estrechando diestra con diestra y levantando de las respetuosas inclinaciones con una caricia femenil a la barbilla.

Y en su rostro hay un gesto de cansancio, de cansancio de esas cosas...

■ ■

—Es que los saques de la Princesa son terribles —comentan las jugadoras.

—La Princesa tiene un gran juego de saques —dicen.

La Princesa gana o no; pero tiene un temperamento que se define en los saques del *tennis*.

Otra princesa real cumpliría con la contestación de la pelota, con el juego largo, con el juego corto, con los saques... Cumpliría enviando a todo su atención, su relativa atención de Princesa...

La Princesa Ana Victoria responde a un temperamento y no se lo aguanta, y ese temperamento se manifiesta en los saques.

Alguien se ha atrevido a llevarle las quejas al Rey.

—Señor: la Princesa no sabe demasiado ser princesa. Exceso de humildad.

El Rey responde:

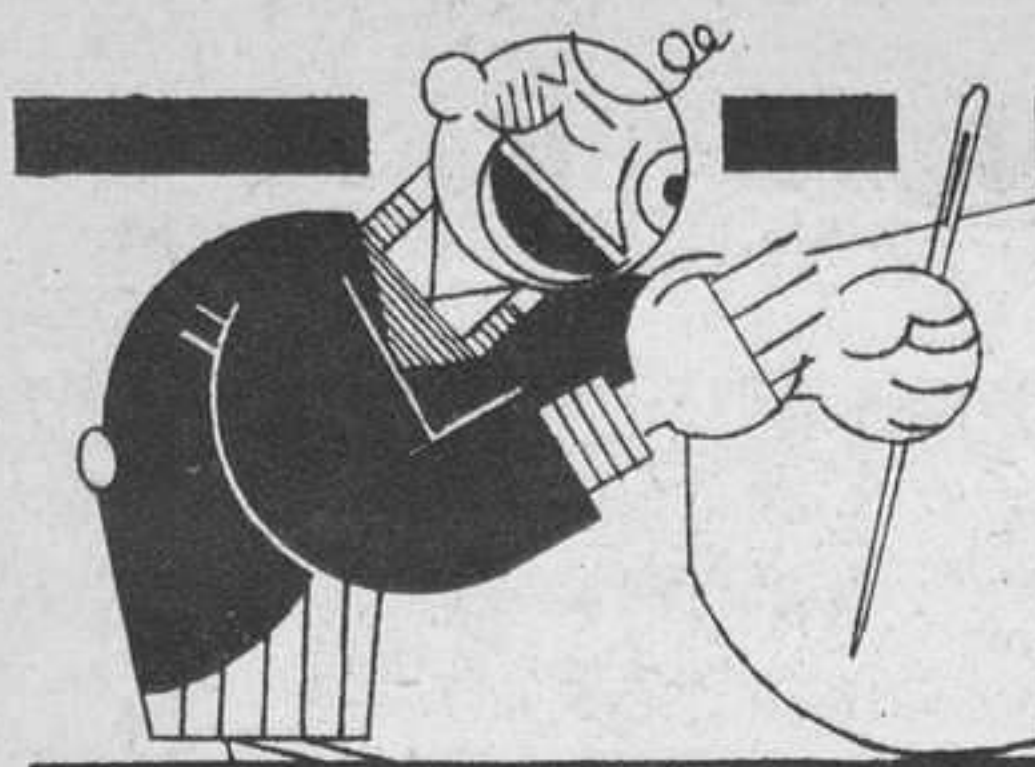
—Eso es exceso de vanidad. El humilde soy yo, que tengo un hombre pisoteado dentro para que tú tengas un rey.

Termina el juego y todas las muchachas de la elevada sangre azul acuden a la mesita de mantel ajedrezado, verde y blanco, donde se sirve la merienda del Palacio.

La Princesita del cuento se sienta y se levanta con repetición abrumadora: completa el dulce de los tostadillos, busca el punto del te y el agua, destapa el azúcar, la reparte...

Hay un respeto y un silencio para su trabajo. Nadie se atreve a evitarle el





MODA

HUMORISTICA

XOLO

PRENDAS INTERIORES

No hay prenda como la vista.

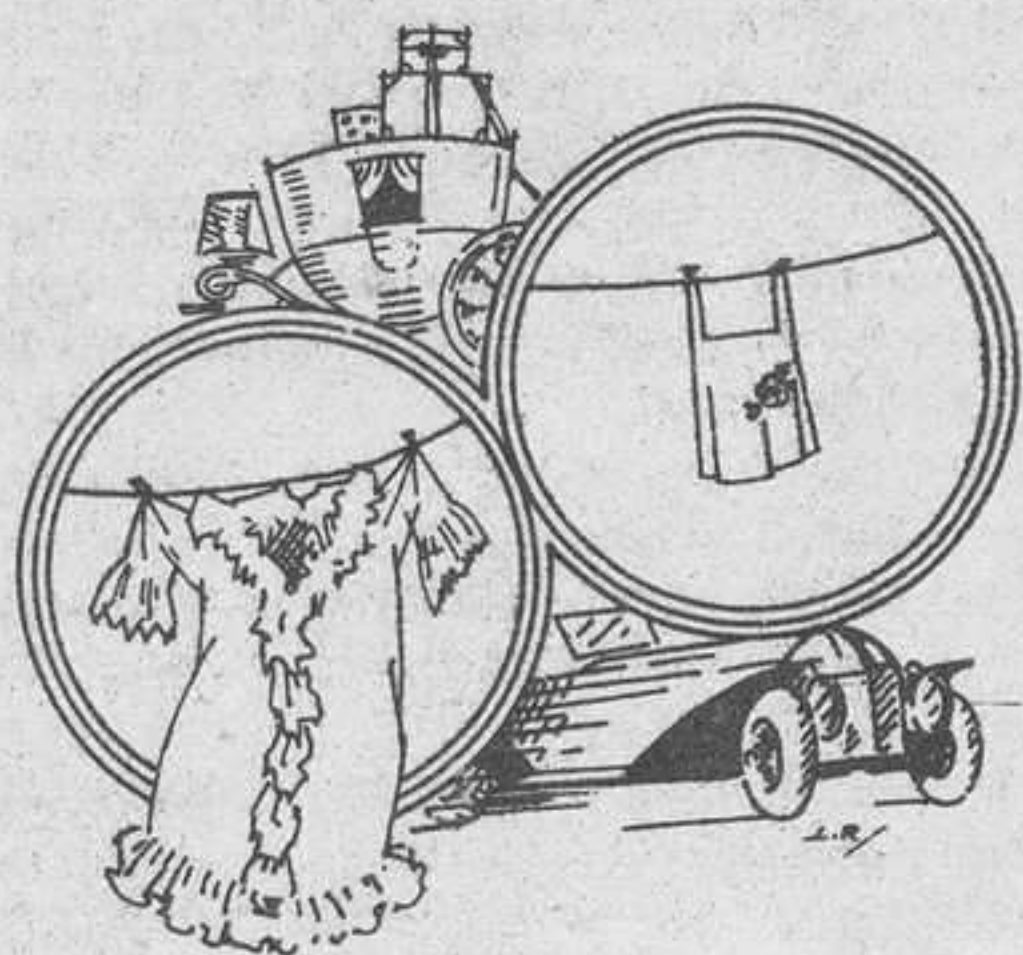
(Popular.)

FASAREMOS casi por alto la camisa. No es que no sea curioso el seguir a través de la historia las variaciones que ha sufrido esta prenda íntima. Se puede decir que la camisa ha sufrido las oscilaciones del espíritu de cada época, variando de forma y de calidad: ha sido la bandera de la psicología de las épocas.

En aquella antigüedad griega de bajo relieve, la camisa tenía toda la importancia, ya que era camisa y vestido. Las griegas, después de recogerse el moño con una cinta, se ponían su túnica-camisa y a la calle, a rendir filósofos.

Más tarde, en la hosca Edad Media, su tela se agruesa y su extensión aumenta.

Poco a poco el Renacimiento la suaviza y carga de brocados.



Después, en el siglo XVIII, maravilloso siglo para ella, su lujo alcanza unas proporciones inauditas. Vienen revoluciones, Napoleones, Madame Recamier, y esa prenda sigue adaptándose perfectamente a la época en que vive. Y llega la funesta segunda mitad y fin del siglo pasado y, como la pintura y la literatura, la camisa se embastece, pierde gracia y personalidad, que sólo se la había de volver a dar, en la actualidad, la generación *d'après guerre*.

Vemos que hoy en día, después de todas las vicisitudes, ha llegado a quedar reducida a... una camisa.

Todos conocemos aquella historia del rey que manda a buscar por el mundo al hombre feliz para apoderarse de su camisa y ponérsela él. Y que resulta que cuando lo hallan, este hombre no tiene camisa...

Tal vez por eso se puede advertir hoy que las señoras están casi completamente satisfechas.

No podemos dejar de hablar, al tratar de las prendas interiores, de la desaparecida enagua.

Hoy en día, desbancada por la *combinaison*, yace en el olvido. Sin embargo, eran pintorescas aquellas enaguas que metían ruido al caminar su dueña.

Los grabados que venían de París antes de la guerra y que los chicos de entonces curioseábamos con avidez, nos mostraban, a veces, señoras en enaguas: «La bella Otero...» «La bella Chiquita»...

Fueron en aquella época inocente de los primeros tranvías, cuando los señores se emocionaban mucho si veían un tobillo femenino a la intemperie.

¿Y el corsé? No el de ahora, faja, goma y sobriedad. Me refie-

ro a los corsés de entonces... Ballenas, cuerdas y suspiros de asfixia.

Aquellos corsés fueron inventados para mejorar la raya.

Saturadas las mujeres de entonces de quietud, sentadas, sin hacer «sport» nunca (¿la bicicleta?), perdían fuerza, elasticidad; y si esto sucedía en las clases altas, ¿a qué extremos no llegarían en la gente del pueblo, en las criadas, por ejemplo? Las criadas habían llegado a un punto de debilidad que ya no había manera de que cumpliesen sus obligaciones: se les caía la escoba y el plumero de las manos.

Las señoras, por su parte, se desbordaban como queso de nata en verano. Ya no cabían en los coches ni en los primeros tranvías que entonces realizaban sus primeros atropellos. Los trenes de vía estrecha habían tenido que ensancharse. Todo hacía urgente una medida que solucionase el conflicto. Y vino, la trajeron los modistas, apareció el corsé de ballenas, hijo amante de los de hierro de la Edad Media.

Las criadas entraron en acción: todas las mañanas encorsetaban a sus amas. Según el volumen de éstas, era menester el esfuerzo de sus domésticas. Había doncella que tenía que apoyar los pies en su señora y tirar con todas sus fuerzas de los cordones, hasta que los muros del corsé se iban cerrando como esclusas, y era como cuando se aprieta mucho un plátano en un puño.

Poco a poco, y gracias a esa gimnasia sueca, el gremio de criadas fué mejorando físicamente; su ejercicio matinal les abría el apetito y les daba músculos. Sus hijos nacieron más fuertes que los

de la generación anterior: la raza había mejorado. Poco a poco, esta mejora fué haciéndose más importante y las doncellas más duchas y más atléticas. En París fundaron una academia de apretar corsés; los profesores habían sido *sirgadores* en el Volga.

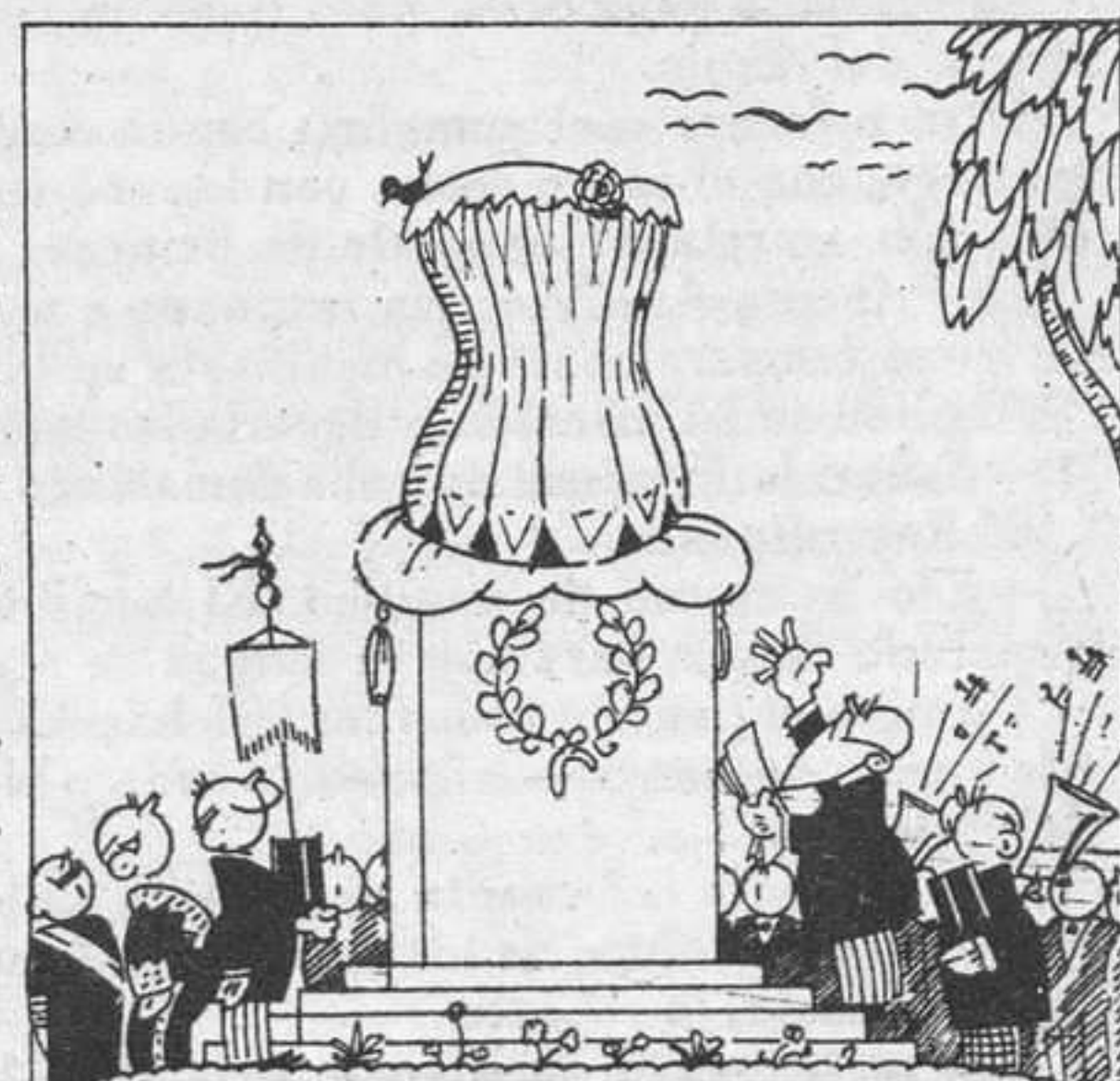
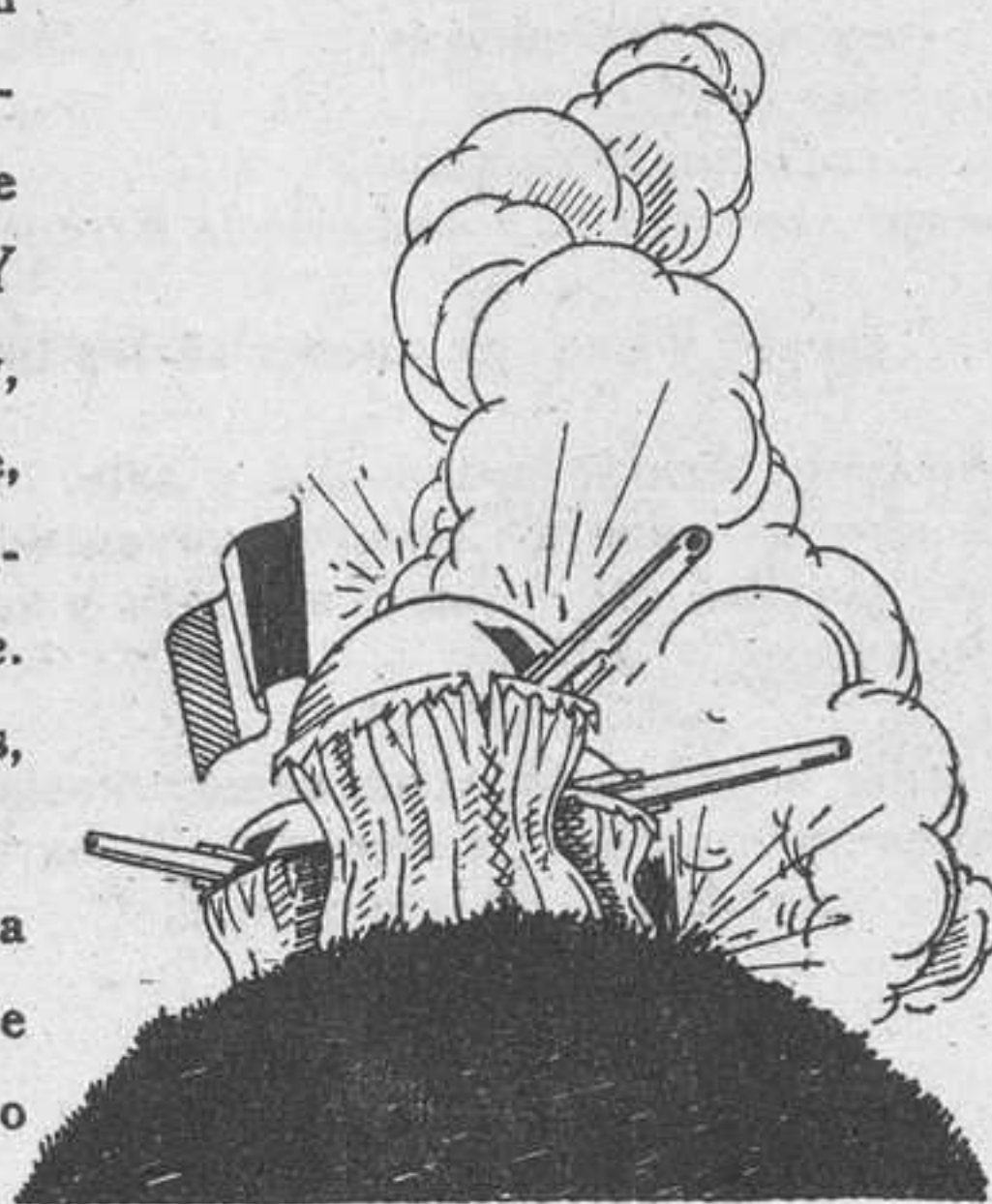
Por otra parte, el cuerpo humano se comprimió, comprendió que debía desarrollarse hacia arriba y no en forma apaisada, y con eso la línea en la mujer creció en elegancia..., sobre todo cuando desapareció esa moda.

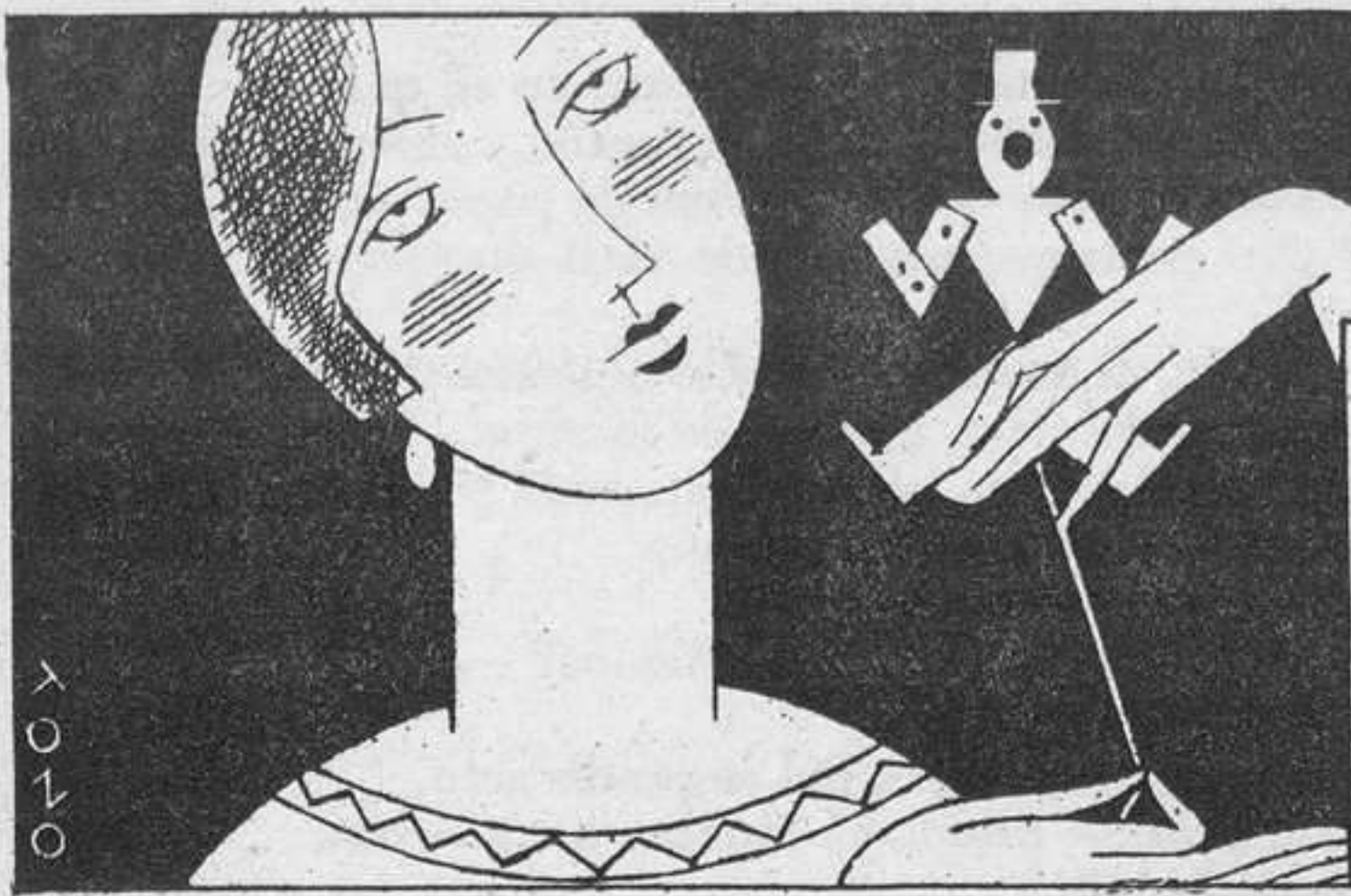
El conflicto de circulación que se tenía, de seguir engordando las mujeres, fué conjurado, y hoy podemos caminar por las aceras; no lo hacemos, pero podríamos circular por ellas.

Los corsés sucumbieron en la gran guerra: unos los emplearon en los fuertes de Lieja y los otros fueron vendidos por el orbe como bacalaos...

Se proyecta un homenaje al corsé desconocido.

EDGAR NEVILLE.





MONINA

NOVELA

POR

CY P

(Continuación.)

—En poco ha estado —respondió el otro muy serio. Monina, aflojando los deditos, que se incrustaban en el hombro de su primo, le preguntó:

—¿Estamos seguros? ¿No se repetirá el accidente?

El señor de Rueille la contemplaba sin responder, distraído, turbado en apariencia. Ella continuó:

—En vez de mirarme, mire usted hacia adelante, que vamos a caer en otro bache; verá usted.

—No..., no... —murmuró él como en un sueño—. No tenga usted cuidado.

—Apostaría que llegamos tarde a la comida..., y ya sabe usted que la abuela lo toma muy a mal.

Rueille fustigó el lomo de su jaca inglesa, que botó, sacudiendo con violencia el cochecillo, y arrancó locamente.

Esta vez, Monina pareció estupefacta.

—Pero ¿qué le pasa a usted hoy?... Hace un momento ha estado en nada que volcáramos, y ahora arrea a «Coronel», que ni siquiera debía sospechar que lleva usted un látigo..., y salimos disparados... o poco menos... Hoy no está usted en sus cabales.

—No, no estoy en mi juicio —respondió maquinalmente el otro.

Al primer bote de la jaca, Dionisia volvió a cogerse del brazo del señor Rueille, no porque tuviese ni pizca de miedo, sino porque, sentada en la banqueta, demasiado alta para ella, no se sostenía bien derecha y tenía que agarrarse a algo seguro. Sin soltar el brazo que tenía cogido y que la sostenía, preguntó con interés acercándose a su primo:

—¿Conque no está en sus cabales? ¿Qué le pasa...? ¿Está usted malo?

—Malo..., no; no es eso precisamente.

—¿Cómo «precisamente»? No hay que ponerse enfermo, pues hemos de trabajar esta noche en la revista. Si no es a todos, y muy bien, no la habremos acabado para el baile de las carreras.

—¡No me preocupa gran cosa la revista! Yo, en lugar de usted...

Se detuvo cohibido.

—¿Qué...? —preguntó Monina—. ¿Qué iba usted a decirme?

Pablo balbuceó, buscando sus palabras:

—Sí, en efecto; quería decirle que el dibujo de Juan para su... para el traje de Hebé...

—¿Qué le pasa?

—Pues... que está demasiado al desnudo el tal traje.

—A mí no me lo parece, en absoluto.

—¡Vamos! ¿Cree usted que una mujer de su clase, una joven, debe presentarse así, casi desnuda...? ¡Es vergonzoso...!

Monina miró algo turbada a Pablo de Rueille, lanzando una carcajada.

—¡Qué gracioso es usted! —dijo—. ¡Cualquiera le creería un marido celoso!

—¿Celoso? No tengo por qué estarlo —balbuceó, molesto y disgustado.

—¡Sin duda! Pero sin estar celosos, no quieren ustedes, los hombres, que mujer alguna parezca bonita, o graciosa, o amena a otros que no sean ustedes mismos.

—Pero..., suponiendo que así sea..., es muy natural.

—¿Usted cree...? Pues una mujer, por el contrario, goza con el éxito de los hombres a quienes quiere. Le gusta ver que gustan.

—¡Ta, ta, ta! No sabe usted lo que dice, Monina. En estas cosas tiene usted una in-experiencia... deliciosa... afortunadamente.

—¿Por qué «afortunadamente»?

—Porque...

Y se detuvo de pronto:

—¡Siga usted..., siga usted! —insistió Monina, pellizcándole el brazo.

Visiblemente contrariado, trató de librarse de la presión de su manita contraída.

—Sería muy complicado —repuso.

Monina enrojeció.

—¿Muy complicado? ¡He ahí una de las excusas que me molestan! ¿Por qué no explicarme lo que piensa?

—¿Explicarle lo que pienso? ¡Ah, no! —repuso con cierto espanto.

—¿No...? ¡Pues no me parece muy amable!

Y quedaron un momento silenciosos. Ella, risueña y tranquila. El, serio y turbado. Al entrar el carruaje en la avenida, Monina se volvió hacia el señor de Rueille, y tocándole, suavemente ahora, con su mano fina, le dijo con voz penetrante, que le acabó de colmar de emoción:

—Puesto que tanto le disgusta, no me pondré ese traje; diremos a Juan que dibuje otro.

Pablo tomó la mano que se apoyaba en su brazo y la oprimió contra sus labios, con ternura casi brutal.

Monina pareció no darse cuenta del arrebató y dijo solamente, retirando la mano mientras que por sus pestañas se traslucía un extraño fulgor.

—¡Cuidado con la verja, que el recodo es empinado y hoy no está usted en venal!

Luego se puso a recoger con calma todos sus paquetes, y hasta llegar al castillo permaneció silenciosa y atareada.

Sonó el primer toque para la comida. Monina subió corriendo a su cuarto y diez minutos después entró en el salón muy compuesta con un ligero vestido de tela hoja de rosa, con un gran ramo de rosas pompón en un hombro.

—¡Cómo!... ¡Ya aquí!... dijo admirada la señora de Rueille—. Apostaría algo a que ese remolón de Pablo no está aún dispuesto.

La Marquesa preguntó:

—¿Has hecho todos los encargos?

—Sí, abuela. Y tengo uno para usted. Los Juzencourt me han encargado decirle que el señor de Clagny viene a vivir en la Noriniera, y que volverá todos los años.

—¡Cuánto me alegro! —exclamó la señora Bracieux con verdadera alegría—. No esperaba volver a verle por aquí.

Preguntó Monina:

—¿Por qué?

—Porque tuvo aquí un gran pesar a una edad en que las impresiones penosas quedan para siempre.

—¿Qué edad es ésa, tía? —preguntó Juan de Blaye, un poco burlón.

Los cuarenta y ocho años. A esa edad serás tú menos bromista que hoy, muchacho. Y a ella llegarás más pronto de lo que te figuras.

—Tanto mejor —respondió Juan sonriendo—. Debe de ser la edad ideal. La edad en que el corazón duerme.

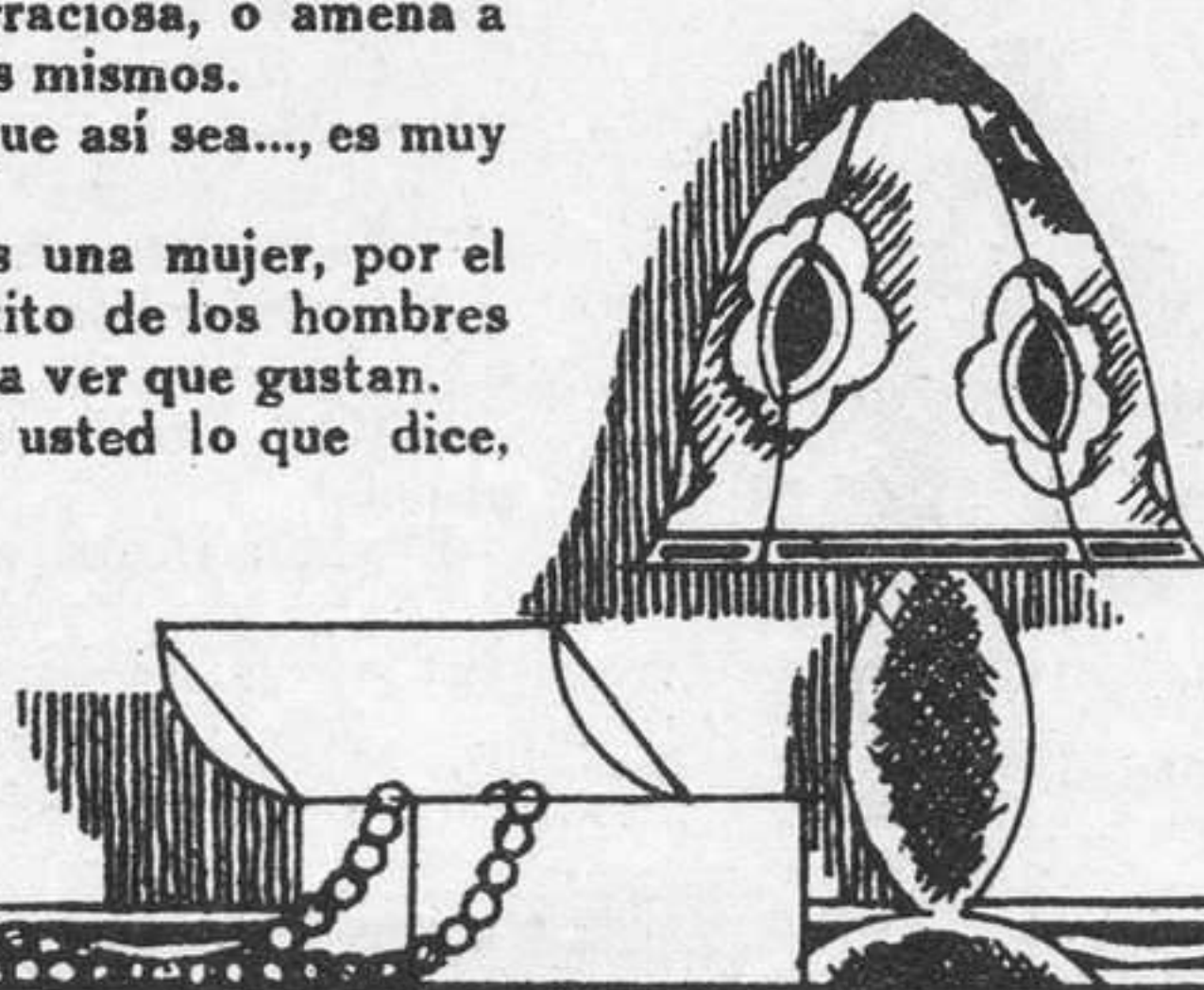
La Marquesa dijo, maliciosa, mirando a su sobrino:

—En algunos casos se adormece más pronto.

Juan se encogió de hombros:

—Sí, pero se despierta, o puede despertarse. No hay tranquilidad, mientras que a los cuarenta y ocho años...

—¿Tú... crees? Hace doce años que mi buen amigo Clagny tenía cuarenta y ocho. Hoy tiene sesenta, y apostaría que su corazón no se ha adormecido nunca. ¡Nunca! ¿Me oyes?



Juan se echó a reír.
 —¡Diantrel! ¡Pues es un fenómeno su amigo! Ganaría la mar de dinero exhibiéndose...
 —No lo necesita.
 —¿Es rico?
 —Inmensamente.
 —¿Cómo cuánto?
 —¡Cuatrocientas mil libras de renta!... ¿Te parece poco?
 —Sí —dijo sin entusiasmo—; evidentemente, está bien... para quien no ha robado...

Y preguntó después.
 —¿Qué gran pesar es ese que ha tenido?
 —Ya te lo diré cuando Monina no esté aquí.
 Monina, sin embargo, no debía de oír nada. Jugaba con Pedrito, que acababa de entrar, y le estaba rehaciendo la raya. Era un muchacho de diez y siete años, vigoroso, demasiado desarrollado, de pies largos y grandes manos, con una frente llena de inverosímiles chichones. Se encogía en cuanto le era posible para que la joven alcanzase a sus cabellos revueltos, deslustrados, con el cuello tendido, mirada vaga y aspecto feliz bajo el roce ligero de las hábiles manecitas.

La señora de Bracieux vió que Monina estaba a cien leguas de allí, y a media voz refirió a su sobrino la trivial aventura de amor que había interrumpido, hasta cierto punto, la vida de su viejo amigo.

De pronto, Dionisia volvió a acercarse a la Marquesa.
 —¡Abuela, se me olvidaba!... Los Dubuisson no pueden venir a comer el jueves; pero el señor Dubuisson traerá a Juana el viernes y la dejará ocho días con nosotros.

—¿Entonces no seremos más que diez y ocho a la mesa?
 —Seguimos siendo veinte, porque he visto a los Tourville y los he invitado de parte de usted... He pensado que...
 —Has hecho muy bien.

—¡Oh! —dijo Bertrada—, ¡los Tourville juntos con los Juzencourt! ¡Otra vez más tendremos que oír las historias de Guillermo el Conquistador y de Carlos el Temerario!

Monina exclamó riendo:
 —¡Más vale así! Al menos, nos lo contarán de una sola vez.

Cuando anunciaban la comida entró el señor de Rueille preocupado, brillantes los ojos. Sentóse a la mesa silenciosamente y permaneció mudo.

III

En el «hall», Monina, ayudada por Pedrito, servía el café. De pronto lanzóse en persecución de Pablo de Rueille, que acababa de salir del salón y bajaba por la escalera de la terraza.

—Pero..., ¿qué es eso...? ¿Adónde va usted?
 —Pues... —respondió sin detenerse— a pasear un poco, a respirar... si es que se puede con este calor.
 —¡Ah, no! —protestó Monina, alcanzándole—. ¿Y la revista...? ¡Hay que trabajar...!
 —Me duele la cabeza.
 —Eso le aliviará. Tiene usted que venir; no nos quedan más que tres días.

—¡Pero si no soy indispensable! —dijo Pablo, molesto.
 —¡Vaya...! Es usted quien escribe...
 —¡Al dictado...! No se necesita ser muy vivo para eso...
 —¡Sí, sí! Nos hemos acostumbrado a usted...

Monina estaba un peldaño más arriba que él. Inclínandose y echándole los brazos al cuello, le suplicó zalamera:

—¡Vamos, Pablito, amigo mío...! ¡Venga usted... por mí! ¡Sea bueno...!

El señor de Rueille retiró con movimiento brusco los dulces brazos de la joven, que le envolvían rozando su cara, y respondió con voz enronquecida:

—¡Bueno..., bueno...! ¡Ya voy...!
 La joven retrocedió, y en la noche clara distinguió Pablo el brillo de sus grandes ojos sorprendidos.

—¡Qué enfadado está usted! ¿Qué le pasa?
 —interrogó tímida. Y como no contestara, insistió:

—¿No quiere usted decírmelo?
 —¡No! —respondió secamente.

Y volviendo a subir entró en el salón seguido de Monina, que dijo a Bernarda:

—No sé qué le pasa a tu marido. Está como un cardo.

La señora de Rueille miró a Pablo. El rostro un poco demacrado, nervioso el aspecto, afectaba charlar y reír ruidosamente con el profesor, quien, por su parte, se mantenía cir-

cunsecto y silencioso. Después de contemplar, e inquieta al notarle raro, respondió.

—Seguramente algo le pasa, pero no sé qué.
 —Monina, olvidando su observación, comenzó a explicar:
 —¡Vamos! ¿Pues no quería irse de paseo en vez de trabajar? ¡No creas que me ha sido fácil convencerle para que volviese!

Resignado, el señor de Rueille acababa de sentarse ante una mesa Imperio con tablero de mármol. Tomó el manuscrito, lo abrió por la página empezada y dijo, mojando en la tinta una larga pluma de ganso:

—Cuando usted guste.
 —Pero, ante todo, ¿dónde estamos? —preguntó el señor de Jonzac.

—En la escena tercera del segundo acto.
 —¿Todavía? —preguntó Monina asombrada.
 —¡Todavía, sí!

La marquesa comentó:
 —Hijos míos, no vais a concluir nunca.
 —¡Sí, abuela, sí...! —dijo alegremente Monina—. Va usted a ver qué bien lo hacemos... ¡Ea...! Estamos en la tercera escena del acto segundo..., cuando el poeta simbolista se defiende de las acusaciones más bien malévolas de Venus...

Como nadie decía nada, el señor de Rueille preguntó:
 —¿Y luego?
 —Luego —explicó Monina—, a mi parecer, hará falta una cancioncita... ¿Qué te parece, Juan...?

Absorto, con la cabeza apoyada en el respaldo de una gran poltrona, Juan de Blaye, soñador, no oyó la pregunta.
 —¿Estás dormido...?

El joven volvióse hacia ella preguntando:
 —¿Hablas conmigo?

—¡Pues claro!... Tengo ese honor... Te preguntaba si una cancioncita no estaría bien ahí..., una canción con música conocida...

—Sí —respondió Juan, distraído—; me parece bien.
 —Bueno, pues hazla.

—¡Que la haga yo!... —objetó, dando un respingo—.
 ¿Por qué yo?

—Porque siempre eres tú quien las hace...
 —¡Vaya una razón!... Precisamente por eso, les toca hoy a los demás. No tienes que hacer sino obligar a Enrique, o a tío Alejo..., o al señor Giraud..., hasta al mismo Pedrito...

—¿Por qué «mismo»? —preguntó éste, enojado—. Quizás haga las canciones tan bien como tú..., ¿sabes?

—Pues hazlas. Yo tengo hechas bastantes.

—Juan —dijo Monina, suplicante—, no nos dejes en la estacada... Te lo pido por favor.—Y se le acercó, adelantando el lindo hociquito de rosa, con los labios prominentes en gracioso pucherito.

El señor de Rueille vió el movimiento; se levantó bruscamente y cortándole el paso:

—¡Pero si hará las coplas! No desea otra cosa... Puede usted sentarse.

Dionisia se quedó plantada en medio del «hall», desconcertada por tan singular salida y, al cabo, replicó:

—Usted es quien debe sentarse. ¿Por qué se ha levantado de su mesa?

—¡Ah!... ¿No tengo el derecho de levantarme sin permiso?

—Juan... —volvió a decir Monina—, vamos, Juan... De nuevo el señor de Rueille se interpuso y dijo con tono cortante:

—¿Por qué no se arrodilla usted ante él?

—¡Oh, Dios mío, nada mejor si eso pudiera decidirle! —Y se lanzó hacia su primo. Pero Rueille, colérico, la cogió del brazo diciendo:

—¡Basta! Es ridículo.

—¡Usted sí que es ridículo! —balbuceó ella, mirándole asombrada.

A lo que él respondió con dureza:

—Convenido. Yo soy quien debe ir a sentarse; yo soy el ridículo; yo soy quien es todo lo que no debería ser y quien hace todo lo que no debía hacer...

—¿Qué pasa, hijos míos? —preguntó la señora de Bracieux.

El señor de Jonzac explicó, mientras desatascaba su pipa golpeándola cuidadosamente contra un mueble, para hacer caer la ceniza:

—Es, ¡Dios me perdone!, Pablo, que disputa con Monina.

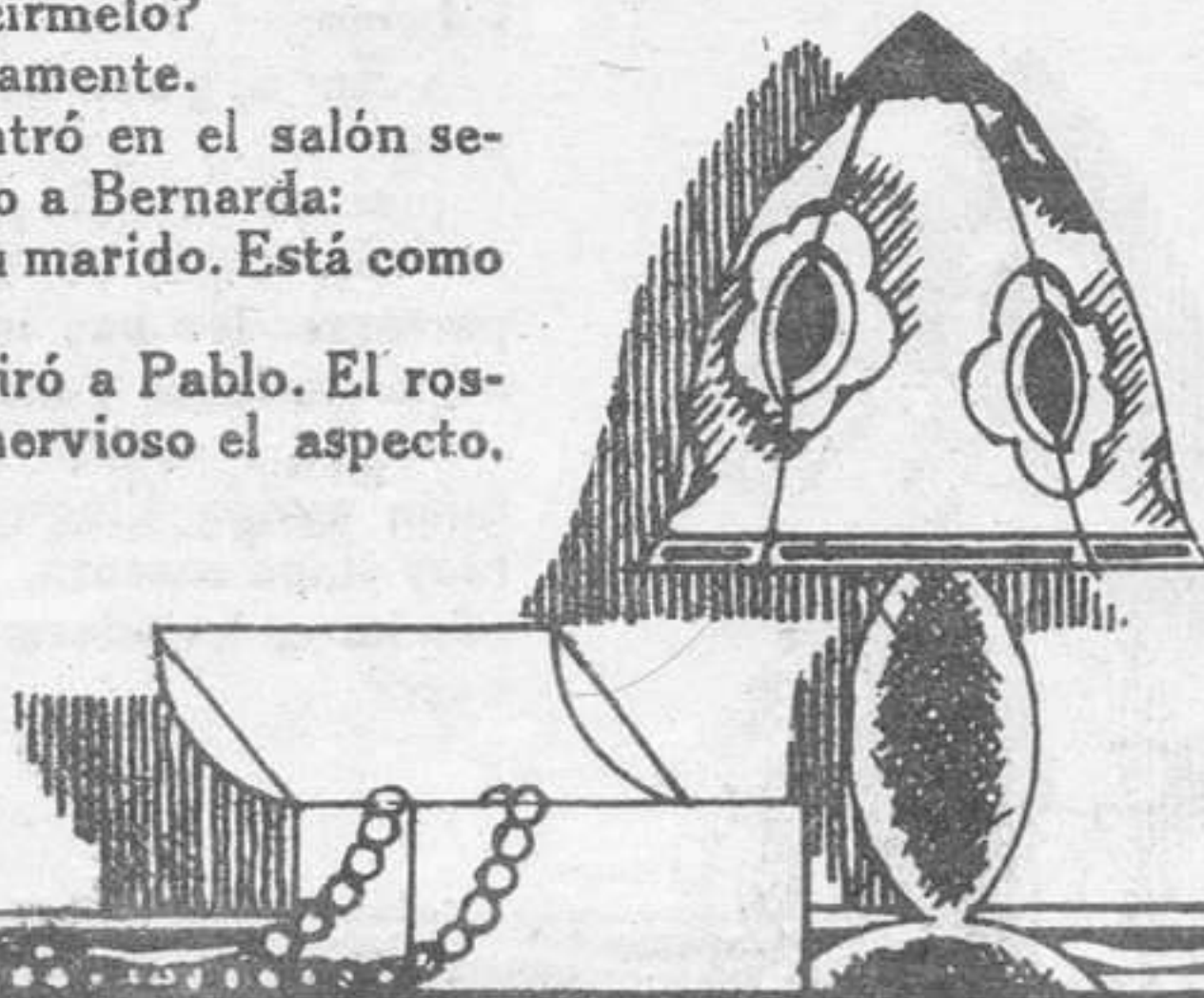
—¿Con Monina? —exclamó la anciana en el colmo del asombro.

Y la señora de Rueille repitió, dejando el periódico que leía:

—¿Que Pablo disputa con Monina?... ¡Imposible!

El abate afirmó, escandalizando:

(Continuará en el número próximo.)

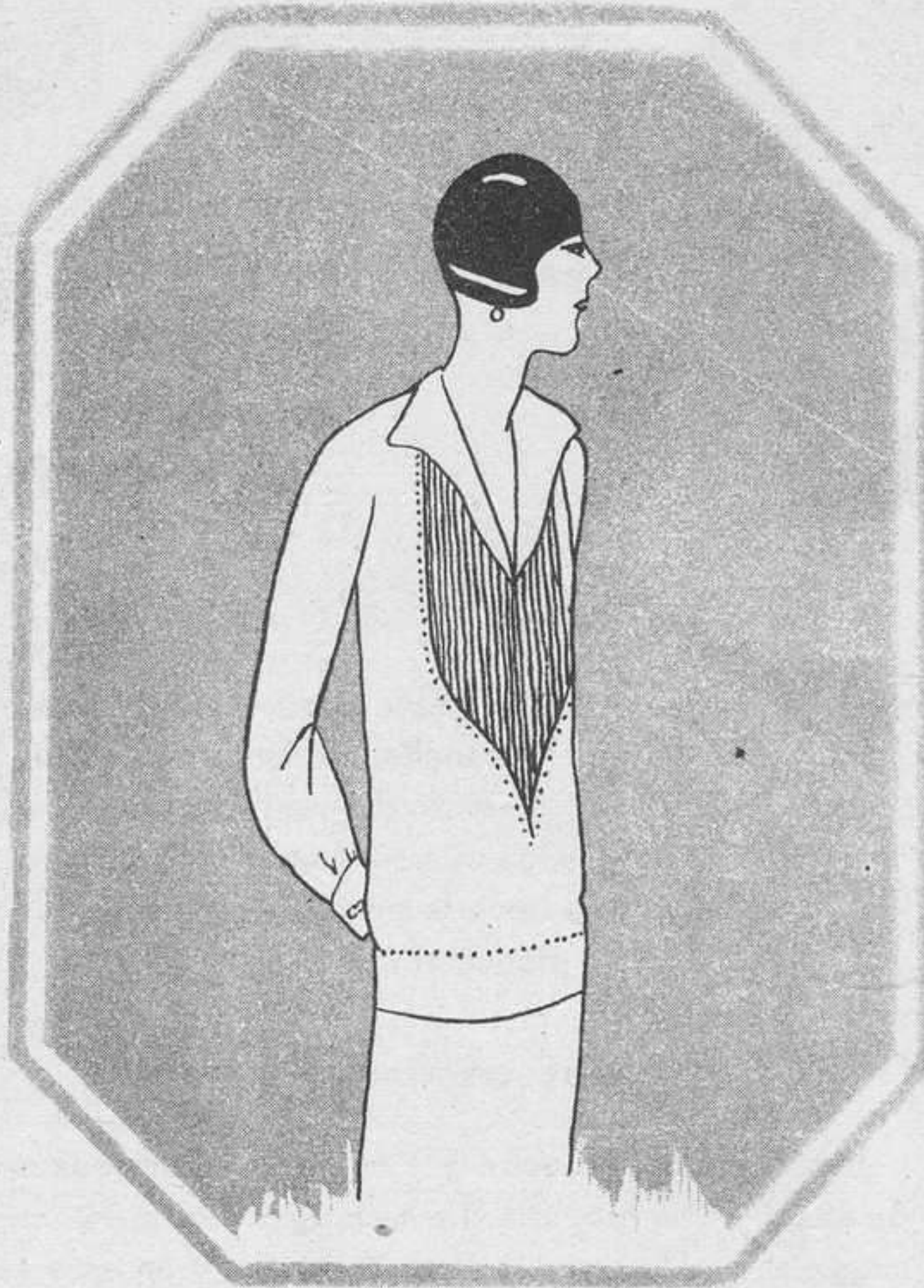




Sección compuesta y redactada en París bajo la
 dirección de Madame Martine Renier
 redactora Jefe de la Moda
 en FEMINA de
 París

Crónica

ROPA INTERIOR, BLUSAS Y PIJAMAS



Blusa de crespón de China rosa pálido. La pechera, en forma de corazón, está compuesta de plieguecitos muy menudos, y rodeada por una vainica. El dobladillo que termina la blusa lleva otra vainica igual. Los puños son de forma «chemisier».



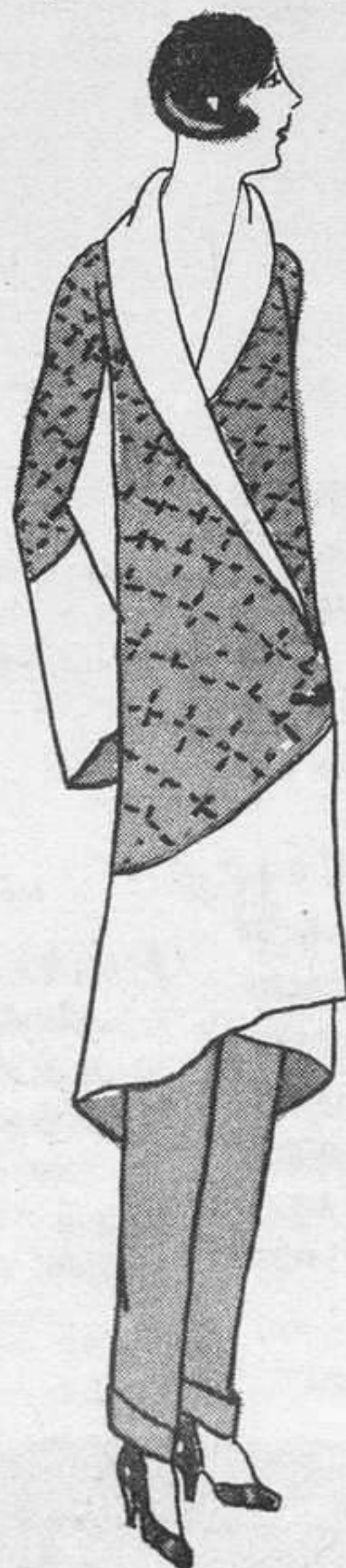
Vuelve a usarse la chorrera que teníamos abandonada desde hacía algún tiempo. Sigue siendo de crespón de China, y a menudo se corta «en forma». Esta blusa, listada con grupos de plieguecitos, lleva un cuello vuelto, poco descotado; los puños son rectos.



A ropa interior ocupa poco sitio en nuestros armarios; bien es verdad que puesta tampoco ocupa mucho, que digamos. No por eso deja de tener importancia. Ha evolucionado por completo desde que, en nuestro afán por parecer cada día más esbeltas, la hemos ido reduciendo a su mínima expresión. Hoy, muchas mujeres llevan, sobre el sostén y la faja, solamente una camisita-pantalón, y han reemplazado el linón por el crespón de China o la *toile* de seda.

En efecto, ya casi no se utiliza el hilo para nuestra ropa interior; nuestro nuevo modo de vestir ha vencido al más poderoso argumento de los adversarios de la ropa de seda que, colocándose desde el punto de vista de los higienistas, reprobaban el empleo de tejidos que no permiten el lavado con lejía para las prendas que tocan la piel.

La objeción no existe ya, puesto que las únicas prendas que nos ponemos directamente sobre el cuer-

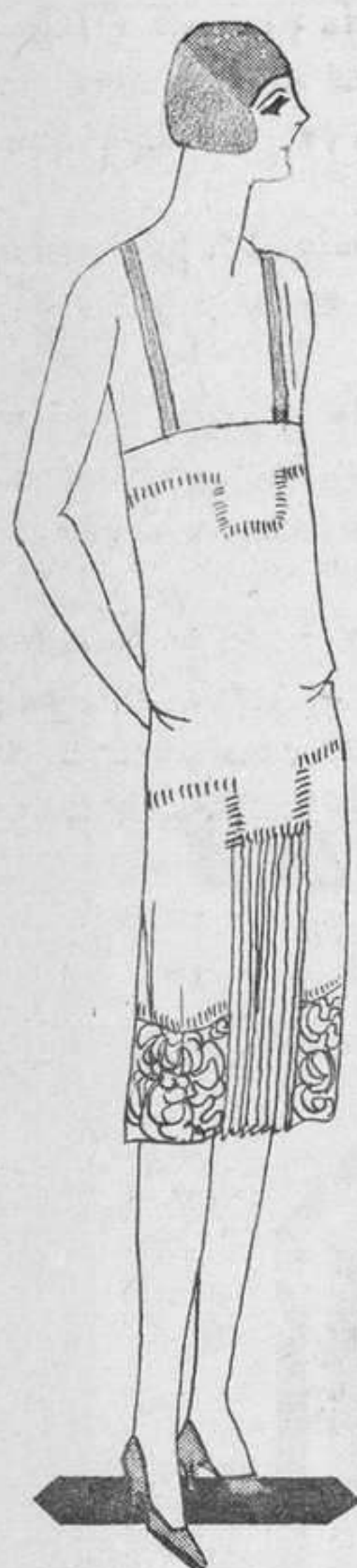


po son la faja y el sostén de pecho; la camisa se coloca encima. Nos encanta que sea de un tejido muy flexible, fácil de plisar, poco susceptible de arrugarse, y sobre el cual los vestidos resbalen con suavidad.

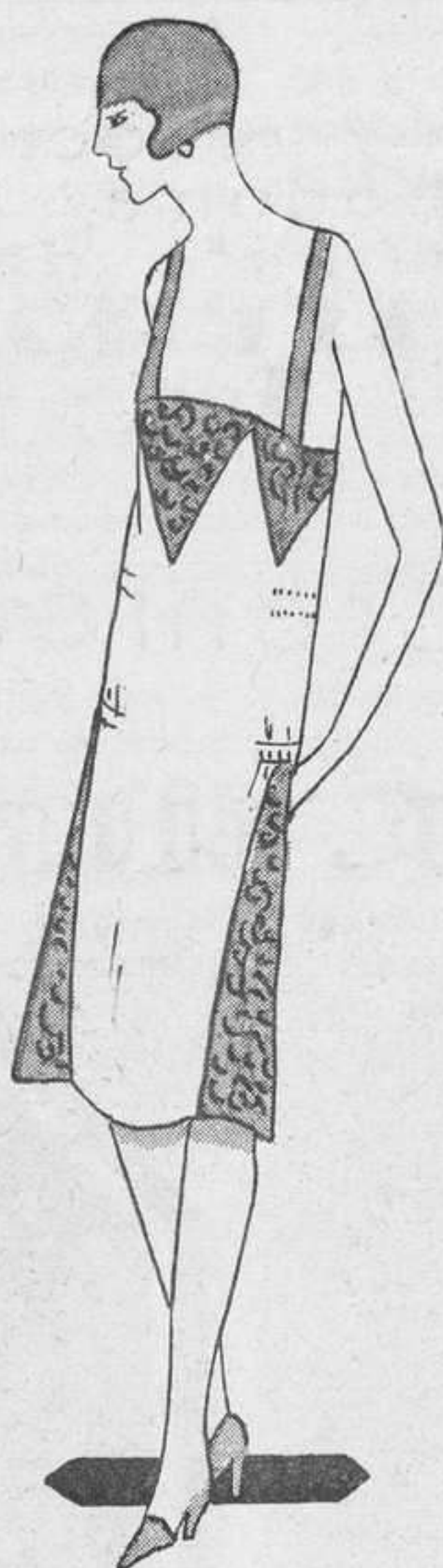
La limpieza de estas prendas resulta fácil gracias a los jabones en copos que todas conocemos. Lo más delicado es el planchado, árdua prueba para la doncella, tanto más cuanto que los plisados menudos y numerosos son hoy obligatorios en la ropa interior elegante, sobre todo en la que no tiene más adornos que los calados a mano.

Las nuevas tendencias de la moda recrudescerán se-

Pijama de abrigo, de forma muy moderna. Se compone de un pantalón y de una blusa sin mangas, de raso negro, con ancha faja verde. La levita es de raso negro, respunteada y guateada, con vistas y un volante en raso verde.



Combinación de crespón rosa, guarnecida con calados y un ancho encaje de Milán. En el centro, por detrás y por delante, un grupo de pliegues da vuelo a la falda.

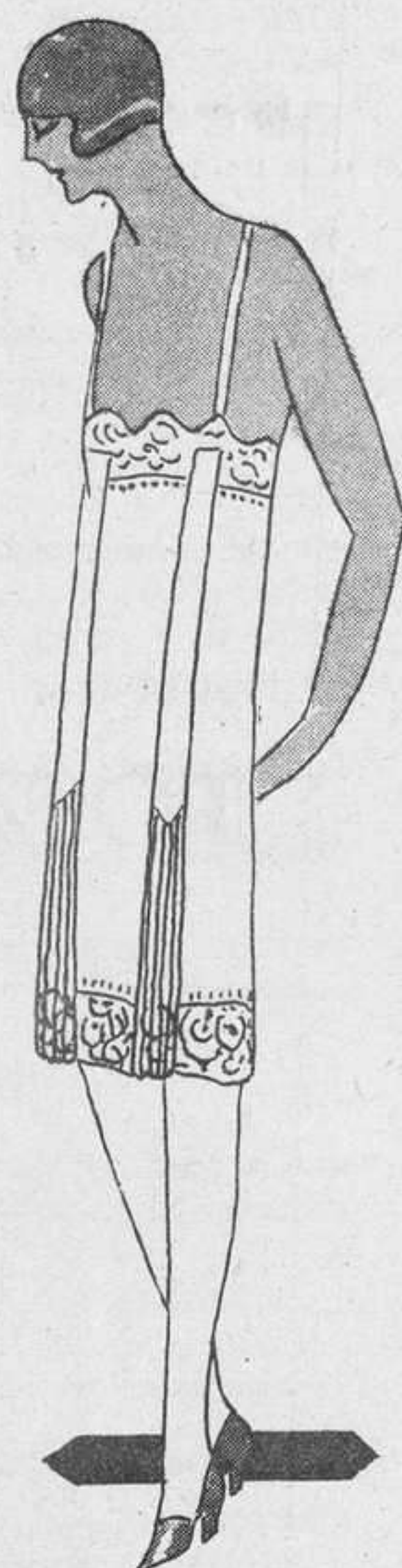


DCEILLET

Elegantísima combinación de crespón de China blanco y encaje de «Binche» ligeramente ocre. Lleva a cada lado canelones de encaje, bordeados de vainicas bordadas, y, en el escote, adornos de encaje.

GOPY

Camisa de crespón de China, «pétalo de rosa», cuyos pliegues figuran estar sujetos por una tira calada. Adorna esta camisa un encaje amarillento.



guramente, la importancia del sostén de pecho y del corsé. En todas las colecciones que he visitado estos días, he visto trajes que siguen fielmente la línea del cuerpo, se ciñen al talle y estrechan las caderas. Es un retorno, poco acentuado aún, pero indudable, al vestido «princesa».

Para llevar estos vestidos necesitaremos un corsé distinto del antiguo corsé con broche; éste ha de ser una faja convenientemente acondicionada, bien sea de goma, bien mitad de goma, mitad de *coutil*. Se hacen algunos modelos que se abrochan a ambos lados o por delante. Ha habido que suprimir los cordones por detrás porque se transparentaban con los vestidos de muselina de seda. Por la misma razón, algunas mujeres llevan unas fundas, que son, a la vez, sostén de pecho y faja, y se anudan debajo de los brazos. Confieso que esta coraza, que además lleva alguna que otra ballena, me asusta un poco y me parece que debe de restar flexibilidad a los movimientos. Así ocurre a veces, que por querer mejorar las cosas se echan a perder.

El sostén de raso rosa, bastante largo para poder engancharse por delante a la faja, sustituirá a menudo el sostén de tul, tan práctico, tan fuerte, a pesar de su aparente fragilidad.

Las hombreritas planas y de avalorios, de quita y pon, que se colocan a voluntad en cualquier prenda interior, no dan nunca a la ropa ese aspecto marchito que adquieren a menudo las cintas de seda, y tienen, además, la ventaja de no herir la piel como las cadenas de metal que las precedieron. Sin embargo, si preferís las hombreras de cinta, no olvidéis que las de crespón de China son más prácticas que las de raso.

La camisa-pantalón se presta a poca diversidad de formas, y su adorno es, generalmente, muy sobrio. El año pasado, solamente se admitían los calados a mano, combinados con algunas incrustaciones cosidas a punto turco. Afortunadamente, este año se ha operado un cambio completo y asistimos a la resurrección de los encajes. El crespón de China rosa se adorna con puntillas de *Valenciennes* o de *Binche*, en tono ocre, pegadas a punto de *bourdón*; éste es un punto de realce que da un precioso relieve a todas las incrustaciones de encaje.

Las combinaciones llevan canelones de encaje, que ensanchan la línea de la faldita y siguen así el movimiento del vestido; os aconsejo que elijáis siempre los canelones postizos, pues cuantos menos bienes lleve la prenda, más sencillo ha de ser siempre el planchado.

Las camisas de noche.

Las camisas de noche que se hacen ahora son más cortas que las de antes y casi ninguna lleva mangas. No me habléis del frío; no se siente el frío cuando se sigue la moda, y en este terreno el heroísmo es para la mujer la cosa más fácil del mundo.

Estas camisas, repito, llegan escasamente a la mitad de la pierna.

MOLYNEUX

Lindísimo «deshabillé» en crespón de China rosa. La levita es de raso rosa enteramente forrada de marabú del mismo tono. No cabe imaginar un conjunto más mullido, ni de un aspecto más gracioso.





y, después de todo, si se comparan con los trajes actuales, es este un largo considerable.

Si deseáis un modelo práctico, escoged el estilo *chemisier*: el cuello va abierto en pico con dos pequeñas solapas, y unos calados a mano forman una pechera redonda o cuadrada parecida a la de las camisas de hombre. En el pico del escote, una bonita lazada de cinta forma una corbata. Las mangas son largas y con puño. Ni que decir tiene que este modelo no admite encaje alguno. En los *trousseaux* serios se hace en linón blanco, y me parece muy conveniente para los días de gripe, jaqueca y demás indisposiciones. También lo he visto en punto de seda con calados postizos; resultaba encantador.

Los deshábllés.

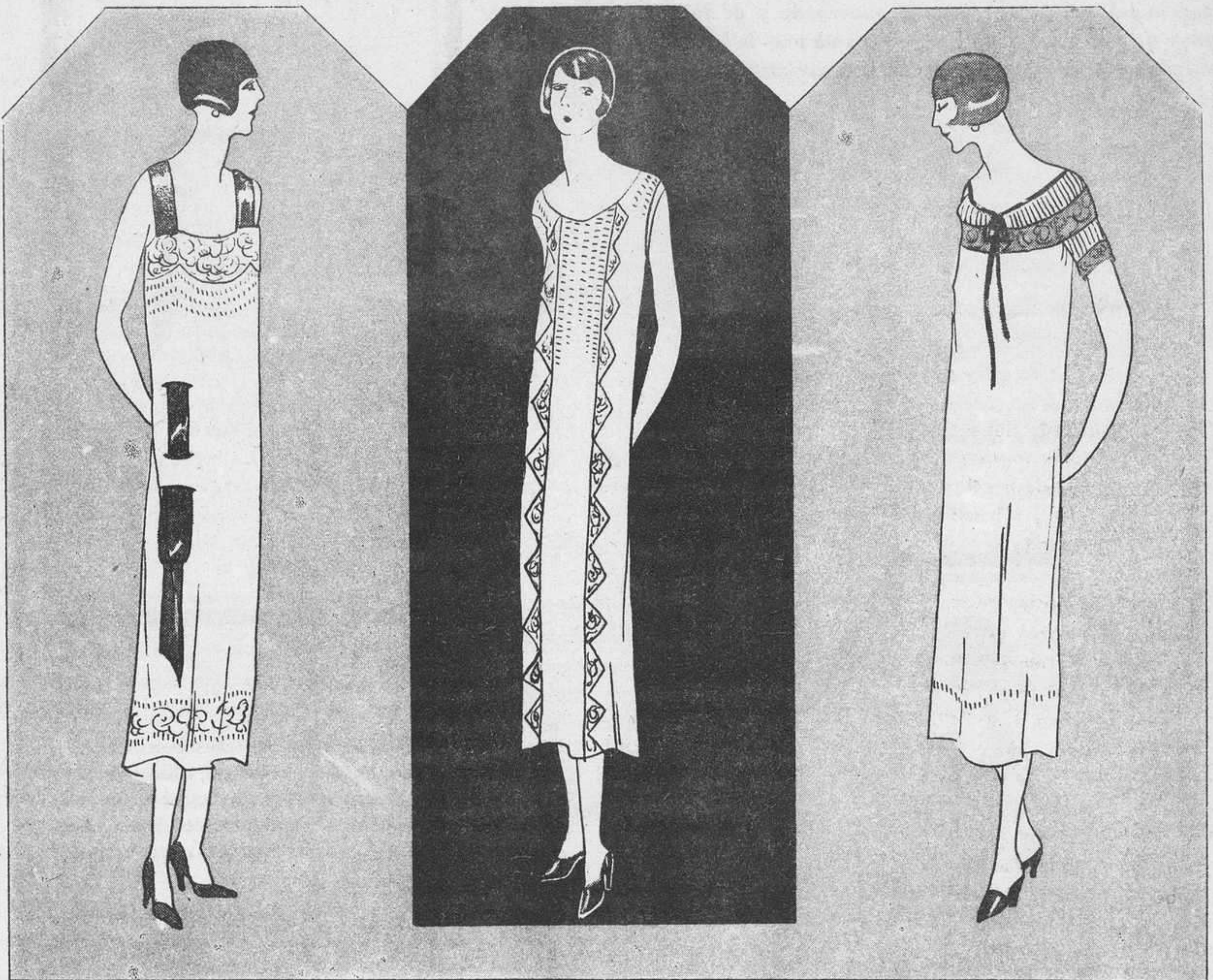
Aquí se plantea la irritante cuestión del pijama... En realidad, el

habillé, y, sin embargo, confieso mi preferencia por este último. ¡Se ven tan lindos *tea-gowns*! Esta prenda, la más encantadora de todas por la grata idea de intimidad que evoca, es también la que más se presta a todas las fantasías.

Unos se reducen a un vestido recto, realzado con modernísimos motivos bordados; en otros, la muselina de seda se une al encaje para formar vaporosos conjuntos.

También con el *tea-gown* se estila la levita de casa. El forro de marabú es a la vez tibio y ligero. En estas mismas páginas hallaréis un *deshábllé* de *Molyneux*, con abrigo de raso rosa, que es una maravilla de buen gusto y sencillez.

Algunas de estas levitas no llevan mangas y dejan al descubierto las del vestido. Otra preciosa combinación es la de una amplia echarpe cuadrada con una abertura en el centro para pasar la cabeza y que se coloca sobre un vestido recto de tejido brillante. La



Camisa de noche muy elegante en crespón de China rosa, adornada con un encaje incrustado y varias hileras de calados. Una ancha cinta forma las hombreras y pasa, a un lado, por unos ojales, formando una graciosa caída.

Unos triángulos de encaje de «Cluny» van colocados, en esta camisa de noche de crespón de China blanco, a cada lado de una especie de largo delantal. Estas aplicaciones se pegan a punto de «bourdon», según el gusto actual.

Camisa de noche de una forma muy juvenil. Una tira de plieguecitos, y un entredós de «Valenciennes» rodean el escote redondo. La manguita corta es montísima.

pijama no podía subsistir más que con la condición de transformarse, adaptándose a nuestra silueta y permitiéndonos gastar pantalones, sin dejar por eso de ser mujeres.

Los modistas han dado con la solución al crear una levita que cubre el pantalón casi hasta el borde y se presta a fantasías graciosas.

Ejemplo: Una levita de terciopelo negro, respunteada en verde y blanco, completará un pijama compuesto de un pantalón de raso blanco, blusa de crespón de China, blanca también, y ancha faja verde. O, sobre un pijama de raso negro, se colocará una levita guateada, de raso rojo cereza, a la vez brillante y cálido.

Así entendido, el pijama resulta casi tan elegante como el *des-*

echarpe tiene el mismo largo que los brazos y se fija a los puños por medio de unos automáticos. Se agita airoosamente a cualquier movimiento que se haga y tiene una caída ideal. Con una elección acertada de matices, se logran efectos de una gran belleza; a un *foureaux* de tisú de plata, le irá maravillosamente una echarpe de muselina de seda verde, azul *France* o violeta. Sobre un traje rosa, se colocará una echarpe gris oscuro, de muselina de seda marrón sobre raso color fuego.

Todo esto es encantador y fácil de hacer en casa.

Las blusas.

Este verano hemos presenciado un resurgimiento de las blusa



lingerie, pero convertidas en *casques* y con una chorrera modernizada, cortada «en forma», en lugar de ser plisada.

Este género de blusas se presta a una gran diversidad y la reaparición del cuello alto es un acontecimiento que merece ser señalado.

¿Volveremos a acostumbrarnos a él? Para no imponernos un cambio demasiado brusco, las costureras han hecho casi todos los cuellos de doble uso: se abotonan por delante, casi hasta la barbilla...; pero se pueden dejar abiertos, si se quiere, formando un pequeño escote en pico, y como se acaba siempre por hacerlo así..., resulta que seguimos tan adelantadas como antes.

Acaso este invierno el cuello alto se nos haga más llevadero. Veremos hechos en duvetina los modelos que en estos momentos se hacen en piqué blanco: *casaque* con el cuello recto, abotonado por delante; blusa con el cuello vuelto y con una pechera adornada en el centro con una vainica bordada.

Este último modelo lo he visto sin mangas para campo y playa. La combinación del cuello estrechamente abotonado y de los brazos desnudos da una línea muy nueva que será uno de los rasgos característicos de los vestidos de *diner* de este invierno.

Un precioso «deshabillé» de crespón «Georgette», amarillo limón, guarnecido de encaje de plata. Una cinta de terciopelo negro pasa por unos ojales y forma cinturón. La pecherita es de encaje de plata.



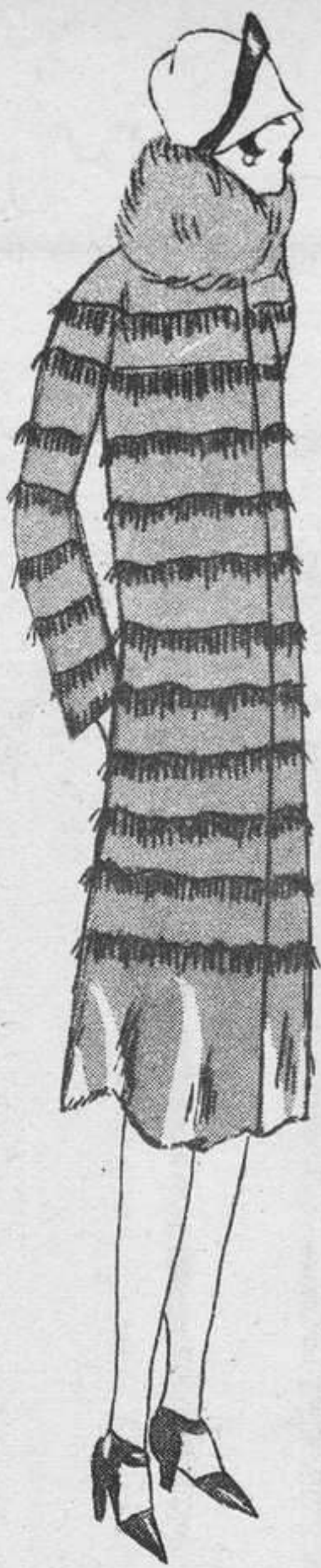
Algunas camisas de noche llevan un cinturón de cinta de crespón de China lavable. Esta camisa es de forma japonesa; pero en los hombros lleva unos frunces «panal». Un volantito de tul, plisado en canutillo, rodea el escote.

Las medias.

No quiero terminar esta crónica sin dedicar unas líneas a las medias. Ya sabéis que la media ocre se lleva con todo, incluso con los zapatos blancos. Parece que se advierte una tendencia a usar medias más oscuras, y ya he visto, para por la tarde, medias de un tono casi tabaco.

No adoptéis, por Dios, tales fantasías, de un gusto dudoso que los comerciantes preparan con vistas a las forasteras ricas. Ninguna parisina llevará tampoco medias con avalorios o con una fotografía estampada, ni medias en torno a las cuales se enrosca una serpiente bordada. Rechazará incluso las medias de tul de oro y las que tienen incrustaciones de encaje. Su tacto y su sentido de la mesura le harán admitir, a lo sumo, la espiguilla que forma dibujitos calados. Nada en el vestir de una mujer debe llamar especialmente la atención, y es preciso que todos los detalles sean discretos para cooperar a la armonía del conjunto.

MARTINE RENIER.



PIELES MAX

Abrigo de gacela, ligeramente «en forma», y adornado —graciosa fantasía— con flecos negros. Este año la piel de gacela se lleva en un tono muy pálido y se adorna con liebre teñida o con mongolla desrizada, «belge» claro.



PIELES MAX

Abrigo de topo dorado, dispuesto en tiras con un zócalo formado por tiras ligeramente «en forma». El cuello y el adorno de las mangas son de rata listada; ésta es una bonita piel amarilla con listas negras, que evoca un poco la del tigre.

PIELES MAX

Encantadora chaqueta corta, de potro dorado, muy propia para muchachas. El cuello recto va forrado con terciopelo bordado en varios tonos, y este bordado multicolor desciende a ambos lados hasta abajo.



De algunos años a esta parte, la industria de la peletería ha realizado progresos considerables. Se ha logrado dar a las pieles tal flexibilidad, que los peleteros las trabajan como si fuesen tejidos, y se han habituado a una delicada labor de mosaico, mezclando diversas clases de piel, incrustando motivos de topo en la nutria y disponiendo con fantasía innumerables tiras de piel de rata..., que forman a veces abrigos enteros.

Y esta es una nueva prueba de que de un exceso de mal puede salir un bien. Cuando se exportaban de Rusia con facilidad hermosos renards azules o plateados, armiños immaculados, suntuosas zibelinas; cuando los cazadores del Canadá nos enviaban a granel nutrias de mar, ¿quién hubiera pensado en utilizar la piel de rata, de potro, de liebre y, sobre todo, del democrático conejo?

Sin embargo, este último ha conquistado definitivamente sus cartas de nobleza, puesto que los más famosos modistas lo emplean ya sin disimulo. Se empezó por disfrazarle de «nutria de Hudson» para hacer abrigos. Ahora se le tiñe en todos los tonos del arco iris. Vemos conejos y liebres en color malva, azul, rosa... y ciertamente no es esto lo que más me entusias-

ma en la moda actual. Encuentro de mejor gusto dejar a las pieles sus matices peculiares; el gris, el castaño, el mordoré, dan un margen suficiente para lograr resultados maravillosos.

Por ejemplo, el topo no tiene ya este invierno su primitivo color gris, sino que, merced a un tinte perfeccionado, se convierte en topo mordoré, lo cual resulta precioso. Imaginad el efecto que produce sobre un abrigo de terciopelo castaño o de lamé de oro; imaginad también los reflejos maravillosos de una capa de topo de este tono mordoré; parece nutria natural, algo oscura, y éste es, seguramente, uno de los principales caprichos de la temporada.

La gacela sigue llevándose mucho de varias maneras: se ha imaginado —última fantasía— motearla como si fuera el plumaje de ciertas gallinas exóticas, y teñirla, formando cuadraditos como un tejido, y se utiliza, en esta forma, para forros y cuellos de abrigo. Renée presenta varios abrigos largos y algo amplios, de una elegancia suprema, en piel de gacela de un color muy pálido, casi crema. Parece ser que este matiz no obedece a ningún tinte descolorante; desde luego es muy suave y favorecedor.

A las pieles de cordero y de potro,



PIELES MAX

Amplia capa, muy flexible, en topo «mordoré»; está trabajada en tiras, y la adornan unas flores de topo ribeteadas por un volantito de «tafetás» deshilado del mismo color; gruesos botones forman el corazón de estas flores.

PIELES MAX

He aquí la última novedad: es el abrigo de nutria, adornado con foca. Se abre un poco por delante, dejando ver unas incrustaciones de esta última piel, y las mangas siguen el mismo movimiento. Es una fantasía de una gran elegancia.

con las que se hacen ahora encantadores abrigos de deporte, se las llama doradas; pero su tono es demasiado oscuro para merecer este calificativo. El cordero, de pelo muy recortado, imita el *breichwanz* con bastante perfección, pero su duración es inferior a la del potro. Hasta ahora, esta última piel no se había utilizado porque resultaba demasiado rígida en nuestra época de flexibilidad. Sin embargo, se ha logrado hacer carrera de ella, y los tintoreros le han dado tal flexibilidad que se hacen con ella modelos realmente *graciosos*. Se adorna con topo o con nutria, y he visto en casa de *Max* un abrigo de potro dorado con un ancho cuello de topo *mordoré*, que resultaba elegantísimo.



PIELES MAX

Habíamos abandonado un tanto la echarpe y ahora se intenta hacerla revivir; pero se hace muy ancha y muy flexible, a fin que tenga cierta apariencia de capita; el adjunto modelo es de una piel que imita la de chinchilla y se llama «rata chinchilla».

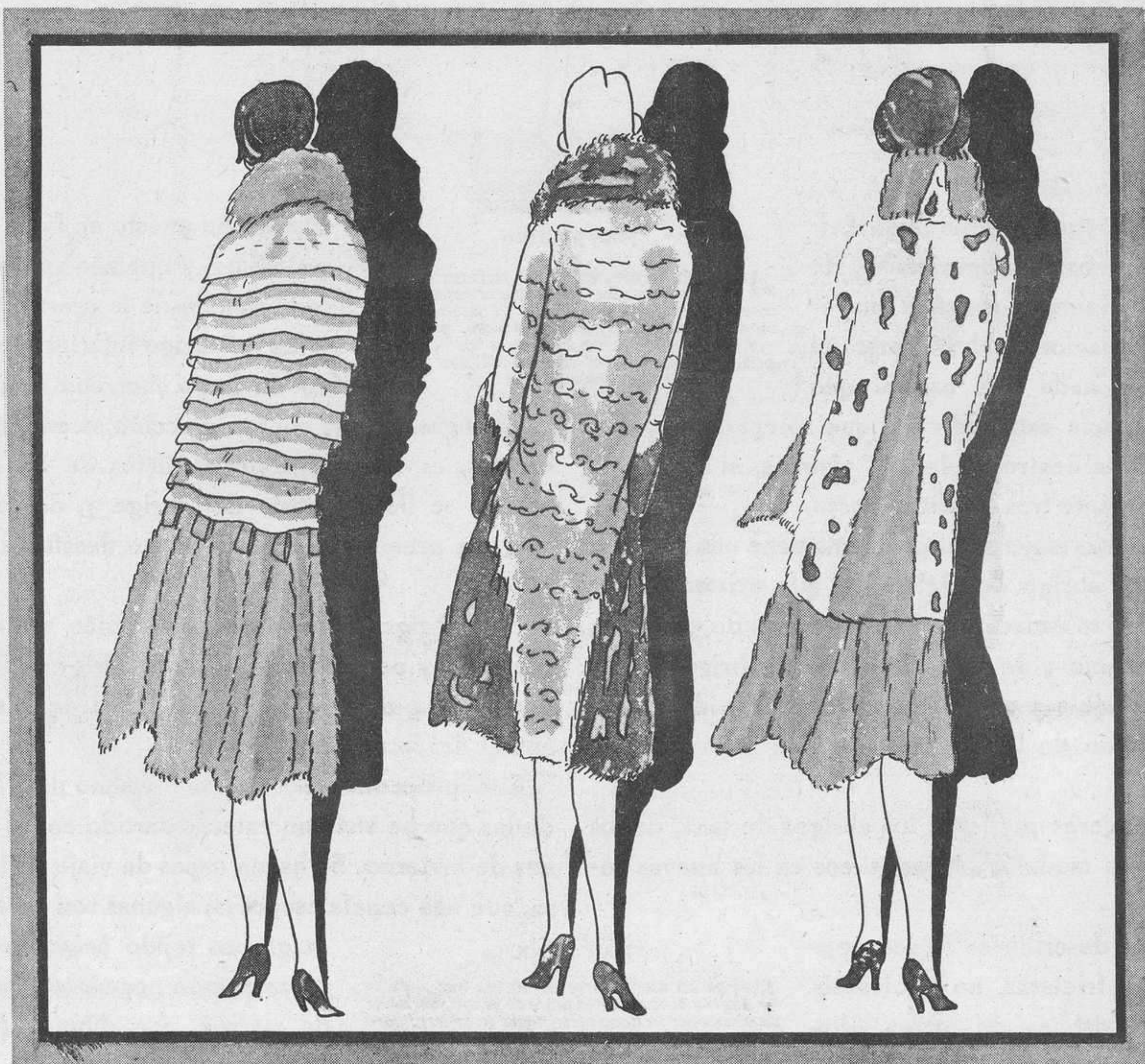
La foca ha hecho una aparición definitiva. Hasta ahora solamente se empleaba como adorno, y aun así se teñía para imitar el *vison* o para que armonizara con el color del traje. Pero en la temporada última hemos visto para los deportes de invierno algunas chaquetas de foca natural, y han gustado tanto, que hoy las volvemos a encontrar en las últimas colecciones de los peleteros. Esta piel es de un tono agradable, gris blanco, moteado con pintas negras y su pelo es sedoso y corto. Combinada con nutria o con *renard* tiene una *allure* de mucho vestir y posee además la ventaja de ser en absoluto impermeable. Para adornos, el *dernier cri* es la mongolia desrizada, que va adquiriendo gran transcenden-



Se harán este invierno muchos abrigos de terciopelo adornados con piel. Esta capa es de terciopelo «beige», enteramente compuesta de tablas horizontales planas; la parte de abajo, «en forma», es de castor. Entre las numerosas capas que veremos este invierno, lo mismo de noche que de día, algunas llevarán un cinturón interior abrochado por delante, que ciñe la prenda a la espalda y la mantiene en su sitio.

Los abrigos de «lamé» no se reservan exclusivamente para por la noche; también los veremos en las reuniones elegantes, de tarde; pero serán más discretos que los otros: velado el «lamé» con hilos de seda en un tono más oscuro. Este precioso modelo es de «lamé» de plata, y el cuello, los anchos puños y los dos canelones, muy «en forma», son de nutria de Hudson.

Uno de los rasgos característicos de la nueva moda consiste en la tendencia a adornar la parte de la espalda en los vestidos y abrigos. Esta novedad está indicada en este abrigo de piel de leopardo, adornado casi hasta el cuello, con un pico de piel de castor. Si el abrigo es de castor, el pico será de leopardo. El zócalo es de castor y se ensancha mucho hacia abajo.



La línea de los abrigos de piel o de tejido, de este invierno, se ensanchará graciosamente en su parte inferior.

cia, y con la cual se hacen cuellos y zócalos. Poiret ha creado un abrigo adornado a cada lado con dos largos paneles de piel de oso; pero esta es una excentricidad con la que se atreverán pocas mujeres.

La mongolia se tiñe casi siempre en beige muy claro. Su aspecto es sedoso e ingravido, y no tiene más que el pequeño inconveniente de que vuelve a rizarse sola de vez en cuando. La he visto incluso adornando costosos abrigos de armiño de verano. ¿Conocéis esta última piel? En verano, el armiño no tiene su hermoso pelaje inmaculado, sino una piel, del color de la arena que le permite ocultarse fácilmente en su madriguera. Ha surgido la idea de utilizar la piel del armiño de verano y las americanas han acogido esta novedad con entusiasmo. También algunas parisinas llevan esta linda fantasía; pero en general no ha producido aquí el mismo entusiasmo que en América. El armiño de invierno seguirá siendo siempre el predilecto.

¡Se hacen con él unas capas tan hermosas! Pasemos a las pieles de lujo: Las mujeres adineradas parece que se van cansando de su abrigo de vison, y veo más abrigos de terciopelo o de lamé, adornados con vison o zibelina, que abrigos enteramente en piel. El precio de este nuevo capricho asciende fácilmente a la pequeña fortuna que se dedicaba antes a la compra del abrigo de vison, pero las transformaciones resultan menos costosas. Además, la moda de no quitarse el abrigo de piel ni en el teatro ni en el dancing, no era ni bonita ni higiénica.

El abrigo de oro es el favorito del momento, y es tan bello que su superioridad es indiscutible.

Los Nuevos

Los Nuevos



JEAN MAGNÍN

Abriego de mucho vestir, en terciopelo negro, que se ensancha en su parte inferior formando numerosos canelones. El cuello, muy levantado por detrás, sobre la nuca, y cruzado por delante, bastante abajo, es de «renard» gris; la misma piel ribetea los dos grandes bolsillos.



¿CÓMO se llevarán los abrigos esta temporada? He aquí una de nuestras mayores preocupaciones al iniciarse el invierno; y nada más natural que esta importancia extraordinaria que solemos conceder a una prenda dentro de la cual vivimos, si así puede decirse, durante tres o cuatro meses.

Para muchas mujeres, el problema tiene una solución fácil: la del abrigo de pieles, del que existen actualmente infinitas variaciones; con las pieles de potro, de foca, de conejo y de cordero, se hacen abrigos de un precio accesible y que pueden presentarse decorosamente al lado de los de *petit gris*, de astrakán o de *vison*.

Otras mujeres prefieren los abrigos de lana, de los que he visto modelos elegantísimos en las nuevas colecciones.

Antes de describirlos os aconsejo que, si sois frioleras, no os olvidéis del nuevo sistema de forros —los llaman *fouresses*—, que algunos mo-

distas han puesto en boga el invierno último, y que son verdaderamente el *sumum* de lo práctico.

Es un abrigo interior que consiste en un largo *foureaux* recto, con o sin mangas, y para cuya confección se emplean pieles baratas, es decir, los desperdicios de las pieles de precio; se lleva debajo del abrigo y, de este modo, con una prenda de lana, se puede desafiar al frío más intenso.

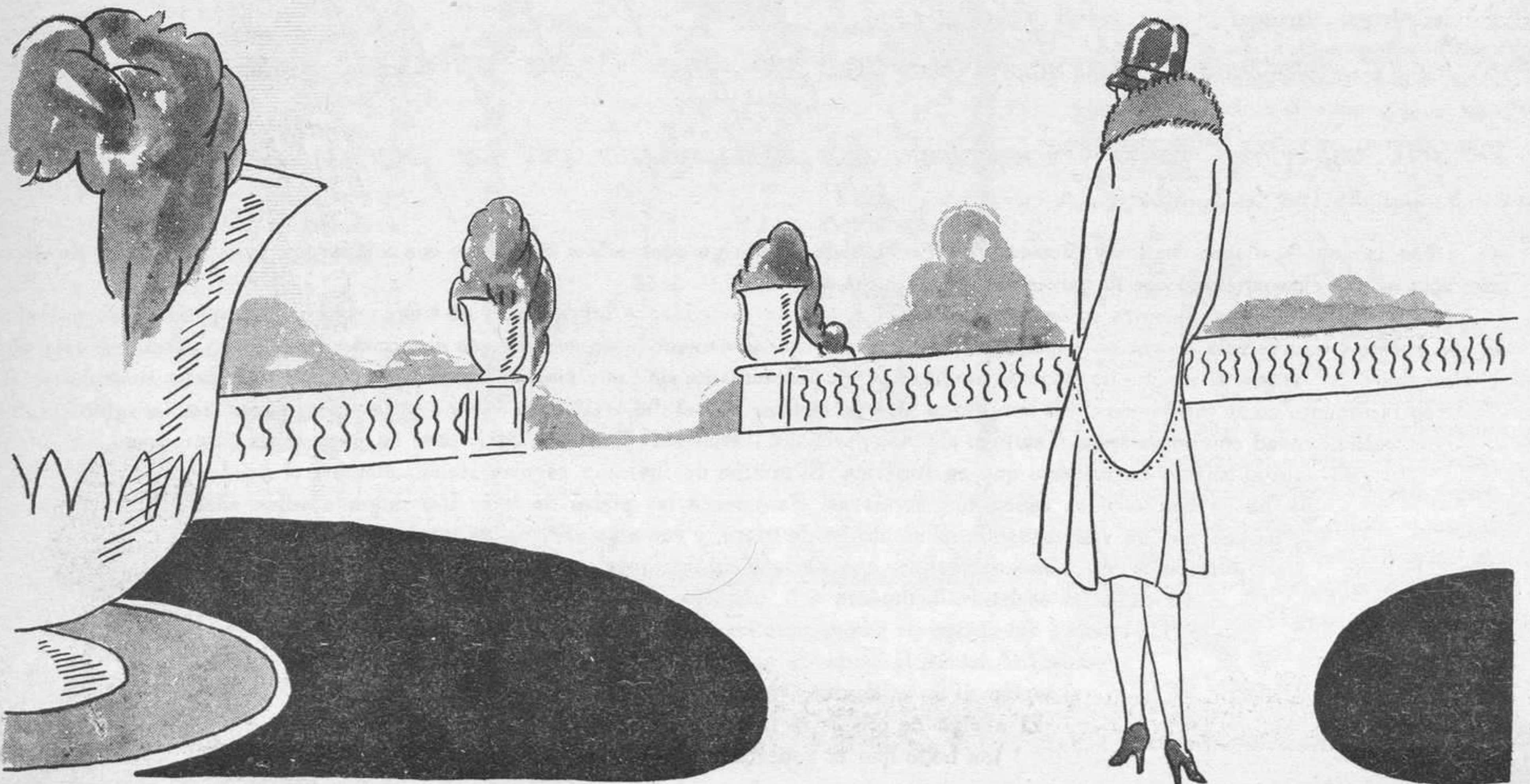
Este abrigo interior puede también ser de tejido guateado y respunteado, o de punto grueso, en lugar de ser de piel; en tal caso, su color debe armonizar con el del forro del abrigo.

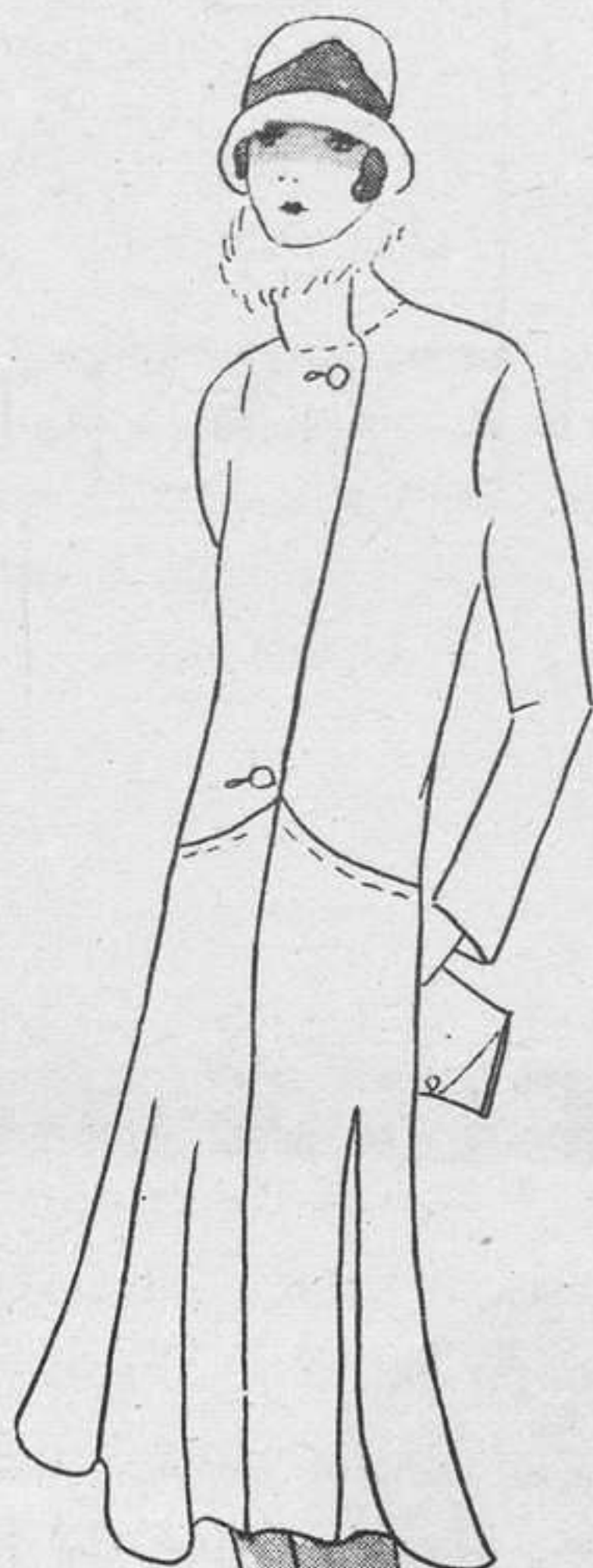
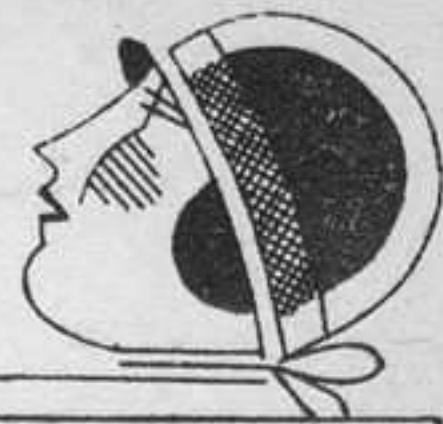
Este procedimiento resulta utilísimo para las capas, de las que he visto un extenso surtido en las colecciones de invierno. Se hacen capas de viaje en lana gruesa, con una cenefa escocesa; algunas son de dos caras,

JEAN PATOU

Este es un nuevo corte de abrigo que permite lograr el vuelo de la parte de abajo, sin dejar de conservar la línea recta hasta la cadera; para conseguir esta nueva línea, los canelones del volante «en forma» van colocados muy atrás, sobre este abrigo de tejido inglés «beige».

de grueso tejido *beige*, con dibujos color marrón por un lado, y de tejido marrón, con dibujos *beige*, por el otro.





NICOLE GROULT

Se advierte en «Nicole Groult» una tendencia muy marcada a colocar el talle más alto, incluso en los abrigos. Este modelo es de «ziblikasha» roja; la parte inferior, cortada muy «en forma» y respunteada, forma un pico por delante; el cuello, recto, está ribeteado con «ragondin».

JEAN MAGNÍN

Precioso abrigo de viaje, de lanilla, a cuadros. Por detrás, una tirita sujeta las tablas planas. La parte de delante es recta y de estilo muy «tailleur». Nada más acertado para una prenda, que se usa menos que otras, que esta mezcla de clasicismo impecable y de última moda.

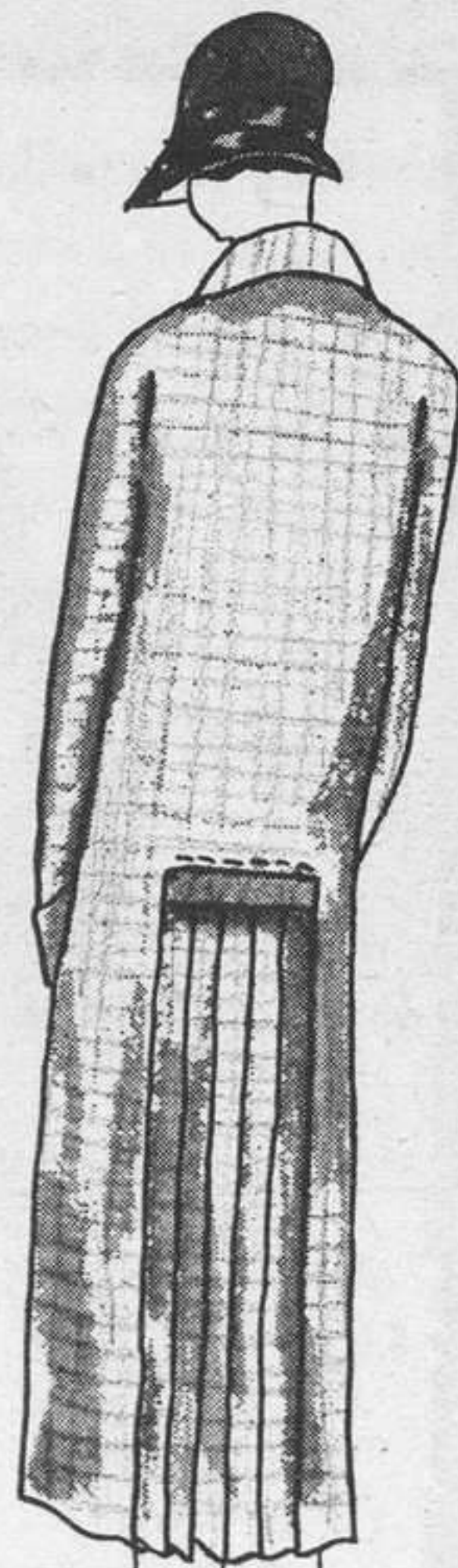
aquella funda informe, y adoptemos el abrigo «en forma» que nos presentan las últimas colecciones.

Se hará en duvetina, en ziblikasha, en vannia, para por la mañana, y en terciopelo, para más vestir.

No será negro, sino «palo de rosa», violeta oscuro o vino de Burdeos, adornado con un cuello de piel.

No creo que exista una moda más favorecedora para la silueta femenina.

□ □ □



Estas capas se cortan muy «en forma» y son muy prácticas para viaje o auto; para andar por las calles me parecen, en cambio, algo molestas.

La línea de los abrigos de vestir es lindísima: sigue algo el talle, ciñe las caderas y se ensancha luego en un vuelo elegantísimo, que da a los andares una gracia que nuestra silueta no ofrecía desde hace mucho tiempo.

¡Cuántas veces nos ha chocado en la primavera última la ridiculez de algunas mujeres bajitas y regordetas, empeñadas en gastar una levita recta como las mujeres altas y esbeltas!

Desechemos a escape



SOMBREROS

MARÍA GUY

Presenciamos actualmente una lucha heroica entre los sombreros grandes y los pequeños. María Guy manifiesta predilección por estos últimos; pero los adorna, lo cual constituye una notable novedad. El adjunto modelo lleva a un lado una airosa lazada, que tiene mucha «allure».



JANE BLANCHOT

A «Jane Blanchot» le agradan los «conjuntos»; añade a sus sombreros de terciopelo estampado una larga «echarpe» que rodea el cuello; esta combinación favorece mucho a la cara y resulta de mucho vestir.

JANE BLANCHOT

Llevaremos este invierno muy pocos sombreros negros. Este modelito de fieltro es de color de berenjena, bordado en plata mate y con incrustaciones de terciopelo.





JANE BLANCHOT

He aquí otro sombrero bordado; es de fieltro gris y le adornan un ancho entredós de plata respunteado y una rosa estilizada de «taffetas» gris y malva, con las hojas verdes.



LEWIS

Parece que se advierte en Lewis un retorno al sombrero grande, principalmente con el ala levantada a un lado. Este modelo es de terciopelo negro por encima y de pana gris por debajo. Está levantado por un lado; un motivo de plumas de gallo acentúa este movimiento. Puesto, resulta precioso si la que lo lleva posee una perfecta regularidad de facciones.

MARÍA GUY

La lazada que adorna este sombrero de cinta cae bastante a un lado; la copa es alta y el ala, estrecha y enrollada, desciende ligeramente por debajo de la lazada.



En las modistas de sombreros se manifiesta una tendencia hacia la variedad; todas se esfuerzan en hacernos abandonar el tipo uniforme y adoptar tocados más personales que los de antes y mejor adaptados a cada rostro. Parece que la pequeña *cloche* universal, que llevaban indistintamente las mujeres rubias y las morenas, y lo mismo cubría las caras redondas que las alargadas, ha pasado algo de moda. ¿Con qué las sustituiremos? Cada cual propone una forma distinta; y mientras *María Guy* vuelve a las anchas lazadas de cinta, *Jane Blanchot* permanece fiel a los bordados. Algunos sombreros grandes nos tientan; pero, ¿nos atreveremos a llevarlos en invierno, precisamente cuando más práctico resulta el sombrero pequeño? En octubre y noviembre sabremos a qué atenernos respecto a la elección de las parisinas, cuyo fallo es inapelable.



DEPORTES FEMENINOS



En esta época de vida al aire libre, ¿no resulta divertido pasar revista a los más nuevos deportes practicados por la mujer?

En realidad, la mujer tiende a practicarlos todos, y ya no nos sorprende ver un equipo de fútbol o de *hockey*, compuesto por encantadoras muchachas. Esta intrepidez empieza ya a dar sus frutos, y es indudable que la resistencia física de la nueva generación supera en mucho a la de la anterior. Cuantos han visto evolucionar al aire libre los graciosos grupos de las escue-

las de rítmica, se han dado cuenta de que los deportes, convenientemente adaptados a la silueta femenina, pueden ser una fuente incomparable de belleza y de salud. ¿Y cómo negar que las largas horas de ejercicio en el terreno del *golf* son maravillosamente beneficiosas para las mujeres de la ciudad, demasiado acostumbradas a pasear siempre en carruaje?

Y ya la equitación nos trae a las jugadoras de polo, deporte que parecía hasta ahora exclusivamente reservado al sexo fuerte, porque exige un dominio perfecto del caballo y una gran valentía

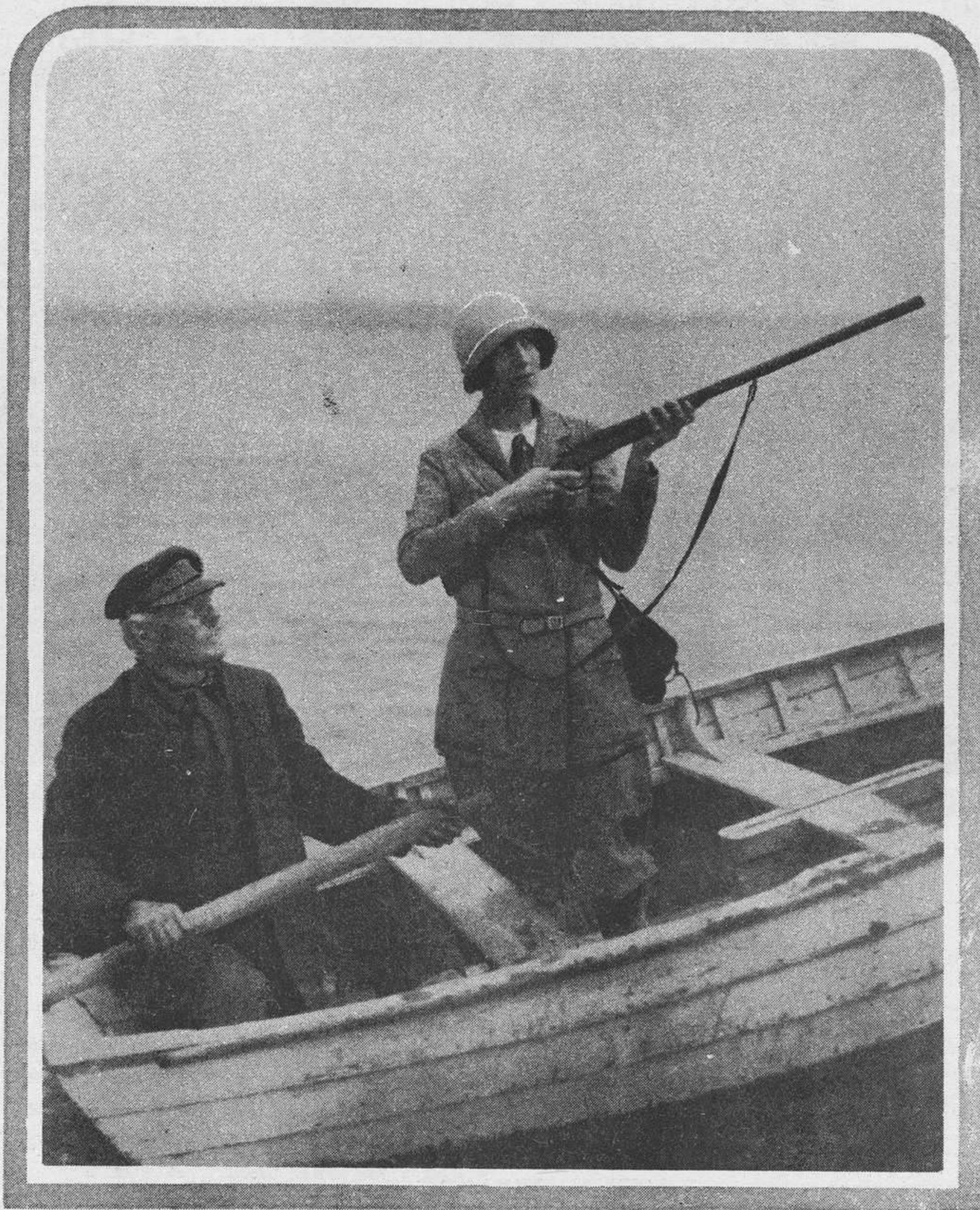
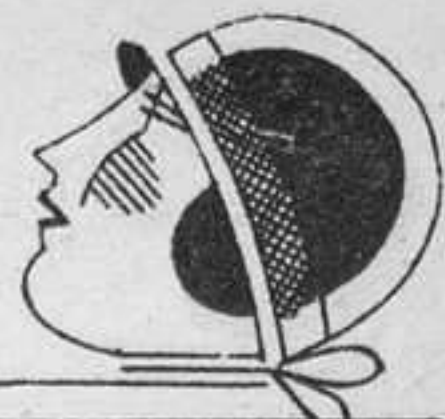


Las mujeres automovilistas, cada día más numerosas en París, gulan maravillosamente sus «voiturettes» entre el laberinto de automóviles. He aquí a Douglas Fairbanks paseándose, en su último viaje a Europa, por el «Bois de Boulogne», en un auto guiado por Mary Pickford.

(Foto FEMINA.)

Mlle. Thlon de Lachau me, ganadora desde hace varios años del premio «Femina», importantísima prueba de golf. Este año, ha estado en Inglaterra en representación de Francia, y aquí se la llama por todas partes «Una nueva Lenglen».

(Foto O'DOVÉ.)



En el Touquet-Paris-Plage, balneario que es cada año más elegante, las mujeres practican, con gracia insuperable, toda clase de deportes. He aquí, en plena mar, «el tiro», que, según dicen, es apasionante; pero se nos antoja algo cruel quizá, puesto que sin necesidad destruye las lindas gaviotas de anchas alas. (Foto FEMINA.)

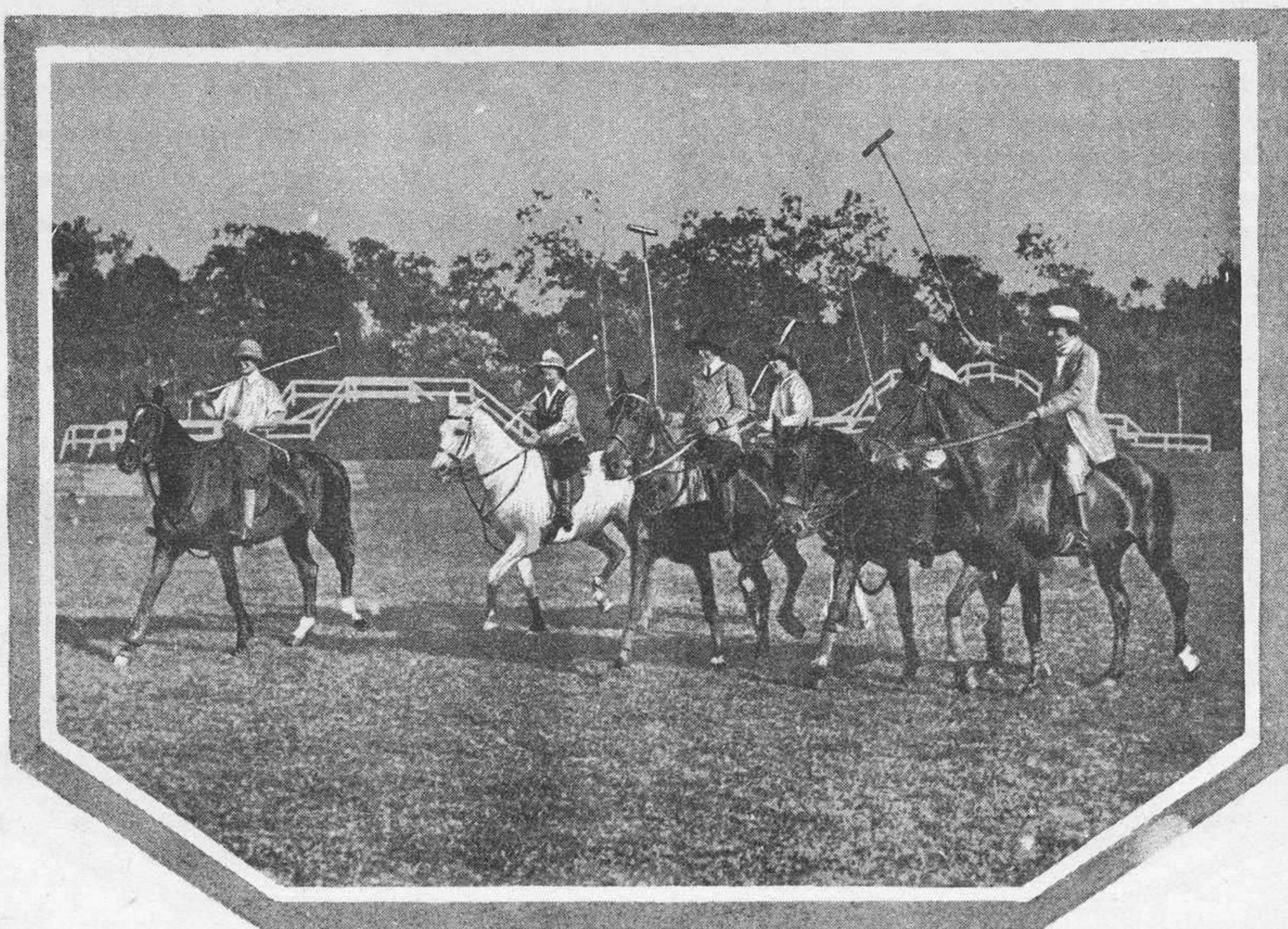
En La Baule, playa de juventud y de alegría, el «tennis» tiene numerosas adeptas. Para ir a los «courts», las gentiles jugadoras se revelan como intrépidas ciclistas, y es encantador el espectáculo que ofrecen estos grupos de muchachas vestidas de claro. (Foto FEMINA.)





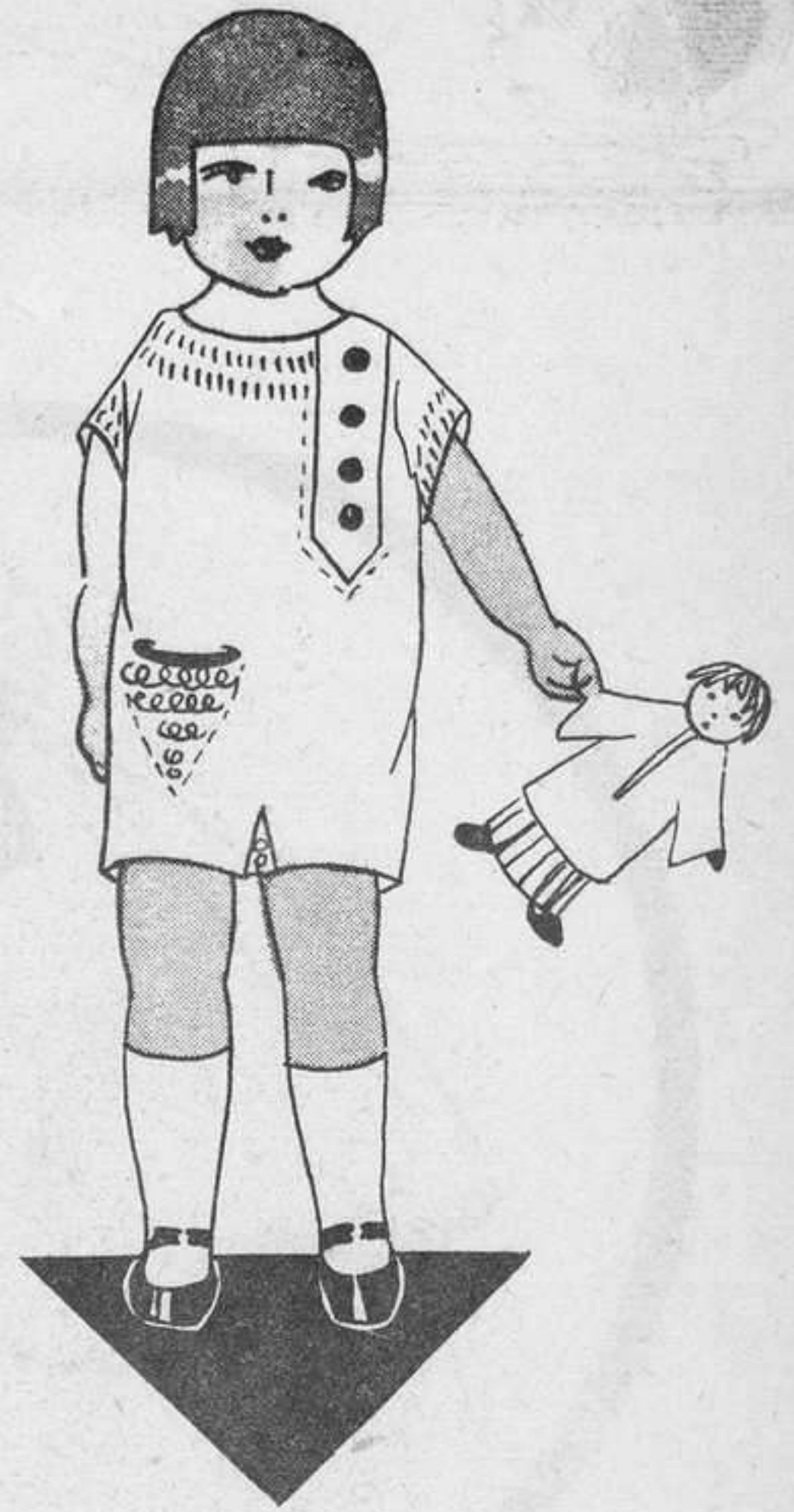
Este es un nuevo deporte de habilidad y de intrepidez que las mujeres han querido intentar en Paris Plage. Se han organizado «matches» de polo femenino, y como puede verse en el grabado, las «sportswomen» tienen un aspecto arrogante y parecen dispuestas para disputar caramente el partido. (Foto PECCEN.)

En plena lucha: el grupo parece poseer por igual la resistencia nada común y el dominio de la equitación que exige el juego. El árbitro no tiene necesidad de estimular los ánimos de las jugadoras, y el conjunto ofrece una magnífica impresión de alegría. (Foto PECCEN.)





Para los Nenes



Un vestido parecido al de la mamá; es de crespón de China azul pálido, con una franja de crespón de China azul marino. En el canesú, unos frunces «panal» dan vuelo al vestido. Un poco más arriba de la franja hay dos hileras de calados hechos a punto de cordón.

Encantador trajecito de niño en «toile» de hilo, rosa. Va bordado con un «soutache» de algodón del mismo tono, y se cierra con una tira cuyos ojales se abrochan a unos botones, cubiertos con «toile» encarnada. Un vivo de esta misma tela ribetea el bolsillito «soutache».



A moda de los niños va siguiendo la nuestra, con una fidelidad divertida; así, por ejemplo, en estos momentos, les suprimimos los adornos y poco nos falta para confeccionar a nuestros *babys* verdaderos trajecitos de *sport*. Los niños llevan *culottes* muy cortas y rectas, como los jugadores de fútbol, y he visto en las playas a nuestros futuros ingenieros de tres años y a sus hermanas vestidos con el «mono» azul de los mecánicos aviadores.

Se usan mucho los plisados; los entredoses de encaje se sustituyen con incrustaciones de tela en otro color que el traje.

Las hermosas capas blancas que cubren a los recién nacidos en sus primeros paseos son guateadas y respunteadas; pero este *matelassé* es especial y forma un verdadero bordado. Resulta más sencillo y no menos bonito que los encajes de antes.

En pleno verano se hacen para las grandes ceremonias unas capas en tul bordado, sobre un viso de *surah* rosa o azul; pero los bracitos gorduzuelos del nene son tan gratos de ver, que se les quita en seguida la capa que los oculta.



El tul plisado, con adornos de encaje, sigue siendo lo clásico para los nenes menores de un año. Una puntilla de «Malines» ribetea el ancho cuello de este trajecito de tul; en su parte inferior, una cinta rosa que pasa por debajo de un entredós idéntico a la puntilla del cuello, destaca sobre la blancura del fondo.



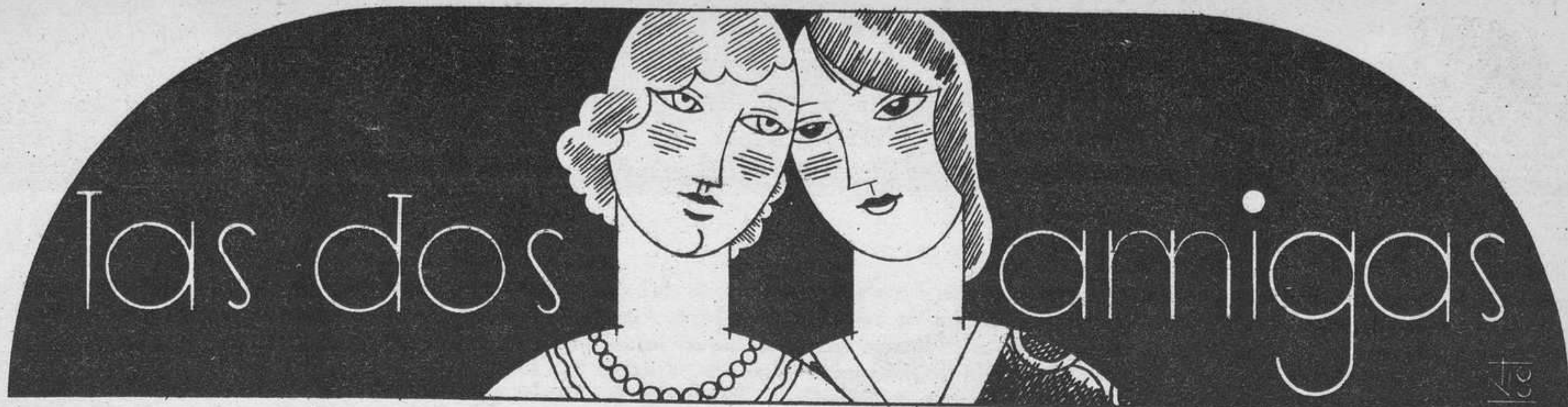
Para adornar un gorrito de encaje de bolillos, o para darle una nueva lozanía, nada más oportuno que unas cintas; la brida forma una ancha lazada. Un festón de anchas ondas ribetea la capa que es de «ottomán»; realza este festón un ligero bordado de cuentas de cristal y de porcelana.



Para sujetar el babero, deben hacerse dos anchos ojales, por los cuales pasa una cinta de color. Es un procedimiento sencillísimo y es extraño que no lo hayan adoptado todas las madres, en lugar de poner un imperdible que no deja de ofrecer siempre algún peligro.



La hermosa capita clásica se hace en raso «matelassé», guateado y respunteado; este «matelassé» puede reproducir todos los dibujos de brocado que se ven en algunos abrigos. Una ancha lazada rosa anuda el gorrito ribeteado con una «ruche» de encaje.



NOVELA, por René Le Cœur.

(Continuación.)

Esto les unió más todavía. Se pusieron a hablar de sus familias. Clara Vimereux acabó por ser recibida en casa del abogado, y hasta pasó quince días en el castillo de Borgoña durante las vacaciones del verano.

De este modo las dos muchachas llegaron a ser muy amigas, y al terminar sus estudios siguieron viéndose.

Cuando Odette tuvo diez y siete años, sus padres dieron un baile en sus salones de París, con motivo de presentarla a la sociedad.

Y empezó para ella una nueva vida: una vida encantadora, llena de recepciones, invitaciones, visitas, vueltas de vals y cumplimientos: un aprendizaje fácil y delicioso de la vida en sociedad.

En los momentos de intensidad, cuando se encontraban los tres en torno de la mesa familiar, o los cuatro, con Clara Vimereux, los Angerolle trataban de penetrar las ideas de su hija sobre la elección de marido. Estas ideas parecían pueriles. Odette quería que fuese alto, rubio, con ojos azules. Afirmaba que no se casaría jamás con un hombre moreno, lo cual hacía reír a sus padres.

Un pasante de abogado fué el primero que se atrevió a hacer una petición oficial. Le animó la actitud benévola del señor Angerolle. Odette escuchó el elogio del candidato. Era un muchacho formal. Poseía algunas economías. Deseaba asegurar su posición. Una parte del dote de su esposa serviría para comprar un bufete de abogado en una gran capital de provincia. Le dejaba a Odette la elección de la ciudad. La joven contestó riendo:

—¡Un despacho de abogado y una mujer por tan poco dinero es demasiado, papá!

El señor Angerolle contestó:

—Tu madre y yo te dejamos en libertad absoluta. Por fortuna, puedes elegir a tu gusto; al casarte tendrás quinientos mil francos de dote y la finca de Borgoña. Te hemos dado una buena educación, y estamos seguros de que te enamorarás de un hombre honrado. Desconfía, sin embargo, de los bellos charlatanes. Te encuentras, sin que tú misma te des cuenta de ello, en una situación... privilegiada. Serás más asediada por los pretendientes que muchas de tus amigas. No te envanezcas por ello. La mayoría de los hombres son interesados. Durante muchos años estuve en mejores condiciones que nadie para comprobarlo. No te apresures. Esta primera petición te deja fría. Algún día encontrarás el que deba gustarte.

Después de expresarse de este modo, el señor Angerolle no pudo menos de añadir como cosa incidental:

—Muchos de mis colegas tienen hijos muy distinguidos.

El rostro de Odette tomó una expresión de malicia reprimida, como sucedía a su padre al descubrir una picardía de algún pleiteante.

La procesión de pasantes de abogado atravesó los salones de los Angerolle. Llegaron de París y de provincias; primero los de abogado, a causa del despacho del padre de Odette; después, los de notario, por sus relaciones profesionales.

Los de la nueva escuela seguían la moda, y se esforzaban en parecer hombres de mundo. No obstante, conservaban, a pesar suyo, la manera particular de expresarse de la gente de curia, aunque aparentaban burlarse de ella. Los otros, los pasantes de la antigua escuela, parecían disecados. A los veintiocho años tenían el aspecto de viejos y eran socarrones y cautelosos.

Cada uno de ellos enviaba un embajador respetable: padre, tío, tutor eclesiástico; o se presentaban personalmente para dar la cifra de su renta, el pormenor de sus esperanzas y pedir la mano de Odette.

El abogado dió cuenta a su hija, con cierta solemnidad, de las primeras peticiones. Pero, poco a poco, se acostumbraron a ellas. Presentábanse cada invierno, lo mismo que cada otoño, después de la temporada de baños, con la regularidad de los fenómenos de la Naturaleza.

Odette contestaba siempre que no. La última petición, la del notario de teatro, le hizo reír hasta llorar. Repetía, tapándose la boca con el pañuelo:

—¡Pero, papá! ¿Te acuerdas?...

La señora Angerolle intervenía, para decir ingenuamente:

—¿Por qué te ríes como una loca de ese muchacho? Pues está muy bien. Se parece a tu abuelito.

—¡Pues eso! ¡Ya se parece al abuelito! ¿Lo entiendes? ¡Ya se le parece!

Por esta época fué, después de aquella escena de risa, cuando el señor Angerolle vendió su despacho, desesperando de encontrar un sucesor por casamiento de su hija.

Presentóse en seguida un lindo fiscal, regordete y perfumado.

Además, era rico. Pero tampoco gustó. Presentóse más tarde un juez, guapo, de rostro lozano. Cuando reía, con aire bonachón, sus

dientes blancos, bajo su bigote rubio, hacían el efecto de un cepo para lobos en medio de una maleza. Odette no se dejó coger. Y el juez, que había llegado a hacer la petición oficial, tuvo que retirarse.

Un literato, un oficial, un marqués ocioso y un gran industrial que, en efecto, pareció demasiado grande, presentaron sucesivamente su candidatura. Cada uno de ellos hacía resaltar entre dos vueltas de vals las ventajas que su profesión podía ofrecer a una muchacha de la buena sociedad. Hacían unas cuantas preguntas, casi siempre las mismas. Todo ello venía a constituir, por preguntas y respuestas, una especie de catecismo de la muchacha casadera. Se trataba de averiguar si le gustaban los niños, los vestidos, la sociedad, el teatro, el hogar, París, el campo y el auto. Decía a su amiga, riéndose:

—Me dan ganas de mandar imprimir un corto cuestionario. Sería más rápido. Lo leerían en su casa y después podríamos charlar de otras cosas.

El señor Angerolle ya no empleaba solemnidad alguna para comunicar las peticiones. Decía, por ejemplo, en la galería, al regresar del círculo y mientras se quitaba el abrigo y el sombrero:

—El señor Bécana ha pedido tu mano.

—No quiero que me llamen la señora de Bécana.

Una vez, desde el cuarto de baño, participó a Odette, que se encontraba en su habitación:

—El marqués de Eletot ha pedido tu mano.

Y se oyó gritar a la joven:

—¡Que se vaya a paseo el marqués de Eletot!

—¡Odette! —exclamó la señora Angerolle—. ¿Quién te ha enseñado esa frase tan fina?

—Perdón, mamá. Pero ese señor me ha estado hablando de sus perros durante tres cuartos de hora. Me parece que puedo demostrar un poco de mal humor. No volveré a decirlo más.

Los Angerolle, un domingo, mientras almorzaban íntimamente, contaron delante de la señorita Vimereux que su hija había sido pedida para casarse catorce veces.

En su tiempo no ponían tantas dificultades. Se aceptaba el primer partido que los padres proponían. Estas dilaciones preocupaban al señor Angerolle, pues deseaba tener un nieto, para que éste, por lo menos, fuese abogado. Un camarada de círculo que llevó a su casa, el barón Vanguelin, estuvo a punto de conquistar el corazón de Odette. Ese barón Vanguelin tenía el pelo todo gris, sin que tuviera edad para ello. Poseía un aire de encantadora distinción. Era alto y buen mozo, sabía vestir bien y charlar con las mujeres. Había cumplido los cuarenta. Poseía veinte mil libras de renta. Ocupaba un cargo en el Quai-d'Orsay. Relataba con mucho ingenio y colorido sus viajes por Oriente cuando debutó en la carrera diplomática. Había tratado monarcas, hombres políticos, princesas, cardenales. Hablaba de ellos de un modo que interesaba. Estaba al corriente de las modas femeninas. Entretuvo a Odette. Le hizo una corte inteligente y alegre, que da a las mujeres el deseo de agradar, anima su rostro, provoca su ingenio y hace brillar sus ojos.

Así es que cuando el señor Angerolle, sin concederle importancia, lanzó la frase tradicional en que sólo cambiaba el nombre: «El barón Vanguelin nos ha pedido tu mano», Odette contestó:

—No me disgusta. Dadme tiempo para reflexionar.

No se lo concedieron, pues los Angerolle se alarmaron. El barón Vanguelin podía ser padre de Odette. Verdaderamente, las jóvenes de hoy en día tienen unas ideas notables. ¡Resulta que les gusta el pelo blanco! Claro que el candidato presentaba buen aspecto todavía; pero, de todos modos, ella sería joven aún cuando él cumpliera los cincuenta. ¡Ya vería cuán triste era la vida junto a un marido viejo, que no participaría de los gustos de su esposa! ¡La pequeña se volvía verdaderamente romántica! La señora Angerolle lo deploraba, y movía la cabeza como si se tratase de una enfermedad, de la que quizás se curase Odette con los años y los quebraderos de cabeza.

Tuvo que renunciar al barón Vanguelin. Pero lo hizo sin gran dificultad. De este modo evocaba toda su existencia de chiquilla y de muchacha, contemplando el lago que reflejaba el cielo y parecía un fantástico abismo azul en donde caían sus ensueños.

V

¡El almuerzo!

Se había olvidado de ello. El gran acontecimiento que acababa de tener lugar la trastornaba.

¡Qué mujer no se ha sentido emocionada, turbada, dichosa, al escuchar las primeras confesiones del hombre amado! Las palabras



son casi siempre las mismas. Los mejor dotados de entre nosotros hemos deseado en vano encontrar otras en los momentos de exaltación; otras más nuevas, más vibrantes, más hermosas. Y hemos tropezado con las mismas palabras de siempre, en medio de las cuales nuestro espíritu, inquieto, forcejeaba, después de siglos y siglos, como dentro de una jaula, sin descubrir una salida.

Y, sin embargo, ¡qué alegría da oír estas palabras, hasta cuando se las adivina, hasta cuando nos son ya conocidas! Nos parecen nuevas porque es a nosotras a quienes van dirigidas y porque es dulce creer en ellas... Pero si aún no las habíamos oído nunca, ¡qué encanto! Las más sencillas, las más vulgares, las más comunes producen en nuestros oídos, en nuestra mente y en nuestro corazón una música deliciosa.

Odette apretaba el paso con alegría. Sentía la impresión de resbalar de prisa, muy de prisa, por encima del suelo, a manera de los dioses y de los santos legendarios, vestidos con túnicas armoniosas, que se ven flotar, rectas, a ras de hierba, en los cuadros.

Había sido educada, como todas las muchachas, para el amor.

Sueñan con él en el convento; hablan de él entre ellas; más tarde lo buscan en los libros; lo aguardan durante los años de espera, pasados en medio de su familia, que les hablan sin cesar de esta gran cuestión del matrimonio y les proponen un compañero. Sabía perfectamente que uno de los candidatos hablaría algún día. Desde años atrás había guardado secretamente una especie de aprensión supersticiosa y pueril. ¡Y si el elegido por su corazón no supiese escoger las palabras, el lugar y el momento!

¡Qué fino, hábil e inteligente había estado Mauricio! Siempre guardaría un feliz recuerdo de su primera entrevista bajo aquel bosque dorado por el otoño. Antes de dejarlo, se volvió para contemplarlo de nuevo. Tenía ganas de enviar besos a los céspedes, a los árboles, a las colinas color de violeta.

Siguió la avenida Henri-Martín.

¡Qué lástima que Mauricio hubiese tratado en un día como aquél la cuestión de intereses!

No había duda; era pobre. Y, probablemente, no quería que subsistiese en ello error alguno. Obraba con toda lealtad. ¿Debía dejar ignorada su situación? Indudablemente, no. Era preciso ponerla en claro. Asociaba a Odette a proyectos para lo por venir. ¿Qué cosa más natural, entonces?

Así es que ella era indulgente con él. Buscábale excusas. Quizá hubiese desconfiado de otro hombre. ¡Cuántas veces no había sentido un movimiento de instintivo retroceso ante algún buen mozo que empezaba a hablarle de su posición! ¡Pero aquél, la amaba!

La doncella que abrió la puerta dijo a su señorita:

—¡Ya se han sentado a la mesa!

Y desde el comedor oyóse la voz de la señora Angerolle, que decía:

—¿Eres tú, Odette? ¡Vamos, pronto, que ya llegas tarde! Tu amiga te espera desde hace una hora. Hemos empezado a almorzar sin ti.

—¡Buenos días, papá!

El abogado iba vestido de negro, como de ordinario; la americana entallada, el aspecto juvenil. Dejábanse ver, sin embargo, dos profundas y grandes arrugas, desde las alas de la nariz a los extremos de la boca, en medio de un rostro colorado, un poco largo, algo delgado, en extremo distinguido. El señor Angerolle, que era un hombre elegante y cuidadoso de su persona, estaba siempre perfumado.

—¡Qué bien hueles, papá! —exclamó Odette.

—Y tú, qué mejillas más frescas te traes. ¿Vienes del bosque?

Su rostro grave de hombre de ley tomaba un aspecto de tierna admiración cuando contemplaba a su hija. Encontraba para hablarle las inflexiones más dulces. Se veía que adoraba a su hija única.

Odette fué a echarse al cuello de su amiga.

Ambas se abrazaron. Odette sentía un gran deseo de ternura, una necesidad de abrazar, de estrechar a alguien fuertemente, muy fuerte, contra su pecho. Sus rosadas mejillas, sus ojos y sus dientes, que parecían húmedos, como mojados por la bruma de noviembre, brillaban vivamente. Sentóse con aspecto de dicha, con aspecto de querer reír, hablar, vivir, en fin, más ardentemente que de costumbre. Parecía que traía de fuera la dicha y que la esparcía en torno. Los tres la miraban sonriendo de gusto, sin saber por qué.

El comedor era grande, provisto en uno de los testeros de un antiguo tapiz que representaba, sin preocuparse de las leyes de la perspectiva, verdes bosques, un castillo, una cacería, y debajo, en el borde, el escudo con los mirlos de la familia de la abuela. Este tapiz, restaurado, procedía del castillo de Borgoña.

Piezas de plata adornaban los aparadores. Sobre una mesa de encina, delante de la puerta de cristales, elevábase un delgado jarro de cristal lleno de flores rojas. Y por entre las colgaduras veíanse, como desde la alcoba de Odette, las ramas temblorosas, color de violeta, de los árboles de la avenida.

La señora Angerolle llevaba un traje sastre de color azul, cuyo pecherín de tela blanca añadía un aspecto de juventud a su rostro, refrescado por el masaje eléctrico, la pintura y la franja rubia de su peluca.

El mozo de comedor, de frac, circulaba sin ruido en torno de la mesa.

Todo daba la impresión de un lujo sólido, serio, antiguo, selecto y seguro. Advertíase pronto que Clara Vimereux no formaba parte de aquel lujo. Veíase en seguida que pertenecía a otra familia, a otro mundo. Parecía una institutriz de casa rica.

Era delgada. Tenía una cabecita de perrito ratonero, con macilentos ricitos castaños esparcidos por la frente, que le daban, sin saber por qué, un aspecto de señorita de provincia o de solterona. Quizá dependía todo de sus vestidos. La tela parecía demasiado delgada; el corte, defectuoso. Podía, por la sobriedad de la línea y del tono, presentar una cierta ilusión de elegancia entre gente de la baja clase media; pero allí, Clara Vimereux recobraba su verdadero rango.

Era una fea insignificante.

Los Angerolles le habían cobrado afecto porque les proporcionaba cierto bienestar.

Ella, en cambio, les demostraba una abnegación perseverante; tomaba parte con entusiasmo en las alegrías de Odette, en los placeres de Odette, en las contrariedades de Odette, y aprobaba siempre las decisiones de sus padres, les daba la razón en contra de su hija con una palabra o un discreto movimiento de cabeza. Se la juzgaba seria, afectuosa y abnegada, buena consejera, formal y de influencia favorable.

Su padre, un teniente coronel retirado, había pasado los años de guarnición en guarnición, llevando tras él a su esposa, su hijo y sus tres hijas. La familia no se podía fijar en parte alguna. A causa de estos cambios obligatorios, Clara hacía sus estudios unas veces en una ciudad, otras en otra. En todas partes encontraba una especie de consideración oficial, que aumentaba con la graduación de su padre. Su fortuna no estaba en relación con el rango que ocupaban, y se veía en ellos una pretensión pobre de funcionarios mal pagados.

El comandante Vimereux fué destinado al Ministerio de la Guerra. De este modo fué Clara a París y conoció a la hija de la señora Angerolle. El comandante ascendió a teniente coronel. Habiendo alcanzado esta graduación siendo ya viejo, llegó al límite de edad sin salir de las oficinas del Ministerio. No pudo lograr los cinco galones de oro. Pero recibió la roseta de oficial de la Legión de Honor.

Entonces su hijo era segundo teniente; una de sus hijas, la única bonita, estaba casada con un capitán; la otra, con un empleado del Ministerio. Los Angerolle y los Vimereux se visitaban poco, a pesar de la intimidad de sus hijas, como sucede a menudo cuando las posiciones económicas son desproporcionadas. Además, la señora Vimereux era por naturaleza celosa del bien ajeno. Pero conservaba el espíritu de intriga, que suele encontrarse en la sociedad de provincia, en lo relativo a las cuestiones de intereses y mejora de posición. Reconocía la utilidad de las buenas relaciones. Y alentaba el afecto que Clara parecía sentir por su amiga.

—¿Cómo has llegado tan tarde?, preguntó la señora Angerolle.

Odette era franca. No sabía mentir. Y, además, pensó que quizá les habían visto, y con habilidad femenil dijo:

—He encontrado al doctor de Ansauvillers.

Tenía la cabeza baja, disimulando. Sus padres, secretamente contentos, la observaban ante la idea de que el nombre de su pareja preferida le haría ponerse colorada. Así es que nadie advirtió que era Clara Vimereux la que se ponía de repente encarnada.

VI

El almuerzo fué muy alegre y agradable.

Cada cual, para distraer a los demás, dió cuenta, de buena gana, del empleo del tiempo.

El señor Angerolle venía de París. Decían París en aquella casa para designar especialmente los bulevares y barrios de tiendas. Había ido allí para pagar unas cuentas. Traía bombones de chocolate, que en seguida repartiría.

La señora Angerolle, que había salido tarde, se hizo conducir al Bosque por el «chauffeur». Los Hincelin han comprado un nuevo coche, cuyo color negro y gris no resulta.

—Y usted, Clarita, ¿qué ha hecho esta mañana? —preguntó el antiguo abogado afectuosamente.

Y ésta, fingiendo animación, dijo:

—He hecho la cama. Después he acompañado a la criada al mercado. Mamá asegura que estos quehaceres corresponden a las chicas de la casa. Y después he venido aquí para pasar juntos estos agradables momentos.

—Sus padres la han educado muy bien —observó la señora Angerolle—. Y dirigiéndose hacia su hija, añadió:

—Esta chiquilla está demasiado mimada.

Pero Clara protestó, diciendo.

—¡Sin embargo, no es cosa de que se haga la cama! ¿De qué le serviría la doncella?

Junto a su amiga, Odette apreciaba todavía más el bienestar y el lujo. Sentíase más dichosa. Aceptaba como un homenaje discreto las reflexiones, las complacencias y hasta la secreta envidia de Clara.

(Continuará en el número próximo.)

Cuento.

Mi amiga Eulalia, con quien iba a ir al Teatro Real aquella noche, terminaba de vestirse, cuando entré en su *boudoir* para buscarla.

Por ganar tiempo, pues íbamos a llegar tarde, me pidió que la llevara de la vitrina un abanico que armonizara con su vestido.

Abrió el mueble de talla dorada del más puro estilo Luis XVI que encerraba la valiosa colección atesorada por mi amiga, y se recrearon mis ojos en el maravilloso conjunto que ofrecían las estanterías de cristal cargadas de abanicos.

La brillante policromía de los paisajes japoneses montados en concha avaloraba tonos suaves de nacaradas varillas, sirviendo de pedestal a delicadas vitelas manchadas por el genio de Watteau. Antaño, manejaríanlos afilados dedos de princesas que jugaban a ser pastoras en el «Triación».

Junto a un manojo de plumas de abigarrados colores, complemento del atavío de un rajah de la India, una mariposa de blonda amarillenta, hecha para esquivar el madrigal de un abate o marcar el ritmo de una pavana, se destacó entre todos por su grácil elegancia. Escogí aquel primor de tul bordado, prolongación del afiligranado marfil hecho encaje en la peana, pues ninguno combinaría mejor con las galas *mohair* negro y *point d'Atençon* que vestían a Eulalia.

Los ojos de mi amiga se detuvieron sobre el abanico. En sus pupilas asomó una sombra de emoción: la que engendra un recuerdo triste. Así me lo confirmó un hondo suspiro. Luego, olvidando que nuestra demora en partir nos haría perder el dúo de «la diligencia» del primer acto de «Manón», me hizo sentar junto a ella en el diván turco cargado de almohadones, y me contó lo que sigue:

—¿Te acuerdas de Matilde, aquella chica tan guapa, de ojos verdes, que se educó con nosotros en las Irlandesas? Nunca te hablé de ella por parecerme que un olvido piadoso era lo mejor que podía guardar a su memoria. Creo no volviste a verla desde aquel día que la sacaron precipitadamente del colegio por estar enfermo su padre. Recordarás que las monjas nos contaron luego la muerte de aquél. Dejaba a su hija completamente sola y arruinada, sin más recursos que una educación esmerada para ganarse la vida como institutriz.

Yo volví a ver a Matilde después tres veces, en ocasiones bien distintas, por cierto.

La primera —dos años después de salir yo del colegio— fué una mañana que salía de compras con el aya. Al ir a entrar en una tienda se me acercó una mujer pálida, delgada, prematuramente vieja y miserablemente vestida. Creí solicitaba una limosna, pero el tono amistoso con que me interpelaba, extrañándome, me hizo examinar más detenidamente a la que me abordaba. Me costó trabajo reconocerla; pero al fin sus ojos, aquellos ojos fosforescentes, únicos en los que radicaba su belleza, me descubrieron a Matilde, mi compañera de predilección en el pensionado.

Me contó sus desgracias. A raíz de morir su padre, encontró colocación de mecanógrafa en un Banco. Allí quiso su mala estrella que conociera a un empleado, simpático, atrayente, como todos los alocados; la había pretendido, parecía muy enamorado. Los diez y ocho años de Matilde creyeron ver en el amor que la brindaban la tierra prometida de su árido caminar sola por el mundo.

Se casaron, y a los pocos meses empezaba el verdadero calvario de su vida. El marido la maltrató primero, la abandonó después. Matilde tenía que volver a luchar por la existencia, más desengañada de ella que cuando quedó huérfana.

Me pidió que la recomendara, que hiciera algo por ella. Prometí complacerla, pero muy de prisa. Estaba pensando en el adorno que iba a comprar y deseando separarme de Matilde que, mal vestida, me avergonzaba. Olvidé al punto mi encuentro con la infeliz que me pedía auxilio.

La segunda vez que la ví fué hace cuatro o cinco años. Estaba yo recién casada y haciendo un delicioso viaje por la Costa Azul. Una noche, en un lujoso restaurant de Niza, en refinado ambiente de elegancias cosmopolitas, la sorprendente belleza de una mujer atrajo la admiración de la selecta concurrencia. Por su indumentaria, vistosa y atrevida, y el cortejo de alegre juventud que la escoltaba pregonaba su condición de cortesana. Admirando a hurtadillas yo también a la gentil pecadora, trocose en estupor mi admiración. La prolongada mirada de unos ojos verdes, que ya me habían reconocido, descubrió el incógnito de la llamativa beldad. Avergonzada esquivé los ojos que seguían mirándome insistentes. Me humillaba más un contacto con aquella lujosa prestancia que el de la pobre vergonzante que apenas quise oír junto a la tienda.

Al día siguiente, una camarera del hotel me entregaba un paquete con el mayor misterio. Contenía este abanico que ves, acompañado de una carta. Me ofrecía el presente Matilde, como regalo de boda y en recuerdo de nuestra feliz adolescencia en el colegio. Me suplicaba que consintiera en verla; quería disculpar ante mí su caída; oyéndola, no la juzgaría tan mal. Devolví escuetamente el abanico sin contestar siquiera a la carta. Creía yo que por dignidad estaba obligada a proceder así. Mi curiosidad femenina me permitió, sin embargo, examinar detenidamente la delicada elegancia del presente que querían hacerme. Callé para mí sola el incidente y a los pocos días marchábamos a París sin haber vuelto a ver a Matilde.

Hace unos meses, una corredora que me trae con frecuencia al-

hajas o antigüedades que la suelo comprar, me enseñó un abanico que la habían dado para vender. Al punto reconocí en el que me ofrecían, aquel que quisieron regalarme en Niza. Muy intrigada indagué la procedencia del abanico de blonda. Me dijo la vendedora que pertenecía a una infeliz que había derrochado en días alegres, y se moría de tuberculosis en una buhardilla de su casa. Compadecida, dí por el abanico lo que me pidieran y apunté en mi carnet unas señas: las de una casa que a la mañana siguiente visitaba.

En un camastro desvencijado yacía Matilde. El espectro de la educanda de las Irlandesas, de la bella pecadora del casino de Niza, hirió mis ojos como un remordimiento.

Con un cariñoso abrazo la hice olvidar mi desafecto de antes. Muy emocionada me contó su tragedia. Primero había luchado, buscando un trabajo que no la daban. A cada repulsa, echando por tierra sus intenciones de ganar el sustento, surgía el asedio de tentaciones cortejando su belleza. El espejismo de la vida fácil, rescate a su dura existencia, deslumbró a la desgraciada; fué derrotada su virtud por miseria. Después, unos días dorados, muy cortos, en los que fué cigarra que no piensa en el invierno. De fiesta en fiesta quiso aturdirse para olvidar el derrotero emprendido, que no debió ser su camino, y su naturaleza débil empezó a resentirse. No atendió su salud, arrastrada por el torbellino del placer; pero el mal incurable, minando su organismo, la venció bien pronto. Eclipsados sus encantos por la sombra de su enfermedad huyeron los amigos que se dijeron leales. Matilde, abandonada y sin recursos, sólo pedía ya morir en paz.

Intenté consolarla animándola, asegurándole viviría, y para disipar a la muerte el cuerpo casi agotado, y al escepticismo el alma abatida, la hice trasladar a un sanatorio donde piadosos cuidados de monjitas no pudieron aliviar el sufrimiento físico. Más eficaces fueron sus palabras de esperanza eterna que confortaron el ánimo de la pecadora arrepentida.

La ciencia no pudo salvar la vida de mi pobre amiga. Vivió tan sólo unos días; el tiempo de demostrarme un agradecimiento que no merecía.

Eulalia calló. Un sollozo servía de eco a su relato.

—Te queda el consuelo de haber endulzado su muerte —insinué.

—Beneficio tardío que pude hacer antes —interrumpió Eulalia—. Debí endulzar su vida antes que su muerte. ¡Cuántas veces, pensando en Matilde, he medido el alcance de esa indiferencia cruel que nos desentiende del sufrir ajeno que podemos mitigar; de esa dignidad mal entendida que nos aleja del que delinquier! Podemos impedir mil veces que los buenos lleguen a ser malos, que los malos puedan ser peores y no nos preocupamos de evitarlo.

Este abanico me acusará mientras viva de que no cumplí con el divino precepto que nos hizo hermanos en la humanidad: «Amaos los unos a los otros».

JULIA MÉLIDA.

Fragmento de mi diario.

Hoy estoy muy triste. ¿Por qué? No lo sé explicar. Cuando me despertó esta mañana la voz de mi hermana dejé escapar un mohín de mal humor y dando media vuelta me dispuse a reanudar el sueño. Pero eran las ocho, y perezosamente salté de la cama.

Intenté animarme, desterrar el mal humor por medio de la actividad; pero sólo conseguí acabar de hacerme la *toilette* a las nueve menos cuarto, cuando los otros días la acabo a las ocho y media y marcharme hacia la oficina poseída de una ira grande, rabiosa... y, no obstante, sentía ganas de llorar... ¡Qué a gusto hubiese puesto la cabeza en el hombro de mamá y la hubiese dicho: ¡Mamá!, ¡mamita! Bésame, eso, sí; mamita!

La mañana estaba gris y me pesaba cual de plomo. El aire, un viento antipático, entrábase por la abierta ventana del despacho hasta mi mesa y allí revolvía e intentaba arrastrar hasta el suelo los papeles. Uno, por fin, cayó. Dí un suspiro y me dispuse a cogerlo; pero ya una mano me lo alargaba, a la par que una alegre voz me saludaba:

—Buenos días, señorita.

—¡Hola, Pepito! ¿Es usted? ¡Cómo! ¿De paisano?

—Naturalmente que soy yo, y más natural aún de paisano. ¡Señorita...! ¡Que estoy cumplido! ¡Que me voy a mi pueblo!

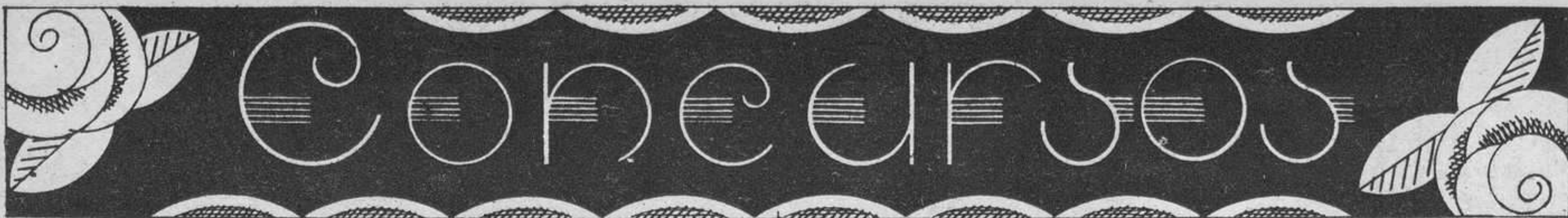
Quise alegrarme y no pude. Mi sonrisa ha sido una mueca de tristeza. Le tomé la mano, en la cual aún tenía el papel y se la he oprimido débil, sin fuerzas.

—Adiós, José. Buena suerte. Que encuentre bien a su familia, le da mis recuerdos; adiós, acuérdesse de mi alguna vez...

Pepito ya no hablaba. Sus ojos permanecían serios, bajos; su boca no sonreía. Vacilante, ebria de tristeza, se juntó a la mía. Dí un leve grito.

Después le he visto marchar. Y ahora ya sé la razón de mi tristeza, ya puedo llorar, porque a llorar me obliga el recuerdo del amigo que pierdo; el amigo franco, ingenuo, la amistad infantil, desprovista de malicia; el amigo cuyos primeros pasos en la dureza del servicio yo mitigué, y cuyas horas de monotonía en mi despacho él animó con la charla, el gorjeo del pueblerino; pueblerino que se educó mientras fué militar...

EUGENIA.
Zaragoza.



LO PASADO :-: LO PRESENTE :-: LO FUTURO

Buen recuerdo: «Señora, que sea enhorabuena; es usted madre de un robusto niño, una alhaja de criatura.»

Mal recuerdo: «Mamá, no te apures; creo que tendré que ir a África; no es seguro todavía; así es que no te empieces a amargar la vida.»

Preferencias: ¿Cuáles pueden ser las de una madre? Tener a su lado a sus hijos.

Antipatías: Todas aquellas causas que de ellos me separan.

Deseo: Verme rodeada de todos ellos al amor de la lumbre, en este invierno de mi vida.

Temor: Que se me quede frío el corazón de tenerlos tan lejos.

J. R.
Valladolid.

Mamá me dijo: «Ya eres una señorita, esta tarde saldrás conmigo»; lo que aquellas palabras significaron para mí no se lo pueden ustedes figurar. ¡Iba a salir con mamá, ¡era ya una señorita!

Recuerdo después mis paseos en coche, de «señorita», ¡y veo a las chiquillas con una envidia!

Preferiría ser niña aún, para tener ganas de ser mayor.

Detesto las reuniones, los tés más o menos danzantes, los pretendientes más o menos danzantes también, y todo este mundo ficticio de los «mayores».

Deseo siempre ir al campo, y temo a un baile de gala como al más duro de los castigos.

DOÑA SINCERIDAD.
Madrid.

Yo fui niña, más aún, niña inocente, hasta que fui mujer hecha y derecha; en esa época feliz de mi vida todos son recuerdos gratos.

Me enamoré con toda la sinceridad de una provinciana que cree en todo, y... fui infeliz, ¿a qué negarlo?

Preferencias..., antipatías...; soy una escéptica; más: una amargada; ni prefiero ni detesto.

Temor, temo de todos mis semejantes porque mis padres ya murieron, y esos serían los únicos que no me harían temer.

Un deseo: que mi cuerpo envejezca pronto para hacerle el bis al corazón.

ANA MARÍA.
Calatayud.

Como estoy tan contenta de haber nacido, para mí todo es agradable, y todo deja como un poso de buen recuerdo en mi vida.

Mal recuerdo, también lo tengo, no vayan ustedes a creer. Un día, un muchacho muy bueno, muy bueno —malo es que una mujer dé como condiciones únicas la de la bondad de un hombre; para nosotras, bueno quiere decir víctima—; ese hombre me habló de amor, y me pareció tan ridículo, que no le dejé acabar, y me eché a reír. Luego, al recordarlo, lloré de rabia, me hubiera matado, me dió lástima —está perdido todo hombre que al recordarle no nos produzca más que lástima—. Ese puede ser un mal recuerdo, ¿verdad?

Mis preferencias..., ir a una casita de campo que tenemos en la sierra, correr por el monte sola, cantar, chillar, sin que mamá me diga: «Niña, por Dios, que eres ya una mujercita», como si el ser mujercita trajese consigo la ficción y el aburrimiento.

¿Verdad que eso que llaman educación es insufrible? He aquí mis antipatías.

Deseo ser eternamente como soy, feliz. Temo que llegue el día en que tenga, como dice mamá, que sentar la cabeza (qué postura más incómoda, ¿no?)

MARÍA TERESA S.
Madrid.

¿Un buen recuerdo? Un baile... y una promesa.

¿Un mal recuerdo? El olvido... y una lágrima.

¿Preferencias? Los bailes... para quedarme en casa.

¿Antipatías? Mi casa en las noches de baile.

¿Deseo? Volver a escuchar otra promesa.

¿Temor? Que quede incumplida como la primera.

R. L.
Zamora.

Recuerdo con satisfacción las tonterías que hizo por mí D. Laureano, ese amigo de papá, solterón, que jamás le había dirigido una mirada amorosa a una mujer. ¿Verdad que los viejos enamorados son ridículos? Yo creí que eran tipos tan sólo de *vaudeville*.

Mal recuerdo: Cuando papá se enteró de mis burlas, dijo que era crueldad; ¿y no lo hubiese sido más si le hago caso?

Mis preferencias: Los oficiales de Artillería son muy brutos y muy simpáticos.

Mis antipatías: Los jóvenes enclenques que se abrochan el último botón de la americana, dicen «bestial», fuman egipcios baratos los domingos y son asiduos concurrentes a los día de moda de los *cines*.

Deseo que me haga el amor, un militar; cuando menos, un pollo que boxee. Un artista también me gustaría; éstos, la energía la tienen en el espíritu.

Un temor: El que «me convenga» —mejor dicho, convenga a mis padres— casarme con un pollo «bien».

MEFISTÓFELA.
Madrid.

¿QUÉ ES FLIRTEO?

¿Qué es «flirt»? Yo les contaré un cuento, por si ha sucedido alguna vez.

Un día, había una muchacha y un muchacho sentados de conversación en unas sillas de un parque.

La madre de la chica los miraba de reojo, pensando en la bonita carrera que llevaba aquel pollo.

Y sucedió... que aquel pollo no llevaba bonita carrera, ni mucho menos. Pero la muchacha se lo había hecho creer a la madre, porque era una señora «anticuada» y no creía en el «flirt».

Y había que «flirtear».

NO DIGO NOMBRES.
Escorial.

Flirteo es el conjunto de detalles constitutivos de la coquetería femenina, tales como las sonrisas prometedoras, palabras capciosas, gestos elocuentes y ademanes atractivos, que la mujer emplea para envolver y dominar moralmente al hombre, atacándole en su punto más sensible, como es su fatuidad.

Este flirteo, de no dar un resultado claro en los primeros momentos, puede ser muy peligroso, pues atacante y atacado pueden empeñar en la contienda su amor propio.

Repetimos que esto es de sumo peligro, pues en algún caso grave, por no ceder ninguna de las partes, se ha llegado hasta el matrimonio.

PILAR FUENTES.
Madrid.

Sonreír, hacer preguntas indiscretas mostrando cierto interés. Mirar siempre y fingir rubor —digo fingir, porque hoy el rubor se finge siempre—, hablar de cosas sin importancia y que a los ojos asome el deseo de hablar de lo interesante. Esto es lo que yo entiendo por flirteo.

LISA G. DE LINARES.
Biarritz.

Ni lo sé ni lo quiero saber; flirteo es una cosa moderna, y, como todo lo moderno, absurdo, indecoroso. Si la Academia no trató de esta palabra, hizo bien; yo no quiero tratar tampoco.

X. X.
Burgos.

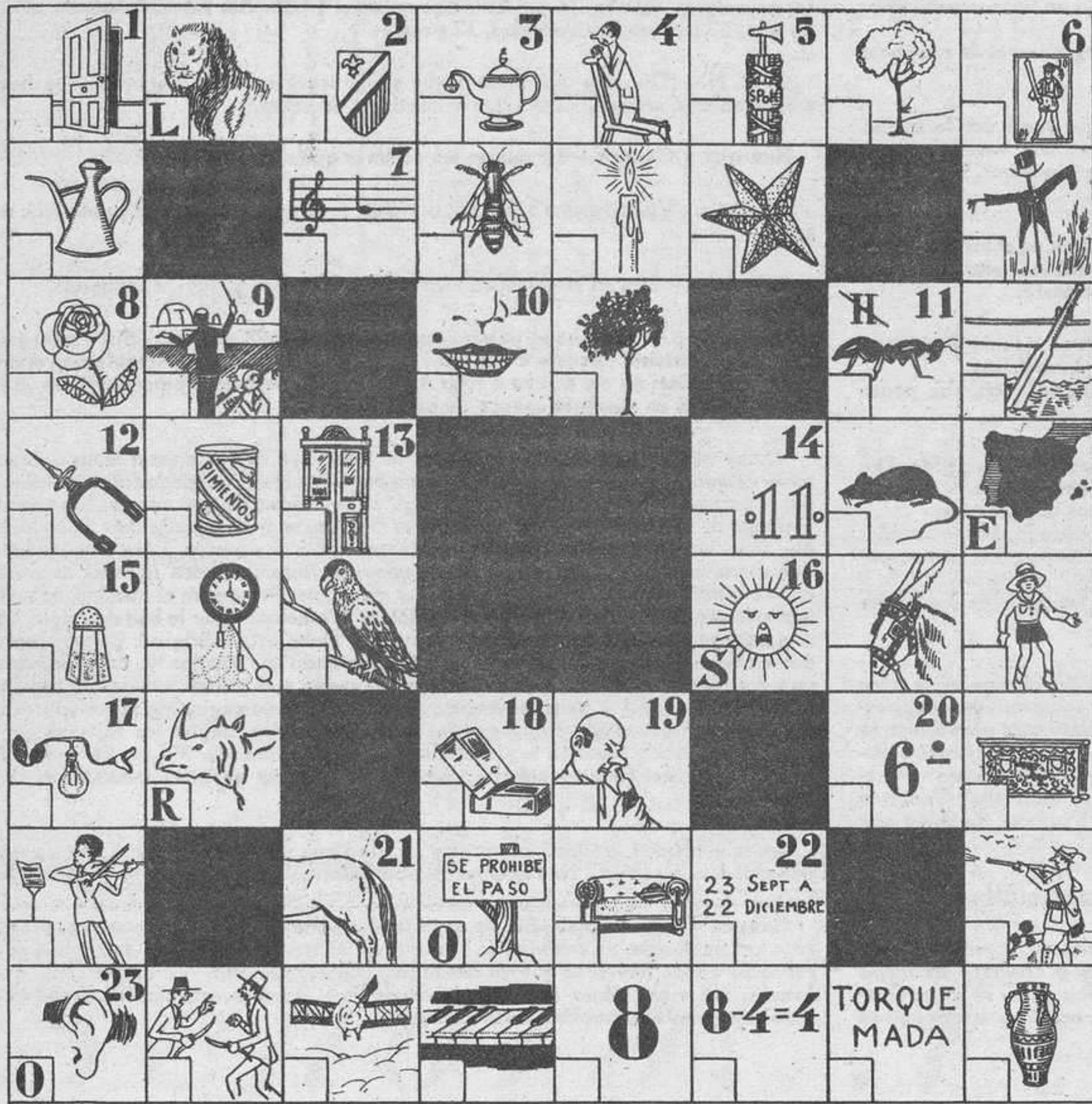
Flirtear es la cosa más simpática del mundo; lástima que los hombres españoles no estén acostumbrados a ello y tomen el rábano por las hojas.

SOFÍA.
Madrid.

GRAN CONCURSO DE PALABRAS CRUZADAS ILUSTRADAS

1. ^{er}	premio, 500 pesetas, en metálico.
2. ^o	— 200 —
3. ^o	— 100 —
4. ^o a 7. ^o	— 25 —
8. ^o a 17	— 10 —

TOTAL: 1.000 PESETAS, EN METÁLICO



REGLAS

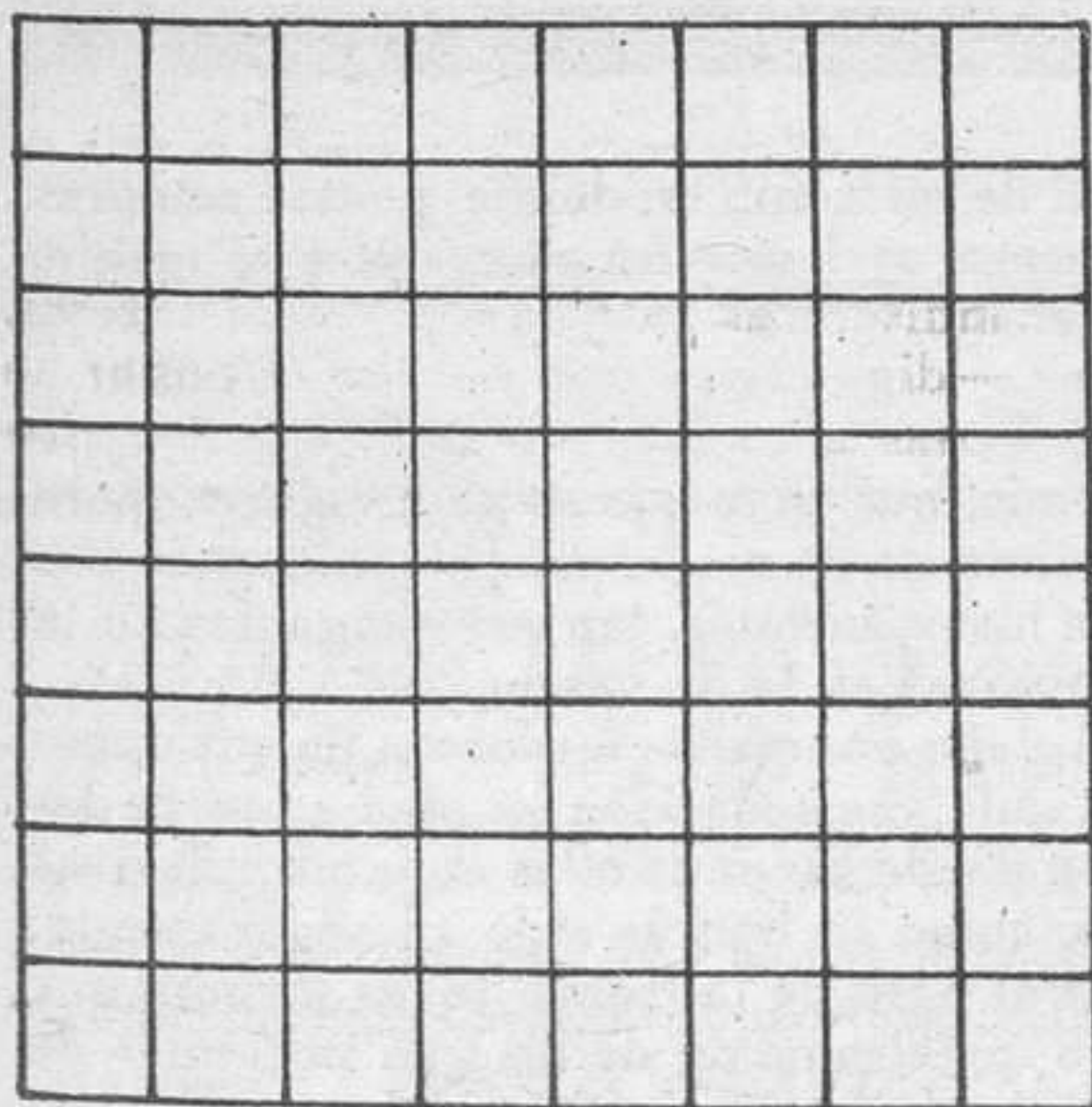
- 1.^a Este concurso constará de 14 problemas. Estos problemas se publicarán en la revista MUJER. La Editorial «Saturnino Calleja», S. A., se reserva el derecho de extender este concurso a otras revistas suyas, si así le conviene.
- 2.^a La solución consiste en escribir, en los cuadrillos blancos que hay a la derecha de cada cuadrado grande, la letra que corresponda a la inicial de la cosa representada por el dibujo. Después de escribir todas las letras en los cuadrillos correspondientes, se recortará la página, para enviarla de acuerdo con la regla siguiente.
- 3.^a Las soluciones habrán de enviarse todas juntas, al final del concurso. Cualquier solución que llegue suelta no será tomada en consideración.
- 4.^a El tomar parte en este concurso supone la aceptación de todas las condiciones y la renuncia a toda reclamación.
- 5.^a Cada lector podrá mandar tantas series de soluciones como crea conveniente.
- El primer premio, de 500 pesetas será adjudicado al concursante que mande todos los problemas con su solución exacta. Si no hay ninguno que envíe todas las soluciones exactas, el premio será adjudicado a aquél que tenga menos faltas en sus soluciones.
- 6.^a EN CASO DE EMPATE, el Jurado se reserva el derecho de dividir los premios como le parezca más conveniente.
- 7.^a Aunque todo lector tiene derecho a mandar tantas soluciones como desee, un lector no podrá ganar más de un premio.
- 8.^a Si un lector manda más de una serie de soluciones, tendrá que mandarlas en sobres separados.
- 9.^a Las soluciones tendrán que estar escritas claramente y con tinta sobre el mismo dibujo aquí publicado. Aquellas que estén confusas o hechas sobre calcos, etc., serán descalificadas.
- 10.^a No se mantendrá correspondencia acerca de este concurso.
- 11.^a La lista de premios será publicada lo más pronto posible.
- 12.^a Ningún empleado de la Editorial «Saturnino Calleja», S. A., ni de la Redacción de MUJER podrá tomar parte en este concurso.

PASATIEMPOS

Palabras relacionadas.

—¡Que preciosa bibliotecal ¿Quién es el—?
 —Ese amigo mío que te presenté el otro día.
 —Pues no te doy la enhorabuena.
 —¿Por qué?
 —Pues porque me pareció muy—, y tarde o temprano asomará la oreja.

En este diálogo hay que sustituir las dos rayas por dos palabras, tales, que intercalando una nota musical en una de ellas nos da la otra.

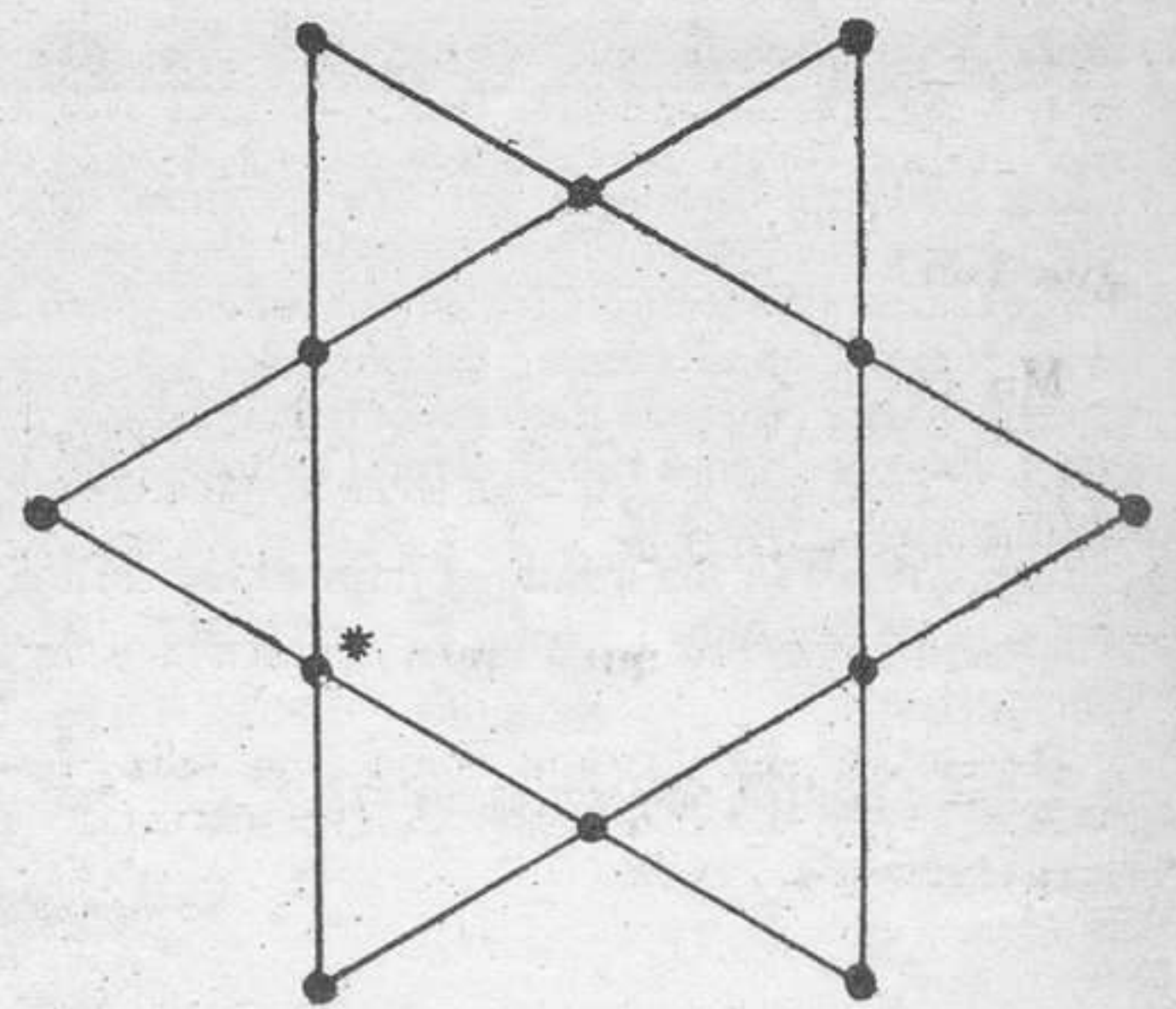


Problema.

Dividase este cuadrado de 64 casillas de forma que, con los trozos en que se haya dividido, se pueda construir un rectángulo que contenga 65 casillas exactamente.

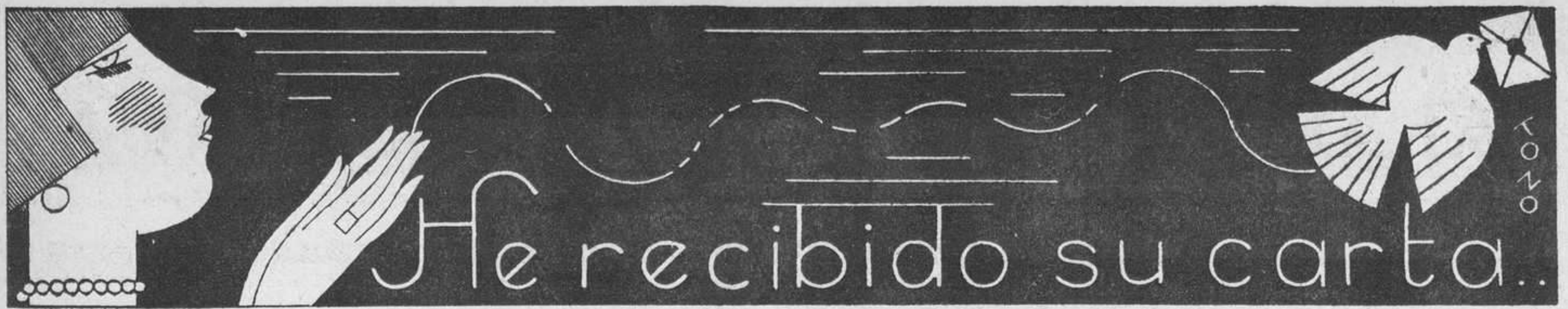
Charada.

Está haciendo trabajos de 3.^a 1.^a para no acudir a la 2.^a 3.^a por miedo a una TODO.



La Estrella.

1 . 1 . 4 . 7 . 11 . 14 . 16 . 16 . 16 . 19 . 19 . 26 .
 Colóquense estos números en los puntos negros que tiene la estrella en sus vértices, de manera que, sumados todos los de un lado, o sea de cuatro en cuatro, den el mismo total. En el exágono, póngase en cada número la letra que le corresponde por su orden en el abecedario, y se obtendrá el nombre de una región española.



JULIA MÉLIDA, Madrid.—Su precioso cuento honrará la *Página de las lectoras*. Con mucho gusto continuaremos publicando sus trabajos que no sean extensos. Una página de la Revista es mucho, si se tiene en cuenta que sólo una página puede reservarse en cada número para todas nuestras lectoras.

MARGARITA CAMPOS.—Muy mal arreglo tiene eso, y crea que lamento apenarla; en este caso, como en tantos otros, prevenir, es relativamente fácil; curar, casi imposible. Intente usted todas las mañanas, por espacio de un cuarto de hora, fomentos de algodón en rama, mojado en agua muy fría.

Y, en último caso, un tratamiento por la electricidad en casa de un buen especialista; esto da a menudo resultados prodigiosos.

¡Por Dios! ¡Nada de medicamentos internos! Su efecto más seguro es el de estropear el estómago.

«FLOR DE TOXO».—No habiéndole dado resultado el aceite, que suele ser lo mejor, ya no me atrevo a responder de nada. Sin embargo, pruebe usted con vaselina esterilizada que, como todas las grasas, es excelente para el caso. Pero lo mejor, a mi entender, es cortar las puntas un par de veces al año.

MARGOT.—Más que nada, se llevará lo verde, adornado con plata, el color berenjena y el azul fuerte. Las faldas seguirán cortas, pero el talle se colocará más alto. Lo negro no se lleva ya nada, como no sea adornado con color o con oro o plata.

LUISA VICENTE, Madrid. Sentimos muchísimo no poder publicar el lindo dibujo que nos envía. En la *Página de las lectoras* no publicamos colaboración artística.

No obstante esto, le quedo muy agradecida a su atención, deseando otra vez poder complacerla.

UNA COCINERA.—Es casi imposible precisar exactamente lo que usted me pide. Dependiendo de la clase de platos que sean y de los productos que los compongan.

En la carne, sí, se suele calcular, aproximadamente, 150 gramos por persona.

El mejor libro de cocina, el más completo que existe —pues además de incontables recetas y grabados contiene toda suerte de consejos— es *La cocina*, en dos tomos, por Isabel Gallardo de Alvarez.

Más modesto, económicamente hablando, pero muy bueno también, es *La mejor cocinera*.

LINA TAGORE.—Crea que le agradezco con toda mi alma su gentilísima carta y los elogios que tan bondadosamente dedica a la revista MUJER. La comprensión inteligente de lectoras como usted ha de ser siempre la mejor de las recompensas para nuestros esfuerzos. Mi sincera enhorabuena por sus bellísimos versos, de los que publicaré algunos en el próximo número —para el presente han llegado tarde—, y los demás en números siguientes. ¿Por qué no me manda respuestas a nuestros concursos? Tengo la seguridad de que se le ocurrirían cosas ingeniosas y delicadas. Téngame también por su amiga, y gracias por todo.

MI-FA-DO.—Su interesantísima crónica se publicará en el número próximo.

J. L. DE J.—Método especial para sastrería de niños no le hay aquí tampoco. Pero creo que le serviría la obra siguiente: *Tratado práctico de Corte y Hechura de trajes para hombres y niños, con numerosos patrones (reducidos) y dibujos*. El autor es Desault, y el editor, «Garnier», de París. La obra está traducida al español. Su precio es de 6 pesetas.

Me tiene a su disposición para cuanto pueda servirla.

MIMITOS.—Sí, vuelven los grandes; pero también se llevan los pequeños. En nuestro próximo número, que será extraordinario, dedicado a las modas de otoño y de invierno, encontrará usted modelos preciosos.

ROSA LINA.—¡Cuánto le agradecemos su carta! Tantos elogios nos confunden, a la vez que nos dan alientos para esforzarnos en merecerlos. Con sólo dar a conocer su preciosa composición —y esto se hará muy pronto—, ya habremos realizado el milagro de que habla usted. Como no nos da sus señas, no tenemos más remedio que indicarle aquí los precios de suscripción que desea conocer. Son los siguientes: Con los suplementos en colores, un año, 26 pesetas; un semestre, 13,50. Sin los suplementos en colores, un año, 23 pesetas; un semestre, 12 pesetas.

C. M. N.—¡Qué más quisiéramos que poder servirles! Pero lo que ustedes desean no encaja en esta sección. Crean que lo sentimos de veras.

ENRIQUE Y CARLOS.—Lo mismo les decimos que a C. M. N.

GLORIA DE VILLARRAZO Y PINTADO.—Sus preciosos cantares se publicarán muy en breve.

S. TENERA.—Lea mi respuesta a «Margarita Campos» y, ¡ay!, aplíquesela.

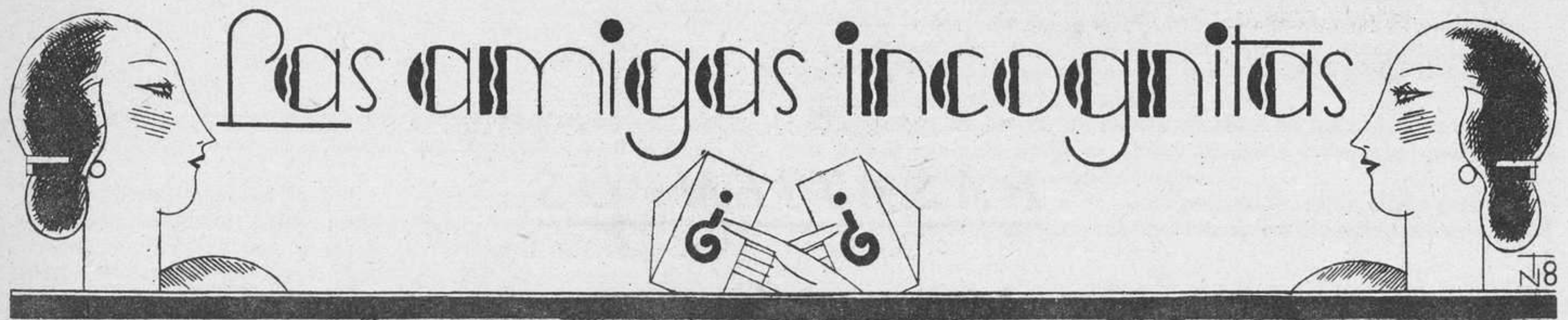
M. T. A.—Perfecto, que yo sepa, no se ha inventado ninguno. Sin embargo, sé de dos o tres bastante eficaces e inofensivos, y se los indicaré con sumo gusto si me hace saber sus señas; no me atrevo a citar nombres de productos comerciales en esta sección, que está en absoluto exenta de publicidad.

VALLE DE ORO.—Muy sinceramente le alabo ese horror a estar mano sobre mano, nada vulgar, sobre todo en la mujer; tampoco es vulgar la dignidad de su deseo de ganarse personalmente unas pesetas. Tengo la seguridad de que cuando haya saboreado el placer de costearse sus caprichos con su trabajo, se irá haciendo más ambiciosa —noble ambición, si las hay— y querrá costearse todos sus gastos. Para esas traducciones que desea usted hacer es ya mucho el poseer *perfectamente* dos idiomas extranjeros... con la condición, claro está, de poseer no menos *perfectamente* el nuestro, gramatical y literariamente hablando. Estas son las únicas condiciones que le han de exigir, amén de una natural probidad profesional escrupulosa. Debe usted dirigirse personalmente —o por carta— a todas las casas editoriales exponiendo sus méritos y, caso de no recibir una respuesta negativa —los traductores abundan y el trabajo escasea—, solicitar que la pongan a usted a prueba dándole a traducir alguna página de literatura francesa o inglesa. La retribución varía según las casas editoriales, según los idiomas conocidos por el traductor y también según la clase de trabajo que sea. Mil gracias por el amable final de su carta. Me alegraré sinceramente de que sus gestiones alcancen el éxito que merecen.

ARAT.—Hemos recibido sus envíos, y crea que no sabemos cómo agradecerle tan delicadísima atención. Nos honraremos publicando, cuanto antes, su preciosa crónica.

CARMEN CASTAÑARES.—Sí, se engaña al suponer que alguna de sus respuestas merece ser publicada; en realidad..., lo merecen las tres. Además, me dan bonísima espina respecto a esas novelitas que ya siento impaciencia por leer. Pero, por Dios, que sean breves. ¡Si viera cómo estamos de originales! Además, cuanto más breve es el trabajo más pronto se publica; no le digo más...

□ □ □



Soy bastante tímida, y por eso quisiera que me escuchase una sola amiga incógnita. Yo..., yo estoy un poquito... escamada, como si dijésemos «discretamente enamorada»; ¡pero soy tan tímida!...; y no sé cómo..., no sé cómo... declararme; ¿qué me aconsejas? Yo, la verdad, había pensado desvanecerme un día, y en mi delirio decirselo todo, pero temo ruborizarme, aunque, con los ojos cerrados, no hay por qué, ¿verdad?

Y es que están los hombres imposibles; ni las tímidas conseguimos que se decidan.

CLARITA TIMIDEZ.

¿Dónde podría una mujer volar?

UNA AMATEUR AERONAUTA.

Amiga incógnita: ¿Qué podríamos hacer las mujeres honestas que nos hemos bañado en el mar para evitar que los diarios reproduzcan atrevidas desnudeces y pongan al pie: «Una bañista en X», o «Un modelo de traje de baño que está haciendo furor en la playa de L»?

Recuerdo que el recato ha sido siempre una de nuestras atracciones. Si hoy, como en todos los tiempos, hay mujeres que no le tienen, por lo menos que digan en los pies de los grabados: «Una bañista desaprensiva en X». De esta forma comprenderá el público, que no acude a los puertos de mar, que esta señorita constituye una excepción, afortunadamente.

¡Estoy indignada! ¿Qué es lo que podríamos hacer?

TERESA ARACÓN.

Dime cuanto antes, amiga de mi alma, en dónde podría comprar ese tango arrebatador que creo se llama *La piva*. Es algo ideal e inefable. ¡Ah! ¡Y si tú le oyeras!...

ANITA.

Yo quisiera saber, amiga mía, qué es lo que yo pudiera hacer para salvar a mis hijas de esta corriente de modernismo que hace de las muchachas jóvenes muñecas insustanciales, tan extravagantes en la manera de pensar como impúdicas en la de vestir.

Quisiera, amiga, si eres como yo, madre fervorosa de sus deberes, que me dices una fórmula, me señalases un plan a que poder someterlas, algo para que yo pueda hacer de ellas mujeres reflexivas y sensitivas, como lo fui yo, como lo habrás sido tú seguramente.

Y lo que sí quiero es salir al paso de la ironía de las jóvenes que lean estas líneas. No soy yo precisamente de las que con tono de lamentación añaden como una muletilla estas palabras: «En mis buenos tiempos», no digo como el poeta, «cualquier tiempo pasado fué mejor». Yo marché con la época; pero no quiero que ésta con sus aberraciones me arrastre, y lo que es aún peor, que arrastre a mis hijas.

En mis tiempos —ni buenos ni malos—, una muchacha extravagante, pues las había, ¡cómo no!, se curaba con el primer desengaño amoroso; pero hoy que el amor es algo así como un paraguas que acompaña la figura, pero que no sirve para nada, este remedio perdió su eficacia.

Por eso te pido, amiga y madre, un procedimiento bueno, enérgico, para que mis hijas vean la vida con la tranquilidad que yo la vi a su edad.

UNA MADRE TEMEROSA.

LA COCINA

Gran Enciclopedia gastronómica, publicada por la EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA"



DOS TOMOS
175 grabados
6 láminas.

200 Sopas, consommés
y cocidos.
100 Guisos de huevos.
409 Pescados.
448 Carnes.
Infinidad de fórmulas
para tés, meriendas,
etcétera.

3.000

recetas

Definitivamente incorporadas
a la Ciencia culinaria.

PARA TODOS LOS GUSTOS
PARA TODAS LAS BOLSAS
PARA TODOS LOS CASOS

PARA MESAS LUJOSAS
PARA HOGARES MODESTOS
PARA RICOS O HUMILDES BOCADOS

PARA GRANDES COMIDAS
PARA ESCUETOS YANTARES

PARA HACER COMPATIBLES EL GUSTO Y EL GASTO



DOS TOMOS
1.076 páginas
de texto.

317 Caza y aves.
260 Verduras y le-
gumbres.
35 Arroces.
44 Ensaladas.
500 Dulces y postres.
Etc., etc., etc.

Señora...!

Ensaye usted este libro.

... y lo consultará todos los días
... y mejorará su mesa
... y reducirá su presupuesto.

Tan seguros estamos que devolveremos a usted su dinero si no comprueba que **LA COCINA** es el mejor, y más completo, y más útil, y más práctico libro de cocina.



PRECIOS DE LA OBRA COMPLETA:

18

pesetas en rústica con
cubierta en colores.

En tela, sólida encuadernación,
pesetas

21



SE VENDE A PLAZOS

PÍDANSE CONDICIONES

A LA

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.

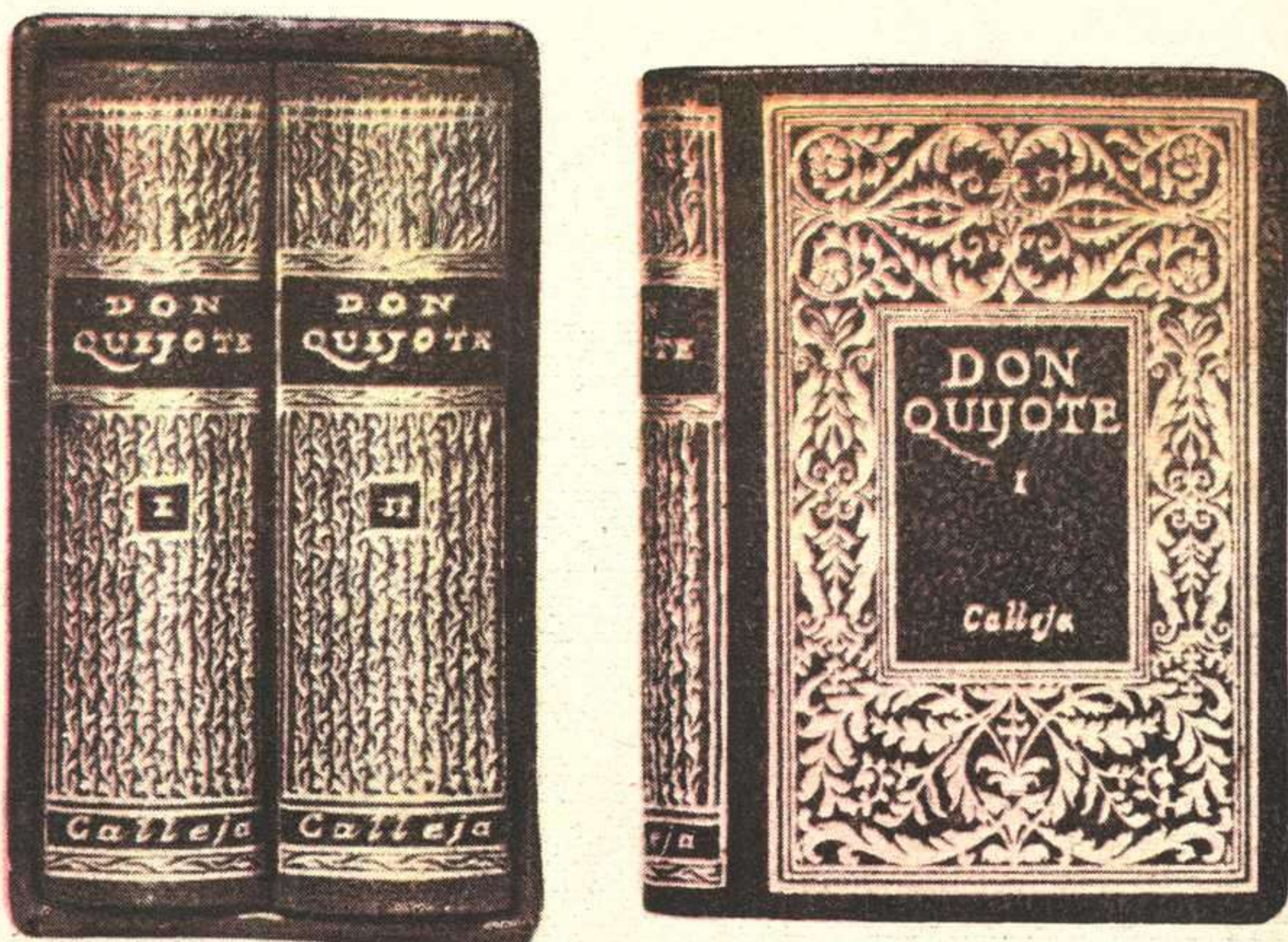
CALLE DE VALENCIA, 28. MADRID

NUEVAS EDICIONES DEL "QUIJOTE"

Las ediciones Calleja del **Quijote** han sido siempre renombradas y preferidas a todas las similares, por la gran superioridad que sobre ellas siempre alcanzaron.

Dos ediciones nuevas presenta la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» de la obra del príncipe inmortal; y las dos no son superiores a las demás, porque no hay otras que con ellas puedan siquiera compararse. Nuestras anteriores ediciones, con ser tan justamente estimadas, no pueden resistir el parangón. Así lo reconocen cuantos las han visto. Así será juzgado unánimemente por cuantos las admiren.

Supone esta edición tantos y tan considerables esfuerzos editoriales, que seguramente no se reimprimirá. Encuadernación en piel. Ningún bibelot de buen tono es más elegante ni más decorativo sobre el secreter de una señora.



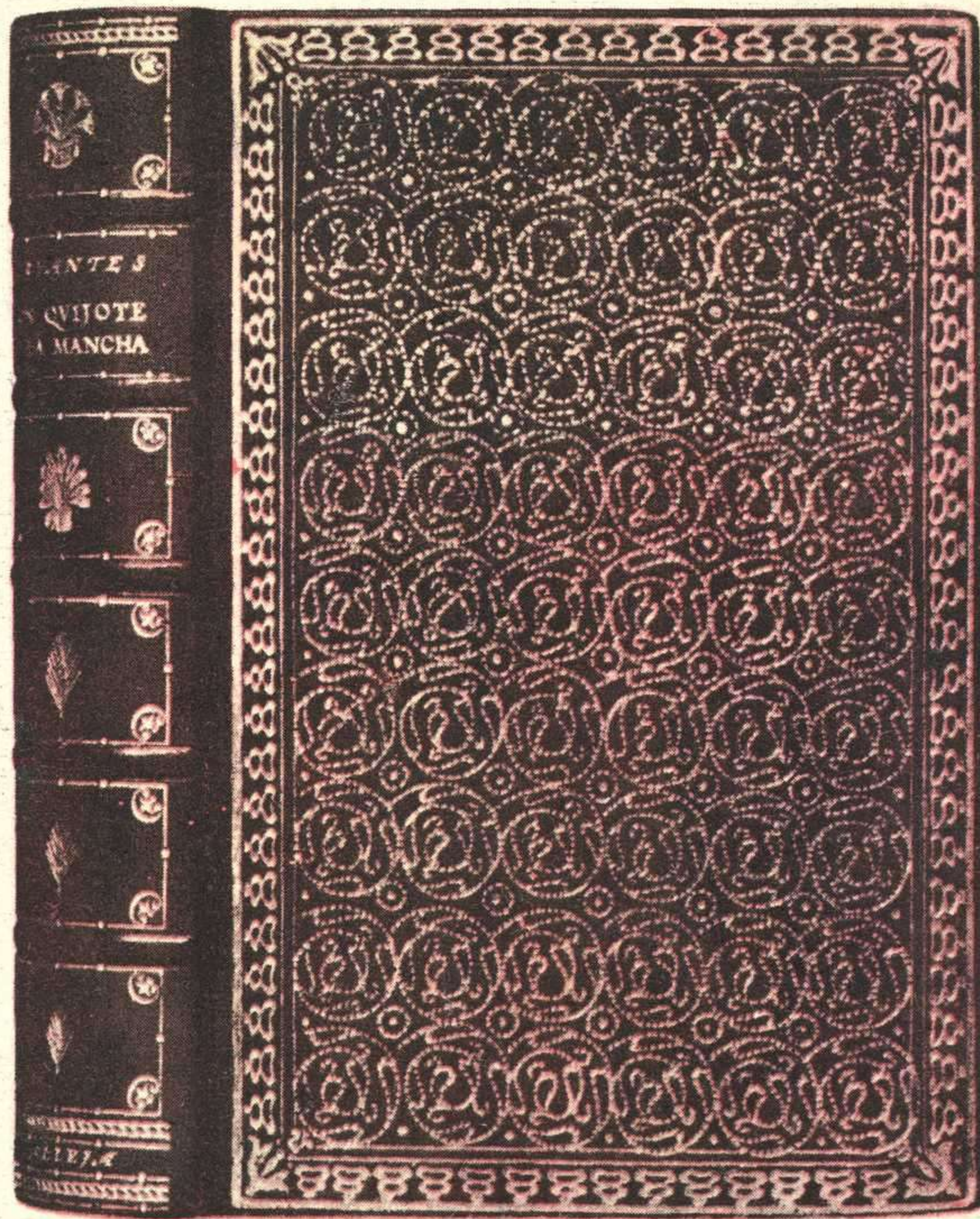
Facsimile, a su tamaño exacto, de **Don Quijote**, Edición *miniatura*. Texto absolutamente íntegro. Impresión diminuta, pero perfectamente legible. Dos tomos, 1893 páginas.

Precio, en piel, con estampaciones en oro fino, **24 pesetas.**

*La edición de bolsillo es como un breviario: por su forma, por su tamaño y por su uso. Son muchos, por ventura, los amigos de Cervantes que tienen el **Quijote** por su libro de horas. Son muchos, pues, los que necesitan la edición cómoda, que no abulte ni estorbe; que les acompañe en el paseo, en el viaje; que esté siempre a nuestro alcance, discreto camarada, sobre la mesa, en el saco de mano, en el bolsillo. Y a la par, que sea de fácil lectura, no tanto para el largo recorrer los capítulos imponderables, como para la breve consulta o corto homenaje de los que abren diariamente, siquiera unos minutos, el libro supremo, para regalarse y confortarse en el río, vivo siempre, de tantas galanuras, de tantos siempre nuevos, siempre acrecidos tesoros.*

Encuadernado en piel, con estampaciones en oro fino,

25 pesetas.



Facsimile a su tamaño, de **Don Quijote**, edición de bolsillo.